



Un cóctel  
delicioso y  
explosivo



Cora  
Reed

D.J.57

# **UN CÓCTEL DELICIOSO Y EXPLOSIVO**

CORA REED

## CAPÍTULO 1

—¡Vamos chicos, escuchadme! —dije, desgañitándome, para que me prestaran atención—. ¡Este fin de semana, tenéis que leeros la primera parte de los Cuentos de Edgar Allan Poe! ¡El miércoles examen! —vociferé, creyendo que de esta manera me respetarían un poquito, aunque solo fuera un poquito.

El barullo de los adolescentes azotó mis oídos, como un enjambre de abejas cuando la reina muere. Había conseguido tal alboroto, que apenas percibí los golpes a través de la pared que separaba mi clase con la de al lado.

Nunca dejaban de sorprenderme. Veinte personitas huyendo por una puerta, de poco más de un metro de ancha, a la voz de ¡examen!, sin que hubiese fuego, ni diablo que los persiguiese. Daba gusto ver lo organizados que estaban. Era un visto y no visto. Para variar, mejor dicho, para no variar, me quedaba con la boca abierta y sin terminar de pronunciar la frase.

En fin..., suspiré, a la vez que iba recogiendo las carpetas y notas de mi mesa. Levanté la vista y comprobé que no quedaba nadie rezagado. ¡Qué tontería!, aun así, me gustaba comprobarlo. Siempre tenía la absurda manía de repetir dos y tres veces... o quizás alguna más, la misma acción. Rara vez me sentía segura actuando de forma espontánea. Pues sí, yo también estaba harta del tema, pero iba en mis genes. A no ser que me hiciesen un trasplante de genes, eso no iba a cambiar. Creo que todavía la ciencia no había avanzado tanto. ¡Qué pena!

—¡Cándida!

—¡Hola, Pablo! —dije, con un entusiasmo un pelín más exagerado de lo habitual en mí.

—Chica, tienes “acojonaos” a los chavales. Mira que ponerles un examen para el miércoles. Anda que ya te vale... no los dejas respirar. Relájate, mujer. Tienen y tenemos un alucinante puente por delante para disfrutarlo.

—¿Tenemos? —dije con sorna.

—Venga, Candy —siempre se dirigía con el diminutivo cuando necesitaba algo de mí.

—Que sí, Pablo, que os llevo yo, que conduzco yo, que pago la gasolina yo, que...

Y me plantó un besazo de tornillo en la mejilla. Me callé al instante. Me hipnotizó al segundo. Me costó sobreponerme. Y me dejó hechizada con la fragancia que desprendía su ser. Una mezcla de olor a tiza, a lápices de colores, a libro antiguo, y al gel de menta que usaba en la ducha. Este dato lo conocía

porque con frecuencia se adueñaba de los enseres de mi baño.

—Marina debe estar al llegar.

—¿Aún crees en los milagros? ¡vamos, Pablo! Mi hermana no llegaría puntual ni a su entierro.

—¡Joder, Cándida!, tú y tu humor. —Al parecer no le hizo gracia, porque visualizó lo que dije. Realmente estaba colado por ella.

Marina era mi hermana pequeña hasta los doce años. Y digo hasta los doce años porque, aunque yo era dos años mayor que ella, me quedé estancada a los catorce. Mis tetas no aumentaron de tamaño, mientras que las de Marina cambiaban la talla de sujetador cada semestre. Lo mismo ocurrió con sus piernas. Yo heredaba sus pantalones cuando el camal dejaba ver sus tobillos. Y así, a fuego lento, fui aceptando los “no halagos” que recibía de las marujas o amigas de mi madre. Para cuando fui adulta ya estaba vacunada.

“—¡Qué monas tus niñas!, están hechas unas mujercitas. La mayor — dirigiéndose a Marina— ya tendrá algún maromo que le ande detrás, ¿no?”

Después de repetirse esta escena cientos de veces, lo asumí con mi mejor sonrisa. A partir de entonces, de tanto sonreír, terminé siendo la simpática de las dos. Menos era nada.

Llevábamos ya media hora de plantón en la puerta del instituto. Todo estaba preparado para el viaje, al que me apuntaron sin que yo lo pretendiese. ¡Pero claro! Al imprudente de Pablo le sancionaron con seis meses sin carné, por dar positivo en la prueba de alcoholemia uno de esos días que salió de marcha con mi hermana. Y Marina aún no había tenido tiempo, ni ganas, le decía yo, de sacarse el maldito carné de conducir. ¿Para qué?, si desde que tengo uso de razón, cuando no la llevaban en coche, era en moto. ¡Y qué motos!, de esas con las que te comes la carretera. Cuando se bajaba, parecía sacada de un anuncio de champú, al quitarse el casco, ladeando la cabeza, para que su larga melena azabache flotase en el aire. Hasta yo, que la veía todos los días, me quedaba embobada mirándola. ¡No te digo ya los tíos! La cara de percebes que ponían si Marina tenía a bien regalarles una sonrisa... yo creo que esas imágenes, de las caras bobaliconas de los tíos captadas por su retina, fue lo que inspiró a mi hermana a iniciarse en el mundo de la pintura. Así me lo confesó ella misma con el tiempo.

Tampoco exageremos. No era un Dalí, ni un Rubens. Solo que, por fin, dio con su válvula de escape, después de muchos años de andar de aquí para allá intentándolo, ella, y por supuesto mi madre, que encontrara algo que la relajase un poco, solo un poco. Con eso nos conformábamos. Marina creaba todo un espectáculo si las cosas no salían como ella quería. Era de las que montaba una pataleta, sin tener en cuenta el lugar donde se encontrase, lo peor es que tampoco

le cortaba la edad que tuviese para montar en cólera.

¡Bendito el día que le dio por coger un carboncillo, y comenzar a retratar a todo el mundo! Y encima tenía una gracia natural para plasmar las caras de la gente. Y el no va más era cuando alguien se le cruzaba entre ceja y ceja. ¡Por Dios!, qué gracia para hacer la caricatura, sacaba cualquier defecto que tuviese por mínimo que fuese, dejándolo estampado sobre el papel. Ahí sí que acabábamos tiradas por los suelos, cogiéndonos la panza de tanto reírnos.

Pero lo mejor fue la calma que reinó en casa y, por fin mi madre dejó los tapones de los oídos en el fondo de cualquier cajón. ¡Qué lista era mi mamuchi! Hasta le veíamos futuro pintando en el barrio bohemio de Montmartre ... Marina, con la gorrita al más puro estilo parisino en el suelo, llenita de euros. No era para menos pensar así. Lo aclaro:

—Mira, Marina... —decía mi madre, con un tono lleno de dulzura y paciencia—. Creo que este año deberías matricularte en la universidad. Supongo que dos años pensando a qué te quieres dedicar son suficientes. ¿No te parece? —comentaba, frotándose las manos de forma compulsiva, para no arrearle un guantazo, y que dejase de vivir a la sopa boba.

Ella se acariciaba las puntas de su larga y cuidada cabellera, suspirando teatralmente, dirigiéndole a mi madre una mirada soñadora, desamparada, hasta nostálgica diría yo. Le contestaba con una voz casi sacada de ultratumba...

—Qué más quisiera yo... saber a dónde destinar mis neuronas.

—Tus neuronas no sé, Marina... pero ese cuerpo que Dios te ha dado al final lo voy yo a enviar, aunque sea de “pega sellos”, ¡bonita!

Pocas veces veía a mi madre perder la paciencia... pero cuando lo hacía, la pobre terminaba con la taza de las tilas en la mano.

Quería a mi hermana con toda mi alma, por eso estaba allí de pie, junto a Pablo. Mi compañero de profesión. Y el último chico por el que sentí un pellizco en el corazón. Tuve a bien presentárselo a Marina y quedar rendido como si del caballo de Troya se tratase al verla. Y juro que, sin rencores, ni malos rollos, allí estaba yo para recorrer trescientos kilómetros junto a los tortolitos.

—Ha debido de entretenerle algo importante. Ya sé que no suele ser puntual... pero hoy estoy preocupado. —decía frunciendo las cejas, que enmarcaban sus vivarachos ojos negros.

—Supongo que sí. Se le habrá roto una uña, o no, espera, le habrá bajado la regla y solo lleva en el bolso compresas. ¡Con lo ajustado que lleva los vaqueros!, ¿no querrás que se le marque la compresa?, ¿cómo se le va a ocurrir a ella llevar un tampón en el bolso, por Dios?, eso sería mucho pensar —murmuré por lo bajo.

—Cándida, lo digo en serio. Está muy ilusionada con este viaje. La has visto

tú misma esta mañana.

—Bueno, ilusionada por ver a la abuela..., no sé. Es raro, pero sí, se la veía ilusionada. Se debe estar enterneciendo desde que le dieron el contrato en la planta de Medicina Interna, con tanto abuelito. —dije levantando los hombros.

Para sorpresa de la familia, mi hermana se graduó en enfermería, con buenas notas, todo hay que decirlo. Su fachada espectacular envolvía un tierno corazón. Su profesión le venía como anillo al dedo. No sé si le quedaría algún dedo por ahí en los pies para colocárselo, porque pretendientes con promesas serias le sobraban.

Tenía la sensación de que esta vez Pablo la había conquistado. De momento, claro.

Pablo me fulminó con la mirada. Por lo visto él la veía desde otro prisma. Decidí callar y esperar con la mejor de mis caras.

—Oye, ¿no ha leído tampoco los WhatsApp? —pregunté, intentando mostrar una mínima inquietud.

Marina era una experta con las excusas, desde la más creíble a la más inverosímil. Un día llegó tarde a clase. Hubo un tiempo en el que no íbamos juntas a todo. Dejé de esperarla. Yo salía a tiempo de casa, justo cuando mi madre cerraba la puerta para ir a su trabajo. Así mamuchi creía que salíamos a la vez. Ignoraba que la “princesa” se quedaba remolando en la cama hasta que le venía en gana.

Ese día, Marina no consiguió ablandar al bedel, sus falsas lágrimas no surgieron efecto. Su ocurrencia fue decirle que su autobús había pinchado una rueda. Tras contarle por segunda vez, ya en el despacho de la directora, la excusa se fue haciendo un ovillo, cada vez más difícil de deshacer. Así que, se puso nerviosa y con su teatro del llanto, añadió en su declaración, que por lo menos le habían devuelto el billete del tren. ¿Tren?, ¿rueda pinchada? ¡Ay, Marina, que los trenes tener ruedas las tienen ¡pero joder pinchar! Esa vez no se curró mucho el argumento. Tales incongruencias no se le pasaron por alto a la directora. Así que no es que yo sea mal pensada..., es que se ha ganado la etiqueta a pulso.

—Candy... creo que deberíamos ir a buscarla. —Pablo mostraba los típicos movimientos ansiosos, del novio ante el altar... con novia a la fuga.

—Mira... ya viene. —dije con un tono entre desgana y enfado—. A ver qué nos cuenta hoy.

Lejos de mostrar disgusto, Pablo se abalanzó sobre ella colmándola de besos. No me lo podía creer. No es que quisiera ver una riña de enamorados... ¡pero, joder!, ¿ni tan siquiera una chiquitita reprimenda?

Me acerqué a ella con parsimonia, intentando adivinar el cuento chino con el que nos iba a deleitar. Cada paso que daba me estaba empezando a hacer

dudar...no sé, pero ese instinto de ser su hermana y su amiga. Esta vez Marina no decía ni “mu”, se mantenía de pie junto a Pablo y frente a mí, con ojos lastimeros y apretando los labios.

—A ver, Marina, tranquila. No llevamos mucho tiempo esperándote ¿verdad, Pablo? —dije conteniendo el sentimiento de zarandearla y que confesase cualquier memez—. Venga, corazón, que tampoco tenemos todo el día.

—Marina, amor mío... dime algo cariño. —Sí, a veces Pablo pecaba de empalagoso mientras la rodeaba con sus brazos y la colmaba de besos por todas partes.

Nada, que no conseguíamos arrancarle palabra. Ella impenetrable. Su mirada se dirigía a Pablo, luego a mí, como si estuviese en un torneo de Roland Garros, y la pelota de tenis fuese a cámara lenta y además su tenista favorito perdiese por los pelos. Pues así daba su imagen en aquel momento.

Hizo un amago por respondernos. Dibujó con sus labios una fina sonrisa, apretando los labios, y poco a poco los fue despegando.

—¡Dios bendito, Marina!, ¿qué te ha pasado?, ¿cuándo?, ¿cómo? —Me sujeté del brazo de Pablo como si mi mano fuese una garra, girándome y escondiendo mi cabeza en su pecho. Y es que la sangre, aunque fuese una diminuta gota, me rompía todos los esquemas y me transformaba en una histérica. Yo, abrazando a Pablo y dándole la espalda a mi hermana. ¡Qué escena más ridícula, por Dios!

—Vamos, Cándida, no es nada. —Me apartó sutilmente, cogiendo la barbilla de Marina con suma delicadeza, observó su boca como si fuese un odontólogo. Y eso era precisamente lo que ella necesitaba con extrema urgencia.

Respiré hondo, más de diez veces, unas cuantas más. Me abracé a ella con un cariño maternal, ese que aparecía cuando lo necesitábamos. Ella, como siempre ocurría, me separó y sonrió ya abiertamente. ¡Joder, qué capacidad para asumir tenía la niña!

Estaba desdentada, su diente canino, que no era ya precisamente de leche, se había ido más allá del ratoncito Pérez, por alguna razón que estaba deseosa de saber. Esta vez sí había un buen motivo para su tardanza. ¡Vaya si lo había! Me iba a costar desprenderme de la imagen ensangrentada de su encía. Si volvía a visualizarla no podría hacer el trayecto en coche hacia La Rioja sin marearme, y quedaban unos cientos de kilómetros, mejor me centraba en otra cosa. Yo era de lágrima fácil, demasiado impresionable para ciertas cosas. Como me conocía bien, empecé a dar pequeñas órdenes para centrarme y no dejar que mis sentimientos aflorasen.

—Tranquila, Marina, subamos al coche y nos cuentas el incidente. —Era nombrarlo, y se me revolvían las tripas.

Pablo colocó la maleta que traía consigo mi hermana y la acopló como pudo en el maletero. Yo llevaba una bolsa de deporte como equipaje, ella una maleta familiar. No tuve fuerzas para reñirla. La había advertido que solo pasaríamos cuatro días fuera, pero supongo que quiso entender que eran cuatro meses. En fin, paciencia y en marcha.

## CAPÍTULO 2

Durante el trayecto, Marina nos contó el incidente del diente, la verdad es que la pobre había tenido mala pata, mira que parar con su diente el codazo de un residente médico al descorchar una botella de cava. Con la explosión del descorche nadie percibió que el “canino” de mi hermana salió por los aires. Según ella, celebraban el cumpleaños de una anciana que prácticamente vivía en el hospital, concretamente en la sala en la que ella trabajaba. Y casualmente, cumplía ciento dos años. Era admirable tener esos años vividos y estar rodeada de gente que la apreciaban. Marina hablaba de ella continuamente. Si se hubiese dedicado a escribir, bien podría haber contado su historia, que no era corta... Yo escuchaba con curiosidad y admiración cualquier relato que a veces tenía a bien narrar mi hermana. Despertaba en mí ese gusanillo oculto de escribir algún día, adentrándome en la vida de personas tan interesantes como Doña Emilia. Pero Marina no era mucho de escuchar a la anciana, era más de sorprenderla para que viviese el momento actual y que dejase atrás su pasado. Así que tenía que conformarme recopilando datos por si algún día me sorprendía a mí misma contando su historia.

Fue un trayecto tranquilo, apenas cogimos tráfico. A través del retrovisor pude comprobar el cariño que Pablo le brindaba a mi hermana, ella acabó durmiéndose con la cabeza apoyada en su pecho, y Pablo no movía ni un músculo para no despertarla. La imagen me producía un cosquilleo leve de envidia. Yo nunca estuve durmiendo en los brazos de un chico sin que me diesen un codazo, o me despertasen porque se les había dormido el hombro. Menos mal que la tenía a ella para demostrarme que el verdadero amor existía, aunque todavía no lo hubiese vivido. Paciencia, como a bien tenía por decirme mi abuela.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó la bella durmiente a la vez que se desperezaba y le arreaba un tortazo no intencionado a Pablo.

Ni mu, Pablo ni mu. Dibujó en su rostro una sonrisa enamorada y besó sutilmente los labios a Marina.

—No, pero casi. Vamos a entrar en la zona preferida de Candy.

—En diez kilómetros paramos, comemos, bebemos y hacemos pis.

—¡Dijo la capitana! —comentaron a la vez, desparramándose en el asiento trasero, con carcajadas imparables.

—¿He dicho algo gracioso?

Marina me abrazó desde atrás besuqueándome el pelo y las mejillas.

—Anda, déjame, que aún nos daremos una toña.

El paisaje, todavía desdibujado por la lejanía, se presentaba ante mí majestuoso, inamovible. Mis ojos se agrandaron y pisé un poquito más el acelerador, sin pasarme con la velocidad marcada, pero en el límite. Conforme nos acercábamos, me iba sintiendo diferente, me relajaba y me fundía con el entorno. La sierra de Cameros era la gran puerta de entrada hacía La Rioja.

Aparqué el coche en un mirador donde poder estirar las piernas y dejarme llevar por las vistas. Me preguntaba qué manera más curiosa tenía la naturaleza de jugar en moldear las rocosas montañas. Eran verdaderas obras de arte. Estaban esculpidas como a golpe de martillo, de forma caprichosa. Ese lugar tenía el poder de transmitir la magia de la zona.

Comimos los bocadillos que yo misma preparé. Marina más bien lo devoró, no parecía afectarle la falta de su canino, y a Pablo tampoco. Al rato ya estaban atornillados por sus bocas y sin respiro. Me alejé de ellos, aunque mi presencia no parecía cohibirles ni un poquito. A tan solo unos metros pude observar como la mano de Pablo se adentraba en los largos muslos de mi hermana.

Lejos de molestarme, me sentía feliz. Me recordaba a mí misma que el amor existía. Y allí en la soledad, abrazada por aquellas montañas rocosas que parecían como si el destino las aproximara, pero sin rozarse. Quizás si pasasen otros miles de años y los movimientos internos de la tierra tuviesen a bien unir las... Otra vez desvariaba, era lo que era y punto. No todo tenía que estar siempre unido a algo o a alguien ¿no? Me dirigí con pasos lentos, regocijándome del lugar y de paso darles tiempo a que los tortolitos acabasen aquello que hubiesen empezado. No quería ser indiscreta. Así que llegué cantando y casi dando palmas para hacerme notar.

¡Vaya dos!, él subiéndose los pantalones y ella bajándose la corta falda que llevaba. Bien, ya estábamos listos para continuar el viaje.

A medida que nos aproximábamos al pueblo, donde mamá y la abuela nos esperaban, Pablo nos iba deleitando con su sabiduría sobre los estilos arquitectónicos de las iglesias, de los pequeños y escasos pueblos que íbamos dejando atrás. Pablo tenía dos pasiones: mi hermana e historia del arte, en ese orden. Para él, era la primera vez que viajaba a La Rioja, tierra de los vinos que llevaban su nombre. Aunque conocía a mamá, le vino bien decir que nos acompañaba al viaje para conocer a la abuela y de paso visitar los monasterios de Yuso y Suso, dos joyitas, la verdad, pero, ¡madre mía!, no sabía a lo que se exponía, mi abuela Jimena le iba a hacer hasta recuento de los glóbulos rojos. Eso sí, de una manera tan audaz y discreta que el pobre no se daría ni cuenta.

Llegamos a casa de la abuela. Como era habitual en nosotras, o mejor dicho como era costumbre en Marina, tocando el claxon repetidas veces, como si

llegase el camión del butano. Yo me avergonzaba un poco, pero la dejaba hacer, mi lucha no habría servido para nada.

—¡Abuela! —gritaba Marina, abalanzándose sobre ella, dándole sonoros besos. Que, siendo un pueblo tan chiquito, no hacía falta que se anunciase que habíamos llegado. ¡Mira que era escandalosa!

—¿Y este morenazo tan guapo? —Sin pelos en la lengua, mi abuela era así de directa. Le dio dos sonoros besos en ambas mejillas, dejando un poco descolocado a Pablo, y mira que eso ya era difícil. Contaba con el “don” de salir airoso de cualquier situación.

—Pablo, soy Pablo, el amigo...el novio de Marina. —Con las mejillas color púrpura dirigió su mirada hacia mi hermana, pidiéndole a gritos un salvavidas. Que no llegó claro está.

Marina ya andaba rodando su maleta desde la entrada de la casa hasta el salón, dando la espalda a los recibimientos de la abuela y dejándose caer en el sofá, melodramáticamente como si hubiese hecho el trayecto andando y con tacones.

—Sí, abuela, este chico tan morenazo es la pareja de Marina. —la mirada de agradecimiento por su parte me conmovió. —¡Anda, vamos!, te enseñaré el pequeño refugio de mi abuela. Deja el equipaje aquí mismo y luego ya te asignaremos en cuál de las tres habitaciones vas a dormir. —dije con una sonrisa burlona.

—Claro. —balbuceó algo desconcertado. No habíamos hablado del tema de la habitación. Imaginé que estaría preguntándose con quien compartiría habitación de las cuatro mujeres de la estancia, dada la palidez de su cara.

Dejé durante un pequeño tiempo, malévolamente por mi parte, ver como toda esa seguridad que le caracterizaba desaparecía, bajo ese aplomo tan bien estudiado. ¡Joder, es que a veces Pablo en el instituto se pasaba mucho con sus comentarios hacía mí delante de otros profesores colegas, y sí, era una pequeña revancha!

—Bueno, qué bien que estemos todos. La abuela y yo hemos preparado un aperitivo para que os acomodéis un poco antes de comer —comentó alegremente mamá. Y de paso poniendo paz a la delicada situación del parentesco de Pablo con Marina.

Cada vez que me sentaba en el jardín interior de la casa, el pequeño y acogedor jardín, miraba hacia arriba entornando los ojos, observando a través de la vieja parra que entrelazaba sus hojas con sus añosas y robustas ramas, dejando escasos huecos para entrever el azul limpio del cielo. Era capaz de abstraerme de la conversación que llevaban los demás, mientras comían los deliciosos pinchitos elaboradísimos que mamá y la abuela cocinaban, con un arte digno de

exposición. El silencio del exterior, acunado por los trinos de las variadas especies de pájaros que por allí anidaban, me transportaban a los veranos de mi niñez y adolescencia vividos en aquel remoto pueblo de La Rioja. Involuntariamente, se me dibujaba una sonrisa. Cuando volvía en sí, mi hermana ya me había captado y plasmado la imagen en una servilleta de papel.

—¡Marina, dámela!, mira que hoy la vamos a tener.

—¡Calla, boba!, si has salido de lo más sexy. Deja que la cuelgue en Facebook.

—¡Marina, no! —De un manotazo le quité la dichosa servilleta, desdoblándola con cuidado. ¡Qué arte tenía!, era igualita a mí, sonriéndole al sol, pero sin dientes. Eso me recordó que nadie se había dado cuenta de que le faltaba el canino. ¡Lo acababa de pillar!, me estaba suplicando que contase la historieta yo. Una vez más le echaba un cable.

Mi madre y mi abuela Jimena escucharon con atención mi relato, que en realidad era la historia de mi hermana. Ambas miraban el hueco del diente y la inflamada encía. Pablo le pasaba un brazo por los hombros, mientras la abuela cogió su móvil y empezó a teclear un número. No pudimos captar la conversación, pero cuando colgó se giró hacia nosotras con una sonrisa de quinceañera y comentó:

—Asunto arreglado, esta tarde a las ocho tienes cita con el dentista más sexy del universo.

—Mama, ¿cuántas cervezas lleva la abuela? —dije en tono bajito y sorprendida.

Mi madre dejó caer su mano sobre la mía, presionándomela, se mordió los labios, se notaba a la legua que estaba ansiosa por contarnos algo, pero ¿el qué? Por lo que yo sabía, a pesar de su edad aún conservaba todos los dientes, ni una caries. No sé, igual la cogían para un spot publicitario de esos que anunciaban un pegamento para dentaduras postizas. Tampoco sentía tanta curiosidad, total, por la tarde iríamos a la cita con ese sexy odontólogo y saldríamos de dudas.

Comimos ya más relajados. Nos deleitaron con suculentos platos típicos de la zona. Apuesto que si Pablo pasaba allí unas vacaciones perdía su tableta de abdominales. No me lo ponía fácil, y es que el mozo tenía a bien cada vez que se quedaba en mi apartamento (compartido con mi hermana, solo en espacio y nada en el pago del alquiler), salir de la ducha con una minúscula toalla, tapándole escasamente los genitales. ¡De verdad que era difícil mirarle a los ojos y sonreír como si no pasase nada, joder! ¡Pedazo de cuerpo!

Al parecer me quedé dormida, acurrucándome en el sofá, con esa imagen semidesnuda de Pablo. El cojín tenía muestras de haber babeado. La insolente de Marina me despertó tapándome la cara con un folio.

—¡Marinaaaaa!

El grito alertó a mi madre y supongo que a medio pueblo también.

—¡Hija!, pero ¿qué pasa?

—¡Mamá, dile a tu hija que me dé inmediatamente el dibujo que me acaba de hacer o te juro que esta va al dentista, pero a ponerse toda la dentadura!

—Mírala, Gadea, si hasta sigue teniendo el mismo despertar que cuando era niña. —Suspiró melancólica mi abuela—¡Qué tiempos, mis niñas!

Me abalancé sobre ella, apartando a mamá, tirando una silla, y aunque me llevase casi una cabeza, cuando yo sacaba el genio, que temblara el mundo. La acordoné con los brazos y ella alzó el dibujo en alto. Reía maliciosamente, era la única persona en la faz de la tierra capaz de leer hasta mis sueños.

Pablo se adueñó de la situación, con perspicacia, le arrebató la hoja de los largos brazos a Marina. Ella se encogió de hombros como toda excusa. A medida que estudiaba concienzudamente el retrato, se le reflejaba por momentos una sonrisa babosa.

—Umm, no está mal, pero que nada mal.

¡Lo que me faltaba!, ambos haciendo equipo, viendo cómo se plasmaba mi rostro, porque dada su maestría con el carboncillo, no dejaba ninguna duda de que se trataba de mi supuesta cara en pleno orgasmo imaginario.

Mi madre comentó que le había dado un aire místico a mi preciosa cara, y mi abuela disimuló como pudo para no decir lo que pensaba, conteniendo la risa en un fingido acceso de tos.

—Venga, niñas, que llegareis tarde al dentista. ¡Bah!, daros dos besos y asunto zanjado.

—La abuela está perdiendo la cabeza ¿o qué? Cogí mi chaqueta del perchero de la entrada. Mostrando mi mal humor al cerrar la puerta con un sonoro portazo.

—Vale, lo siento, me he pasado, pero es que estabas tan mona, pensando o mejor dicho soñando a saber con quién. Te lo juro, Candy, me fue imposible no dibujarte.

Seguí el camino andando cabizbaja, quizás estaba exagerando un poco, pero quería que se disculpara más veces, unas cuantas más. Me había robado al chico que por fin despertaba un cosquilleo en mi interior, después de mi última y única relación, aunque claro, ella supuestamente ese dato lo ignoraba. Si tanto se las daba de conocerme bien, podría haberlo adivinado. A mí me faltó tiempo para presentarle a mi hermana, y aunque las citas con Pablo eran de trabajo, las conversaciones fluían entre nosotros de una manera tan natural... Mis pensamientos galoparon a lo loco, dando rienda suelta al deseo de ser querida por alguien tan atractivo como él. Me equivoqué, así que no debía sentir rencor

hacia ella. No debí dejarme llevar por la primera impresión. Pablo era de las personas que cuando te hablaban te tocaba un brazo dulcemente, o te pasaba la mano por la mejilla para demostrar que admiraba lo que le estabas contando. Mi error fue confundir sus modales con señales que yo interpreté a mi manera. Eso no era nada, para lo que luego pude comprobar al ver como le demostraba amor a Marina.

Estaba abriendo la puerta del coche, cuando me abrazó por detrás, y me soltó un te quiero al oído. Sé que lo decía de corazón, ella era así, impulsiva, amorosa.

—Anda, sube al coche, que a este paso el “dentista sexy” ese de la abuela, se va a quedar sin dientes para taparte el hueco. —Sonreí ligeramente al verla tan contenta, como si nada hubiese pasado. No tenía remedio—. Oye y ¿Pablo?

—¡Ah!, nada, se queda viendo la iglesia del pueblo! Está maravillado viendo la estructura de las columnas corintias o qué sé yo... Se queda embrujado cuando ve más de cuatro piedras unidas, hija. Venga, acelera de una vez, a ver si nos queda tiempo para tomarnos algo juntas, y ver si hay nuevos fichajes para la recogida de la uva de este año —dijo guiñándome un ojo y poniendo morritos.

—Qué poca solución tiene tu cabeza, Marina, lo digo en serio, tienes a...

—¡Shiss!, será un pequeño secretillo de nada, entre hermanas. —A la vez que se tapaba la boca con su dedo índice.

La casa donde se ubicaba la consulta del odontólogo estaba en el pueblo de al lado, aunque la distancia era de diez kilómetros. Llegamos con el tiempo justito. Yo apurada por el retraso, Marina deleitándose con la fachada de la casa. Era un tanto peculiar, de estilo colonial. Varios balcones de estrechas puertas con gruesos marcos pintados de un blanco impoluto, contrastaba con el azul pastel del resto de la casa. Daba sensación de grandeza y que en cualquier momento nos abriría la puerta una señora entrada en carnes como la doncella de Escarlata O'Hara.

Antes de llamar al timbre, dimos una vuelta por el jardín, embrujadas por la belleza del lugar. Las buganvillas se enredaban por la fachada adentrándose con descaro en los balcones. Lo setos de Hortensias formaban macizos perfectamente redondeados, de un color tan azulado que parecían teñidos. Y toda la valla estaba forrada por frondosos jazmines que inundaban el aire de un intenso aroma inimitable.

Nos quedamos sin palabras y Marina hasta ya con la boca abierta, en posición perfecta para el “dentista sexy”.

—Venga, Marina, que ahora sí que no llegamos a la hora fijada. —Me costaba a mí también no recorrer más el entorno. Pero yo era puntual. Presumía de ello, por lo menos hasta ahora.

—Joder Candy, esto es una mansión. Menuda casa se gasta el dentista.

¡Joder!

—Vale ya, deja de decir “joder” y entremos. Por lo menos ya vas medio anestesiada —comenté divertida. Atrás quedó mi mal humor sobre el dichoso y erótico dibujo.

Nos abrió la puerta una chica de unos treinta y pocos años, recién salida de un catálogo de modas, o eso nos pareció a las dos. Melena rubia por debajo de la cintura, con las puntas onduladas, más o menos un metro setenta y cinco si se quitaba los tacones y una sonrisa que mostraba los dientes tan blancos como los de los anuncios de televisión.

—Pasad, os estábamos esperando, sois las nietas de Jimena ¿verdad? —dijo sin dejar en ningún momento de mostrar sus perfectos y blancos dientes.

Tardamos unos segundos en contestar.

—Sí, yo soy la paciente. —Se apresuró a decir Marina.

La seguimos por la majestuosa casa, sin dejar de observar sin disimulo los altos techos redondeados y acabados en un mismo vértice. Algunos con frescos de imágenes religiosas bien conservadas. Las paredes embellecidas por grandes tapices, representando en su mayoría escenas de doncellas y princesas danzando en la naturaleza. Toda la decoración te adentraba en un siglo anterior al nuestro, pero sin perder las comodidades de nuestro estado actual, como pudimos ir comprobando.

—Por favor, esperad un momento aquí. Enseguida les atenderá el Doctor —comentó la chica diez, sin dejar de sonreír ampliamente.

La sala de espera, parecía robada del mismísimo palacio de Versalles. Los sillones de estilo barroco, con los reposabrazos dorados, formando retorcidos diseños. La tapicería parecía de seda en tonalidades pasteles, con un estampado discreto. Y el suelo de mármol blanco. Menos mal que vestíamos con pantalones, porque era de un espejo demasiado atrevido para ser una sala de espera de una consulta.

—¡Madre mía, Cándida!, es como si el diseñador hubiese sido Luis XIV. — ¡Vaya, los conocimientos de Pablo estaban traspasando las fronteras de sus clases! No reconocía a mi hermana nombrando a los reyes con la numeración acertada.

—¿No te parece un poco extraño todo?

Antes de que Marina contestase un señor de entre sesenta y cinco y setenta años, abrió la puerta que estaba disimulada con el sutil empapelado a rayas de la pared. Llevaba el pelo gris, sin ser blanco del todo, recogido en una coleta por un lazo negro. Mostró una sincera sonrisa antes incluso de invitarnos a pasar a la sala de intervenciones. Si no es porque llevaba una bata blanca, hubiese dicho que era un lacayo de palacio. De esos que te abren las puertas haciéndote una

reverencia.

—Buenas tardes chicas. Me llamo Andrés —dijo con un tono grave que me cautivó. —¿A quién tengo el honor de atender?

Las dos nos miramos, aún estábamos en fase ensoñación. Para mí que tanta decoración lujosa nos había atontado un poco.

No mostró impaciencia, nos observaba con ojos sonrientes. ¡Vaya con la abuela! ¡Así que este señor sesentón era el ¡“sexy odontólogo”! Hasta las arrugas a los lados de sus ojos eran atractivas.

Marina se fue directa al sillón de la tortura, ni tan siquiera contestó a su pregunta. Abrió la boca como hechizada, y se dejó hacer. ¡Con lo que era ella hasta para que le pusiesen una vacuna!

—A ver señorita, tu abuela Jimena me ha puesto en antecedentes. Veamos que podemos hacer provisionalmente —comentó, mientras inspeccionaba la dentadura de Marina—. Bien, esto tiene fácil solución. En principio pondremos un diente pegado de un material similar al tuyo propio. Tomaré las medidas para implantarte el definitivo ¿de acuerdo?

—Gracias Doctor —expresó con gratitud mi hermana, cogiéndole la mano. Ese gesto le provocó una sonrisa si cabe más amplia y tierna al hombre. Con suma lentitud retiró la mano de mi hermana.

—Pasad a la sala contigua, no me llevará más de veinte minutos moldearlo. —Nos señaló otra pequeña puerta por la que no habíamos entrado.

Seguimos sus instrucciones como corderitos, los modales de ese señor nos tenían hipnotizadas. Era como un galante caballero sacado de una novela romántica.

Esta vez la sala era más estilo vintage. Nos faltó tiempo al quedarnos solas para querer hablar las dos a la vez.

—Candy, ¿has visto lo mismo que yo?

—¡Que si lo he visto!, ¡vaya con la abuelita!, ¿pero de qué lo conocerá si ella no tiene problemas de dientes?

—Bueno... igual no lo usa para sus dientes. —soltó una sonora carcajada. A la vez que sacaba la lengua lamiéndose sus propios labios de manera cómica.

—Calla, loca, que nos van a oír. —susurré mientras le daba un manotazo—. ¿Y has visto el bombón de chica que tiene como ayudante?, aunque un poco mayor para ella ¿no? —dije frunciendo el ceño.

—Debe tener muchos encantos ocultos a pesar de la edad. ¡Tiene un pelo precioso! ¿Y has visto sus ojos? Son de un azul oscuro intenso.

—Marina... para, que te veo muy lanzada. ¡Anda ya!, que podría ser nuestro abuelo.

Unas fotografías antiguas colgadas en la pared alertaron mi curiosidad. Me

levanté para verlas de cerca. Eran retratos antiguos en blanco y negro, de gente joven vestidas con atuendos hippy. Una de ellas captó mi atención. La fotografía fue tomada en una extensa playa con dunas y alrededor no se veía a más gente, excepto al grupo que posaba.

—¡Marina, ven, mira! —Señalé con un dedo un rostro.

—Anda, si parece... es él. Sí, es el doctor con unas decenas de años menos. La misma mirada, la misma sonrisa... y la misma coleta, pero de otro color. ¡Pedazo de tío!

—Baja la voz que nos va a oír y al final te va a moldear un canino de draculina como nos oiga reírnos. —A mí también me costaba contener la emoción de haberle reconocido, pero bueno, las tenía expuestas. Así que era inevitable ver el antes y el después. Si el después era magnético... el antes era superior a lo impactante.

—Esto hay que contárselo a la abuela. No sabe ella lo buenorro que estaba su sexy dentista.

—Espera, ¿te has fijado en la chica que tiene cogida por la cintura? Sí, la de la falda larga y el mini jersey que solo tapa a medias las tetas.

—A ver... —Marina observó la imagen entrecerrando los ojos. Si no la contengo casi la descuelga para mirarla mejor—. Tiene el rostro casi oculto en su hombro, qué mona parece. Me encanta la corona de flores que lleva en la cabeza. Pero seguro que ese color azabache del pelo lo conseguía con gena. Resalta mucho para ser tomada en blanco y negro. No sé... hay algo que me es familiar, Candy.

No supimos desde cuando Andrés nos contemplaba entre divertido y melancólico. Sus facciones se dulcificaron al mirar la fotografía, como si por un segundo retrocediese al lugar paradisiaco donde fue tomada. Miró a mi hermana con suspicacia contestando a la pregunta con otra pregunta.

—Marina ¿te tiñes el pelo? —preguntó divertido.

—¡Claro que no! —contestó rotunda y orgullosa del color negro azabache con que la naturaleza le había obsequiado.

—Pues... os diré sinceramente que ella tampoco. Eso lo sé. —Y como toda respuesta esbozó una tierna sonrisa.

Una vez terminado el minucioso trabajo del dentista, la chica despampanante rubia nos condujo a la salida dándonos antes las instrucciones, para que el postizo colmillo de Marina no se le cayese de repente masticando ciertos alimentos. Marina le preguntó si podía comer y ella sin dejar de sonreír le dijo que por supuesto, durante el día de hoy solo alimentos blanditos. No quiso cobrarnos nada. Dijo que Andrés ya lo arreglaría con la abuela y, bueno, tampoco le discutimos mucho, la verdad.

Al salir ya casi estaba oscureciendo, pero aún no era la hora de cenar, así que decidimos callejear por aquel pueblo, donde pudimos comprobar que muchas de sus casas eran de estilo colonial. Encontramos un pequeño bar en un rincón de una calle sin salida. Decidimos sentarnos y tomarnos unas cervezas. En aquella zona era casi un delito pedir una birra, era la tierra de los vinos. Así que ya de entrada dimos el cante y se nos quedaron mirando con descaro los de las mesas de alrededor.

—Ufff, Cándida. No sé... pero este Andrés creo que conoce a la abuela.

—Pues claro, lo raro sería que no se conociesen. Es del pueblo de al lado, Marina. No te líes —comenté llevándome un pinchito de chistorra a la boca, ante la cara de envidia de ella, que de momento no podía masticar. La hice sufrir un poquito deleitándome y exagerando lo buenísimo que estaba —. Está de muerte... ummm. ¡Qué rico!

—Sí que está rico, ya lo creo —dijo mirando por encima de mi cabeza.

Me giré masticando mi pincho de chistorra, sin darme cuenta que el aceite anaranjado me resbalaba por la comisura de los labios hasta la barbilla, y no tuve tiempo de cerrar la boca. ¿De dónde había salido tal espécimen?

El chico saludó levantando ligeramente la cabeza. Yo contuve el aliento, era el segundo hombre que me cruzaba hoy en menos de dos horas y que superaba el rango de atractivo según los cánones de belleza. ¿Sería que estaban todos escondidos en ese pueblo? Hombres guapos los había en todas partes... pero aquello rayaba en lo paranormal. Marina tuvo a bien limpiarme con una servilleta de papel el rastro de comida, a manera de madre con su hija pequeña. Sentí que me ruborizaba. Aún seguía mirándolo. No me pasó desapercibida su sonrisa de medio lado al ver el gesto de mi hermana. La asesiné con la mirada, mientras ella se partía de risa literalmente.

Me di la vuelta y me juré no volverme a girar, aunque la mesa del chico se incendiase. Por hoy ya había hecho bastante el ridículo. No me iba a levantar de la silla hasta que supiese que ya no estaba sentado y se esfumase. No estaba dispuesta a volver a verlo de frente, aunque tuviese ya la cara limpia y mi boca no masticase nada de nada.

—¿Habrás visto chico más exótico? Menuda miradita te ha dejado caer, niña. Y tú haciéndote la remolona. Hija, es que no das juego, ahora entiendo que no tengas pareja, si es que así no puede ser, Cándida. ¡Que eres muy cándida, tía!, y no me refiero a tu nombre.

—¡Basta ya!, si te refieres a cómo se ha fijado en mi sucia boca, pues sí, lo he visto. —Me estaba empezando a molestar ya eso de que no tenía pareja—. Qué cansina eres. ¡Vamos!, te recuerdo que hemos dejado a Pablo visitando la iglesia.

—Bueno, a lo mejor si ha terminado con la visita de fuera, está dentro y dando la misa él mismo. —Qué cínica era. Tenía a Pablo comiendo no de sus manos, sino de sus pies. Se encogió de hombros, puso carita de boba y por fin se levantó de la silla y me siguió.

Por cierto, ni rastro del “exótico”. ¡Menos mal!

Cuando llegamos a casa de la abuela Jimena, mamá ya tenía la mesa puesta. Como siempre, aquello parecía un banquete. Pablo había llegado mucho antes que nosotras y charlaba con la abuela en el pequeño jardín de la parte trasera. Cuando oyó la voz de Marina, corrió, o voló diría yo, a besuquearla, olvidando que mamá y la abuela estaban presentes. ¡Lo que hace estar enamorado! Te saltas las barreras. Mi madre hizo la intención de toser, mal disimulado. Pablo se percató, echándose un paso atrás.

—Marina, no se nota nada. Estas preciosa, tienes la misma sonrisa de siempre...—¡Qué empalago, por Dios! La abuela reía como si estuviese fumada. No ayudaba en nada que acompañase a los tortolitos tatareando una canción de no sé quién... *l’amour... l’amour... c’est belle... la la la.*

—Venga, madre, empecemos a cenar. —Cortó con fingida paciencia mi madre, que a la vez era su hija. Pero por lo que sabía, había hecho más el papel de madre con ella que con nosotras

La cena transcurrió contándonos un sinfín de anécdotas, bajo la atenta mirada de mi madre y la divertida mirada de mi abuela, de cómo nos iba la vida por Madrid, mi trabajo, el de Marina. Y luego Pablo comenzó a hablar, y ese sí que no tenía fin. El arte lo atraía de una manera desmesurada. Le habíamos prometido visitar los monasterios de Yuso y Suso. Estaba emborrachado de emoción. Su entusiasmo nos contagiaba, era inevitable. Vaya par, nosotras que estábamos a pocos kilómetros de allí lo habíamos visto de lejos. ¡Vamos, lo mismo que si nos enseñan una postal! Qué desapegadas éramos de las bellezas que teníamos tan cerca. Bueno, Marina lo que se dice desinteresada de las bellezas no lo era tanto, por lo menos, no de las de carne y hueso. ¡Bendito, Pablo!, a veces me preguntaba como podía consentir que mirase a otros delante de él, en sus mismísimos morros, con ojos de posesía calentorra. Desde luego las hay que tienen suerte, mucha, demasiada. Quizás esa fuese la manera de que una pareja funcionase, dejando claro desde el principio que en las relaciones no hay “dueños” de nadie. Que si alguien está con alguien es por el simple hecho de preferirle ante todo ser humano que se presente con mejores cualidades tanto físicas como intelectuales. Lo que tenemos delante es lo que nos enciende durante toda una vida, no solo durante un exquisito momento que luego sabemos que desaparece. O quizás no lo sabemos en ese momento, pero intuimos que así será y de antemano nos lo negamos para no arriesgarnos a vivir tan solo el

momento pasajero. No sé. A veces recordaba mi patética relación, y yo misma me contradecía. Reconozco que no me gustaba nada arriesgar, que prefería lo seguro, aquello que conocía y luchar hasta el infinito por ello. Pensando en el eterno y falso consuelo de que, si yo ponía toda mi paciencia, de que yo era más inteligente a nivel emocional. Pasé por todas las fases posibles. Escuché, dejé que tomara solo él las decisiones, le intente complacer en todas sus peticiones, incluso en las que me repelían. Cientos de veces el resultado siempre era el mismo. A la mínima relajación por mi parte, seguía actuando bajo ese egoísmo que le caracterizaba. Cuando me daba cuenta y era consciente, él ya había tomado la decisión por los dos.

Quizás por eso valoraba y admiraba tanto a Pablo. Porque yo nunca tuve a mi lado a alguien así, pendiente de mí, que se tomara a broma el fijarse en otro hombre. Pero que cuando llegaba la noche era a él a quien se abrazaba, a él a quien entregaba su amor.

—Ehhh, Cándida, ¿estás aquí, o ya te has ido a tu planeta? —dijo Marina divertida, dándome un pellizco en el brazo.

—¡Ayyy! Que sí, que estoy de acuerdo.

Las risas debieron resonar por todo el pueblo, me precipité al contestar y la verdad es que no tenía ni puta idea de qué estaban hablando.

—Pues nada, no se hable más. Marina acompañará a tu madre a la casa que nos dejó de herencia mi adorada hermana y veremos las posibilidades que tiene de reconvertirla en un pequeño hotel. Y tú te vienes conmigo a los viñedos. ¡Venga a la cama, que mañana en esta casa se madruga! —Guiñándoles un ojo a la parejita, se levantó y desapareció.

—Mamá, ¿pero de que hablabais? —dije en cuanto nos quedamos solas.

Mamá me dirigió una infinita mirada de ternura. Ella y yo teníamos el don de abstraernos sin darnos cuenta adentrándonos en nuestros sueños. Los estados de melancolía con frecuencia se adueñaban de nuestra mente. Me cogió ambas manos, apretando sus gruesos labios, dejándolos en una fina línea. Sabía que le estaba suponiendo un esfuerzo sobre humano no confiarme aquello que le pasase por la cabeza. Conocía esa chispita de luz en sus ojos que tan pocas veces veía. Creo que se estaba mordiendo la lengua, pero de verdad, para no contarme aquello que estaba deseando decirme, pero que, por alguna razón, debía esperar. Mejor que Marina hubiese venido acompañada por Pablo. Así podía disfrutar de la compañía de mamá a solas.

El pobre debía tener el dilema en estos momentos de entrar en la habitación de Marina... o dejar que ella durmiese conmigo, o bien meterse en la de la abuela o en la de mamá. Las dos últimas descartadas. Me divertía ver al Pablo que quería dar la imagen de caballero... De momento no les iba a echar un cable

a ver que ganaba. Si su caballerosidad o el empalme de sus bajos.

—Mamá ¿Cómo van las obras en la casa de la tía?

Era tal la paz que se respiraba, cuando todos se fueron, que mi madre en pocos minutos se debió trasladar al planeta contiguo al mío. Tuve que achucharla un poco. Reaccionó sobresaltada. Tenía si cabe aún más experiencia que yo de llegar a su mundo en menos tiempo que yo. ¡Qué ya era difícil!

—Ah, dime hija, me había quedado un poco traspuesta.

Me acercó hacia ella y me dio un beso suave en la frente. Arrugó la frente. Al parecer en su lejanía, mi pregunta le llegó a su cerebro. Por su manera de no responder de inmediato y sopesar la respuesta, algo me dijo que nada de aquello por lo que se había trasladado a vivir con la abuela, iba como el coser y cantar. Tras un largo suspiro, entrelazó sus manos, volvió a mirar al cielo, como si esperase recibir las respuestas del más allá. Me dirigió una tierna sonrisa, y relajó su rostro. Ya no tenía el entrecejo fruncido. Eso me aliviaba.

—Bueno, la casa de tu tía abuela Pura tiene muchas posibilidades para que podamos transformarla en un pequeño hotel. Saldrían seis habitaciones, todas ellas con un pequeño salón, y cabría una cama grande de un metro sesenta. Además de que contarían con unas espectaculares vistas. Unas al jardín, que como sabes se divisan las montañas, y otras al monasterio de Yuso.

—Me está encantando la idea —dije emocionada.

Aprecié el brillo en sus ojos durante un instante. Le cogí la mano alentándola a que continuase. Ella me miró sonriendo tímidamente y dejó que sus sueños escapasen por la ventanita de su corazón, que casi siempre estaba cerrada, para compartírselos conmigo. Era una mujer realista, y no siempre había conseguido llevar a cabo sus deseos. Más bien fuimos nosotras dos, las que de alguna manera los truncamos. Supo llenar su vida dedicándose a criarnos. Estar sola para este par de hermanas no debió ser fácil. Su temprana viudez hizo que regresase a Madrid, donde de joven tuvo un puesto de becaria en un bufete de abogados. Yo llegué al mundo de manera no programada, pero con un saco lleno de alegrías, esperanza y mucho amor. Me lo contaba siempre, cuando yo le refería que había sido mamá muy joven. De alguna manera sentía haber truncado sus sueños. Jamás percibí ningún gesto por parte de ella que me lo confirmase. Sin embargo, cuando papá despreció de nuestras vidas, día a día, presentía como se replanteaba su vida...y la nuestra.

Yo apenas contaba con seis años. Por entonces Marina solo había celebrado cuatro cumpleaños. Lo recuerdo bien. Ese día, al ver a mamá ir de un lado para otro, sin que le importasen que los niños que invitamos se subiesen por el sofá, o dejasen las patatas fritas por cualquier rincón de la casa, sin inmutarse, ni reñirles o enseñarles con cariño a comportarse. Ese día aprendí que su sexto

sentido, como ella lo llamaba, la estaba preocupando. Por momentos envejecía. Mi conexión con ella era sobrenatural. Reconozco que era muy pequeña aún, pero a la misma vez que empecé a leer en el colegio las palabras, también empecé a leer su mirada, sus gestos, sus silencios.

Marina contaba las velas. En aquella época estaba aprendiendo a contar. Me acuerdo que mientras los demás niños correteaban, jugando por la casa, ella se sentó delante de su tarta de chocolate adornada con Lacasitos de colores. Y contaba, una y otra vez. Uno, dos, tres y cuatro, biennnn y aplaudía con sus manos regordetas. Soplabas las velas que mamá aún no había encendido. Repitió muchas veces la misma acción. Estaba tan bonita, vestida con el disfraz de princesa verde esmeralda como sus ojos, su corona de falsas piedras brillantes. Y su rostro tan emocionado. Parecía el día más feliz de su vida. No jugaba con los demás niños. Esperaba a papá, presidiendo la mesa, y vigilando que nadie ocupase la silla de al lado porque esa era de papá. Él le ayudaría a apagarlas, él soplabas muy fuerte y así se disiparían todas a la vez. Él era su papá, y él siempre venía el día de su cumpleaños, aunque estuviese en otro planeta. Marina estaba convencida que trabajaba lejos, muy lejos, hasta en otro planeta, como él le decía haciéndole cosquillas y alzándola por los aires. Papá hacía magia. Yo los miraba divertida, a mí no podía cogermes en volandas, porque me mareaba. Dicen que un día le vomité en la cara. Así que conmigo usaba los abrazos, los roces de nariz y poca cosa recuerdo más. No porque no me hiciese caso, si no porque la memoria es una injusta enemiga del tiempo.

Mamá encendió las velas, se estaba haciendo tarde y los niños no tardarían en ser recogidos por sus padres. Así que esta vez le dijo que ella le ayudaría a soplarlas.

—¡Tú, no! Quiero que venga papá. Papá vendrá de su planeta, con su coche mágico. (Lo llamaba así, porque el nuevo coche tenía el salpicadero lleno de lucecitas, casi como la cabina de un avión, decía mi padre).

—Marina, tus amigos se tienen que ir y aún no han probado la tarta. Y luego te darán los regalos cariño. —A mí no me pasó desapercibida el rictus de preocupación tras esa sonrisa cariñosa.

—¡No quiero soplar las velas yo sola! —Gritó, a la vez que ponía sus pequeñas manitas sobre las cuatro velitas, impidiendo que se encendiesen.

—Cariño, mira todos esos regalos. Los podrás abrir en cuanto cortemos la tarta ¿vale, mi amor?

Pero Marina ya despuntaba en carácter. Yo sentada desde el otro extremo ya sabía que esos regalos no se iban a abrir hasta que Marina no soplasen las velas. Y ella no estaba dispuesta a dejar que mamá las encendiese.

Mamá peleó con la pequeñaja. Con una mano contenía las pequeñas manos

que intentaban impedir a toda costa que la otra mano de mamá prendiese las velas. Por un momento fue divertido ver un cumpleaños donde una niña no quisiese que sus velas dieran luz. Por otro me estremecía la falta de la presencia de papá. Yo, aunque no alardease, ni expresase mis emociones como mi hermana, también creía en la magia de papá.

Entre los sollozos por parte de Marina, a los que se sumaron pequeñas llantinas contagiadas de los peques que acompañaban el cumpleaños. Mamá consiguió encender tres velas, porque cuando la pobre intentaba encender la cuarta, sin meter un codo en la tarta, por el enredo de brazos de mi hermana y los de ella. La una para evitar y la otra para conseguir... el teléfono sonó insistentemente, hasta que mamá, la única adulta de la casa en aquel momento, lo cogió. Vi como su cuerpo se tensaba, su cara palidecía bañada por las lágrimas. Apoyándose en la pared, su cuerpo convulsionaba al ritmo de contenidos y mudos sollozos.

Nunca se encendió la cuarta vela. Ese año Marina no sopló sus velas, ni destapó los regalos, hasta mucho tiempo después. Ese año no hubo foto de la princesa junto a papá exhalando aire, para apagar las diminutas lucecitas. Ese año, ese mismo día, mi querido papá exhaló su último suspiro por última vez, pero lejos, muy lejos de nosotras.

—Cándida, vuelve...—dijo mi madre sonriendo divertida, ya sabía ella que estaba en mi planeta. Sonreí complacida al sentir lo comprendida que me sentía con ella.

—¿Y qué es eso que te preocupa?, parece que la casa puede quedar genial.

—Sí, sí. La idea es buena. Las habitaciones estarían en la tercera planta. Prefiero pocas habitaciones pero que el hotel tenga todas las comodidades para el perfil de gente que queremos atraer. —Hizo una pausa y continuó contándome el proyecto—. La planta del medio es amplia, allí estarán dos zonas de ocio, una gran biblioteca, donde los sillones se colocarán junto a las ventanas rodeando la chimenea que quedará en el medio justo. He pensado poner alrededor varios sofás. Algo así, como que el estar en esa zona te incite a leer, relajarse y dejarse llevar por el silencio y el paisaje que se podrá observar si conseguimos hacer las ventanas más grandes ¡claro! —mostró un tono triste, con ese, “claro”.

—¿Algún problema? —dije mientras cogía la taza y sorbía aquel té cultivado por la abuela y que sabía a gloria bendita. Dejé la taza en la mesa y no tuve respuesta. Continué mirándola, esta vez no iba a dejar que se adentrase en su mundo—. ¡Eh, mami! ¿qué pasa?, seguro que tiene solución, sea lo que sea que te preocupe.

Suspiró sonoramente y continuó.

—Verás, Cándida, ha venido un arquitecto nuevo al ayuntamiento del pueblo, no digo que sea mal chico, ni que venga a chincharnos, pero es muy recto. Y lleva las normas a la práctica de una manera exagerada. Así que no nos concede el permiso para agrandar las ventanas.

—Bueno, pues se dejan del tamaño que tienen y asunto arreglado —dije resuelta.

—No, no, no. Eso no puede ser, porque ya no sería la biblioteca soñada, sin el paisaje como fondo, no es lo mismo. Yo quiero que los huéspedes estén dentro de la casa, pero como si a la vez estuviesen fuera. ¿me entiendes? —La verdad que esta vez no la entendía ni mucho ni poco, no la entendía nada. —Quiero que cuando lean una novela y mediten sobre lo leído, dirijan su mirada hacia las montañas y se abstraigan sin tener que levantarse del cómodo sillón en el que estén sentados.

—Ya veo, mamá... pero ¿no te parece que quizás no todo el mundo se abstrae como tú y yo cuándo leemos?, y vamos cuando no leemos también, para qué nos vamos a engañar.

—Y para eso necesito unos grandes ventanales. Esperaba que las cosas fuesen rodadas esta vez. —Noté el cansancio en su mirada—. Además, la segunda planta da para hacer otra zona, separada con un tabique con piedras encastradas, porque ante todo soy la primera que quiere que el estilo rústico de la casa se conserve. ¿Me entiendes? —Yo asentía, porque de verdad, estaba visualizando cada lugar que me iba describiendo—. Pondríamos mesas para jugar al ajedrez, a las cartas y mobiliario cómodo que incitase a las charlas. ¡Nada de televisión, eso sí lo tengo claro!

—Ufff, eso no sé si va a ser buena idea.

—¡Por supuesto que sí! Será un lugar para desconectar de “todo” —lo dijo con convicción, conociéndola, sabía de antemano, que iba a luchar contra las teorías de aquel arquitecto, la de los adictos a la televisión y cualquier otra que le obstaculizase el camino. ¡Miedo me daba!

—Creo que ya va siendo hora de dormir un poco, si mañana Marina y tú os vais a enfrentar a puñetazos con ese arquitectucho. —comenté, intentando quitarle hierro al asunto—. Marina, no sé, esa sí que me hacía dudar un poco. ¡Bah, la sangre no llegaría al río!

—Cándida, que esto es serio, que o me dejan que lo haga a mi manera, o dejo que la casa se caiga. Ellos verán. —Ya no quise discutirle más. Intuía que, si la casa se caía a pedazos, solo a ella le iba a importar. La atraje hacia mí abrazándola. Inspiré ese olor tan característico en ella. Me embriagué del aroma de la lavanda.

### CAPÍTULO 3

Nos levantamos con los primeros rayos de sol, la abuela tenía preparado el desayuno. Y mamá sentada ante la mesa repasaba unos documentos, mientras devoraba una tostada con miel.

—¡Buenos días!, o casi diría buenas noches. No he pegado ojo, con los ronquidos de Marina.

—Anda siéntate, pequeña mentirosa, que dudo mucho que hayas oído los ronquidos de tu hermana. Estaba demasiado lejos de ti —exclamó mi abuela divertida.

Mamá seguía absorta en sus papeles, creo que de nuevo en su mundo. Bueno, tampoco era un drama que estos dos durmiesen juntos. En casa de mamá teníamos unas normas. Nada de dormir en la misma habitación a no ser que fuese pareja fija, más o menos, porque eso hoy en día era como si te tocase el euro millón. Imposible. Bueno, Pablo ya había coincidido con mamá un par de veces en varias comidas. Así que no se sorprendería y con lo liada que estaba con el papeleo menos aún.

—Subes tú a despertarlos o subo yo, y se llevan el susto del año. Mira que con los pelos que llevo de abuela bruja...

—Vale, ya subo yo —contesté refunfuñando.

Para mí era una situación muy normal entrar en la habitación y verlos acurrucados bajo las sábanas. Pablo dormía más en mi apartamento que en su propia casa. Hay que reconocer que compartirla con dos guarros amigos, no ayudaba. Entrar allí, si no era con mascarilla y calzas sobre los zapatos, imposible. El suelo siempre estaba pegajoso, la basura rebosaba, no abrían las ventanas ni en invierno ni en verano para ventilar. Vamos, un caos. En eso tenía razón Pablo, solo cuando él limpiaba, se quedaba un par de días allí, hasta que de nuevo la suciedad se adueñaba de la casa. Y entonces venía con nosotras hasta que le entraban ganas de limpiar. Que por supuesto, no era muy a menudo.

Toqué con los nudillos la puerta, sin disimulo. A la vez que acercaba la oreja, por si oía gemidos. Pero no se escuchaba nada, me dieron ganas de tirar la puerta abajo como en las pelis, y darles un sustillo. Pero me contuve para no alarmar a mamá y a la abuela.

Después de varios toques con la palma abierta de la mano, viendo que no contestaban. Decidí abrirla yo misma.

—¡Venga, arribaaaa! —grité gustosa de despertarles así. Ni con esas movían un solo músculo. Viendo que la jofaina antigua con espejo, que era parte del

mobiliario de la habitación, contenía agua. Cogí la jarra y los bauticé.

—¡Joder, Cándida!, hostia, me has mojado el pelo y ahora ¿qué hago?

—Anda, levantaros ya, y no te quejes tanto que Pablo se ha llevado la peor parte, aunque míralo, ni con fuego se levanta éste. ¡Menudo par! Mamá os está esperando, tenéis que acompañarla.

Bajó Marina sola, excusó a Pablo diciendo que él se iba a visitar la iglesia de un pueblo cercano. Así que salimos a la vez, yo con la abuela hacía las viñas y Marina con mamá hacía la futura casona vieja, que se convertiría en hotel si convencían al nuevo arquitecto del ayuntamiento para agrandar las ventanas. Nos reuniríamos con ellas en cuanto terminásemos de organizar a la gente que ese año recogería la cosecha de los viñedos.

El recorrido en coche era espectacular. A ambos lados de la carretera, alineadas aparecían las viñas, unas detrás de las otras. Siguiendo a veces el ondulante terreno que no las interrumpían ni alteraba ese orden tan perfecto.

Se respiraba el aire fresco de la mañana. La abuela sentada a mi lado, iba con los ojos cerrados y una ligera sonrisa. Me moría de ganas de saber en qué estaba pensando. Puse mi mano en la suya, mientras conducía, su piel era suave y blanca. Sus marcadas venas dibujaban caminos tortuosos, tal vez como su misma vida. La verdad es que no conocía mucho su pasado. Algo contaba mamá, pero no ahondaba mucho. Sé que al morir papá nos tuvimos que trasladar a Madrid para que mamá ejerciera de nuevo la abogacía y así poder sacarnos adelante. La abuela quiso que nos quedásemos en el pueblo, pues allí habíamos nacido y ella nos ayudaría. Pero mamá se negó en rotundo. Aquello le recordaría siempre a la vida que pudo ser y que no fue.

Seguí acariciando su mano, ella continuaba con los ojos cerrados, su rostro reflejada felicidad. No quería molestarla ni fraccionar sus pensamientos. Me transmitía tanta paz.

—Cándida, cuando pasemos la siguiente curva, para el coche un momento a la derecha.

—¿Te refieres al mirador?

Ella asintió, envuelta en sus pensamientos, sin despegar su mano de la mía. La carretera era recta hasta la curva que me indicó. Desaceleré y aparqué donde dijo. Abrió los ojos como si por primera vez viese aquel paisaje. Salimos del coche, dirigiéndonos a la barandilla, donde se podía divisar, desde una vertiginosa altitud, la extensión de viñedos, que a lo lejos parecían lunares de distintas tonalidades verdosas, salpicando la tierra.

Ambas aspiramos con fuerza el aire. Lo hicimos a la vez, y nos echamos a reír, por la casualidad.

—Estas muy guapa, Cándida. —dijo, pasándome el brazo por encima del

hombro y atrayéndome hacía sí—. Aquella relación que mantuviste con aquel chico, era tóxica, te consumía. Me alegra tanto que pudieses dejarlo. Yo quise intervenir muchas veces, pero tu madre decía que tenías que verlo tú solita. Por supuesto que algún consejo te dimos. Por experiencia sé que son inútiles. Has de rumiarlo solita, tal como hiciste. Y ser valiente para una vez tomada la decisión, seguir centrada en todo lo que no te gustaba de él. Para no volver a caer hay que recordar, no olvidar. El olvido viene luego, cuando ya no dependes de una persona que te trataba tan mal, a los ojos de todos.

Mis ojos se nublaron, las lágrimas a punto de salir. Pero esta vez de felicidad. No como las derramadas en las miles de ocasiones que la relación me produjo un dolor infernal.

—Ya verás como encuentras a esa persona que te haga temblar y no de frío precisamente. —Rio mi abuela.

—No sé yo, abuela. Si es que una tiene una edad... Casi todo el mundo tiene pareja, y el que está soltero, es porque se ha separado, y con varios hijos a sus espaldas.

No es que me importase conocer a alguien que tuviese hijos de otra relación, no era tan retrograda, pero es que reconozco que les ponía pegas a todos. Supongo que esperaba ver al chico que me hiciese sentir como si me tirase en paracaídas. Con esa sensación de miedo antes de lanzarte y ese cosquilleo hasta que se abre el paracaídas. Con la plenitud de saber que aterrizaras suavemente, mientras el vuelo te atiborra de sensaciones placenteras.

—Pero si eres una chiquilla, mírate, ¿pero tú te has visto bien? Y no me vengas con pamplinas comparándote con tu hermana. Tú irradias hermosura al sonreír, al mirar, al hablar...

—Gracias “Jimena” —dije cómicamente plantándole un sonoro beso en la mejilla. Ella me miraba desde dentro. No es que fuera un esperpento, pero vamos, la belleza como tal la heredó Marina. Yo era, como dirían en el pueblo, “resultona”

—Todo el mundo tiene pareja —comentó felizmente la abuela.

—Ya lo creo, hasta los cromosomas tienen pareja ¿no? —dije con sorna.

Soltó una amplia carcajada y continuamos contentas el resto del trayecto.

Al llegar a los viñedos, que pertenecían a la familia desde hacía más de cuatro generaciones. Me sentí orgullosa. Todavía conservábamos una gran parte. Al acabar la guerra civil tuvieron que vender algunas hectáreas. Se quedaron con menos tierras, pero con la uva que daban, aún se podía sacar un buen vino Rioja, que empezaba a comercializarse fuera de las fronteras.

Dejé el coche junto a la pequeña casa que se usaba de almacén de herramientas y para la uva recolectada. Los barriles de roble que contenían el

vino estaban en la vieja bodega. Mi abuela mimaba ese lugar como si de un embarazo se tratase. Ponía nombre a cada barril, dejaba que pasase el tiempo, los acariciaba mientras paseaba entre ellos. Su envidiable paciencia junto con su cariño al tratar la uva conseguía que nuestro vino fuese uno de los mejores de la región. No ambicionaba una gran cantidad, solamente que el paladar lo acogiese como un sabor que no pudiese ser olvidado.

No tuve tiempo ni de dejar los dos pies en el suelo cuando se acercó “Pelusa”, enredándose entre mis piernas.

—¡Ayy! Que alegría verte, pequeña. Estás más gordita. Ven, deja que te coja. —Era la gata de los viñedos, siempre andaba por allí, sin extrañar a la gente, pero reconozco que por mí tenía debilidad. Lo mismo que yo por ella—. Qué suave y mimosa. Menuda barrigona tienes, te estás haciendo mayor, Pelusa.

—Está preñada, no está gorda. —explicó una voz grave con un ligero acento extranjero.

Me di la vuelta con Pelusa en mis brazos, casi suelto a la gata al ver de quién provenía la voz. No obstante, me pasé la mano por la barbilla queriéndome quitar restos inexistentes de comida. Me crucé con su mirada unos segundos que me parecieron eternos. Si ayer en aquella terraza del bar me impactó, hoy me dejaba sin palabras. Era rabiosamente atractivo, fuera de lo común. No me gustaba parecer atontada. Él debía saber de su derrochante atractivo porque me sonreía alargando una mano.

—Kenzo, esta es mi nieta Cándida. Como ves se queda absorta cuando coge en sus brazos a mamá Pelusa. —Rió mi abuela, que intentaba sacarme del apuro o meterme de lleno en él.

—Encantado, Cándida. —Me estrechó la mano al mismo tiempo que me daba dos besos.

Por toda respuesta me entró hipo. Puta casualidad. No me salían las palabras seguidas. Dejé a Pelusa en el suelo y me recompuse como pude. Lo último que necesitaba era volver a hacer el ridículo. Mi pecho se movía al compás del hipo. Inevitablemente los ojos de Kenzo no dejaron de captar el absurdo bamboleo de mis pechos. Busqué a Pelusa para volverla a coger y disimular, hasta que se me pasase. Pero la gata no aparecía. No parecía tener ya tanta debilidad por mí. Estaba quedando como el culo, una maleducada en toda regla. Una estirada. Vi por el rabillo del ojo como se quedaba mirándome con templanza y una sonrisa de medio lado que no hizo más que exagerar el maldito hipo. Tampoco veía a la abuela. Necesitaba huir de allí, me estaba poniendo muy nerviosa. Y yo era una mujer calmada, cándida, o eso decían de mí.

Me sentía incomoda. Ese chico provocaba en mí sensaciones extrañas. No reaccionaba con naturalidad las dos veces que lo había visto. No tuve más

relaciones de pareja que la vivida con Carlos, no conocía a los tíos de manera íntima. Mi contacto con los hombres no pasaba de hablar de temas de trabajo en el instituto. Fuera de aquel lugar, sencillamente no surgía nada. Cuando salía de fiesta, las pocas veces que me animaba y me dejaba arrastrar sobre todo por mi hermana, me costaba entablar conversación con los chicos. Más bien me dedicaba a escucharlos, a asentir. Y cuando alguno dejaba caer su mano en mi falda... lo pasaba fatal. Dejaba de escuchar, ya solo sentía el recorrido de esa mano, que me disgustaba e impedía que volviese mi cabeza a centrarse en el tema que estuviésemos llevando. Si la mano hacía intención de recorrer mi muslo, automáticamente me levantaba al baño, como excusa, aunque estuviese en el desenlace de una película incluso de misterio.

Marina me decía con cariño que me lo tenía que hacer ver. Que no era posible que Carlos hubiese destrozado mi vida durante cinco años, y que encima no levantase cabeza. Que no todos eran iguales. Que, además ahora debía contar con el radar que se suponía que adquirirí, al tratar con un tipo como aquel. Lo malo es que ahora mi “radar”, se había vuelto caprichoso, y detectaba maldad en cualquier hombre. Ese tema siempre lo discutíamos mi hermana y yo. Me ponía como ejemplo a Pablo, y sí, era cierto que la maldad no anidaba en Pablo. Pero yo prefería que me lo diesen ya hecho. Vamos, encontrar a alguien que hubiese pasado ya los escáneres de la bondad. Tampoco buscaba un santo, no joder, tan solo alguien que valorase lo poquito de belleza que hubiese en mí. Que no me mirase por encima del hombro con prepotencia, y me dejara a la altura del betún en cualquier ocasión que tuviese. Que confiase en mí. Que no mirase mi móvil cada dos por tres. Y sobre todo que no detestara mi cuerpo por engordar un poquito, y me lo recordase burlesco continuamente. Para después cuando el deseo le venía en gana, acaramelarte y llevarte a la cama como si no hubiese pasado nada. Y yo caer rendida, creyendo en sus palabras de arrepentimiento que escasamente duraban un par de horas. Patético, ahora que han pasado dos años, me cuesta crearme que yo actuase así. Pero también reconozco, que tengo falta de confianza en mí misma, que no se manejar situaciones, como la que acaba de pasar con Kenzo. Tengo que superarlo, el chico solo quiere ser amable, nada más.

Me adentré entre las hileras de viñas. Caminé un buen rato sola. Sintiendo como el sol bañaba mi cara mientras yo cerraba los ojos dejando que el tímido calor calentara mis parpados. Esos paseos me relajaban. Me daban un respiro para poner en orden mis aturulladas reacciones. Las uvas iban tomando ese color entre rojo y morado, asomando con descaro entre las verdosas hojas, un mes más y ya podrían recolectarse. La planta ya tenía la altura esperada. El tamaño de la uva todavía era pequeño. Pero con la ayuda del sol y un poco de lluvia se harían

gruesas, jugosas y apetecibles. Me encantaba ver todo el proceso. Qué ilusión me hacía vivir el día que se empezaban a recoger. Yo participaba en activo, Marina no tanto, dejaba un racimo en el cesto y a la vez se iba comiendo las que pillaba más maduras.

La abuela siempre contrataba a la misma gente de los pueblos de al lado, algún que otro fichaje nuevo, pero siempre eran conocidos. Se montaba una gran fiesta, se trabajaba cantando, era digno de ver. Se palpaba alegría, a pesar de las caras sudorosas por el arduo trabajo. ¿Y qué hacía Kenzo allí? Menuda mema estaba hecha. Era un operario ¡claro! Eso me dio unos aires de jefa al instante. Nada de ruborizarme, nada de tener hipo. Yo era su jefa. Mis pensamientos se difuminaron al agacharme entre las viñas y dirigirme por otro caminito.

—Qué bien que te encuentro, Cándida. Le estaba explicando a Kenzo como recolectábamos la uva hasta ahora, pero su idea me está convenciendo. Creo que es muy acertada. ¿A ver qué te parece a ti?

De nuevo tenía frente a mí a aquel hombre de mirada verde contrastando con su piel oscura, y no precisamente dorada por el sol. Venía de serie. Ese tono, el injusto sol no lo daba. Era mestizo. Sus rasgos no me daban pistas sobre su origen. Los labios semejaban un mullido corazón. La mandíbula era fuerte, cuadrada. Pero su nariz no era ancha. Era perfecta. Con éste Marina lo tenía difícil para caricaturizarle.

—No sé, abuela. El último experimento fue un desastre. —Erguí mi espalda, para mostrar autoridad, mirando a ambos y continué—. Media cosecha fue a parar para pienso de ganado —expresé con un tono austero y mirando a ambos. Con un aplomo que ni yo misma sabía de donde salía.

La abuela Jimena abrió los ojos desmesuradamente, dejando imperceptibles las arrugas que los adornaban, desde luego eso me demostraba que no estaba acostumbrada a esas salidas de tono en mí. Todo ello acompañado de un rubor que crecía desde mi interior y se reflejaba en mi rostro. Me mantuve inalterable. Me atreví a mirar a los ojos de Kenzo. Sus ojos me derritieron, pero pude disimularlo, o eso creo. Porque el cuerpo me ardía por dentro. Deseaba cambiar mi fachada de cándida y blandengue. Necesitaba empezar a cambiar tantas cosas. Que empecé ese día. Sí, ese mismo día que por alguna razón inexplicable, percibía que estaba en mi territorio, las viñas, los campos, la cosecha. Amaba la elaboración del vino, era una tradición de mis antepasados que se pasó de boca en boca, generación tras generación. Bueno yo ahora guardaba todos los secretos de la fabricación en un pendrive, pero eso no contaba. La abuela daba por hecho que lo retenía en mi cabeza. Tampoco le iba a dar un disgusto.

Por una vez ambicionaba coger el mando. Por una vez ansiaba tener al mestizo bajo mi control. Ser otra yo, que viese en mí algo distinto a todo lo que

habían demostrado ver los demás, sobre todo que jamás me percibiese tan vulnerable como Carlos. Quizás, esa sensación de vulnerabilidad fue lo que hizo que él creciese cada día un poquito y yo a su lado me fuese empequeñeciendo. Hasta dejarme como si estuviese en el fondo del mar, ahogándome, sin aire, con un peso en mi cuerpo que no me dejaba emerger. Pero en los últimos minutos, cuando ya no confías en poder alcanzar la fina línea que al traspasarla te llenará del aire que necesitas. Es cuando algo tan interno de ti, te empuja hacia la superficie, con las escasas fuerzas que te quedan, y emerges cogiendo tal bocanada de aire, llenándote de la vida que se escapaba. A partir de ahí, ese ahogo te persigue. Y empiezas a permitirte no mirar atrás. Te obligas a que el recuerdo aflore, en los momentos de debilidad, cuando la duda te invade y es entonces cuando revives todo aquello que no deseas que vuelva a ocurrir. Y ya no te lo permites. Supongo que ahora se entiende el porqué, no encontraba la sombra que se emparejase con la mía. Porque aún seguía recordando para sobrevivir, a la vez que ese recuerdo me alimentaba para estar alerta, me impedía abrirme al mundo que me ofrecía un amanecer cada día.

De regreso a casa, la abuela Jimena se dirigió a mí algo confusa por los hechos vividos en los viñedos.

—Cándida, ya sabes que yo de dar consejos poco o nada. Pero... me ha parecido que te comportabas de una manera impropia en ti. —Intenté replicar, pero ella se adelantó—. Contraté a ese muchacho hace cinco meses. Sabes que soy muy quisquillosa a la hora de coger a alguien nuevo. Me conquistó nada más verle.

Continué hablando de él, embelesada. Parecía como si lo estuviese promocionando o qué sé yo. Que, dicho sea de paso, poca falta le hacía. A distancia, a mucha, seguro que las chicas del pueblo y alrededores lo otearon como un naufrago a la deriva cuando divisa la tierra. Su atractivo era desconcertante, tenía que reconocerlo. Y empezaba a molestarme tanta cháchara.

—Te creo —contesté, con una sonrisa irónica.

—Ah, no, por ahí no vayas. —captó a la primera mi gesto—. A mi edad se ve el atractivo que tiene, pero no es solo eso por lo que merece ser contratado. Aunque a nadie le amargue un dulce. —Soltó una carcajada, dándome un codazo en el brazo. Tuve que sujetar bien el volante del coche. Entre que yo iba ya pensando en él, y mi abuela nombrándolo. La imagen me venía fresca. Así no se podía conducir. Los engranajes de mi cabeza giraban a lo loco, no entendía esa sonrisa burlona, adolescente y rejuvenecedora de mi abuela. Me costaba entender a mi abuela desde que llegamos a su casa, pero oírla hablar de Kenzo me derrumbó un poco. Hablaba de él como si hubiese llegado un Dios o un conquistador de tierras lejanas.

—Anda, vamos a parar, que vas a conseguir que nos salgamos de la carretera.

—Sí, sigue por ese camino que viene a la derecha. Será mejor que te relajes un poco —dijo mirándome de soslayo.

Continué por el lugar indicado. A escasos metros de la carretera principal bajamos del coche. Un manto de viñas alineadas, un horizonte sin fin, y rompiendo el perfecto paisaje se alzaba un robusto roble. La abuela se dirigió hacia él con una agilidad impropia de alguien de su edad. Que con setenta y dos años me dejara a dos metros por detrás de ella, era de admirar. Y por la parte que me tocaba a mí de echarse a llorar. Un día de estos debería torturarla y que confesase su secreto de juventud.

Se sentó bajo el roble como una quinceañera, la imité. ¿A ella no se le clavarían las piedras en el culo?, porque yo estaba de un incómodo que no veas.

Observé como meditaba antes de dirigirse a mí. Me estaba preocupando. Pero no me atrevía a romper el hielo. Al fin y al cabo, era ella la que quería hablarme. No tuvo prisa, se regocijaba del paisaje. Cerraba los ojos y sonreía imaginando a saber que cosas. ¿Mira que si la abuela se había colado por Kenzo?. Ahora se llevaba mucho eso de las parejas con gran diferencia de edad ¿no? ¡Que no, por Dios!, que de ella me podía esperar cualquier sorpresa estrambótica, pero esa no. Se me estaba revolviendo el estómago, casi me pongo de espaldas a ella, para ni mirarla.

Cruzaba los dedos para que me dijese cualquier cosa. Por Dios que no me confesase lo que me estaba temiendo. Todo menos eso.

—Cándida, verás... tengo que confesarte algo. —Hizo una pausa, inquietándome por segundos—. El plan era anunciar la noticia cuando Marina también estuviese presente. Tu madre y yo hemos discutido la mejor manera de poneros al corriente. Sois mis niñas, mis nietas. Os debo una explicación por muy loca que os pueda parecer la idea.

¡Que no!, que no estaba dispuesta a seguir escuchando. ¡Loca idea!, aquello rayaba en lo absurdo. Vale que yo era poco abierta de mente, pero no me veía a Marina comprendiendo las intenciones de la abuela. Y mira que ella era abierta, de mente, de piernas a veces, que no es que yo la juzgase. Pero luego venían los lloros. Eso sí, duraban lo que una película de dramón con amor. Sus lágrimas se desbordaban hasta que anunciaban los nombres de los maquilladores y vestuarios. Ni un minuto más. Sus claros verdes ojos mutaban a verde oscuro de seco.

Iba a ser la primera en deglutir la noticia. Aún a floraban las sensaciones vertiginosas de aquella primera tarde al ver a Kenzo sentado en la mesa de al lado. Su intensa mirada me trasladó al mundo de mis sueños, donde por

desgracia en la vida real nada de lo que soñaba era alcanzable. Me sumergía fantaseando con situaciones que no alcanzaban a traspasar la frontera de la realidad. Mientras los vivía, o mejor dicho los soñaba era feliz, o eso creía. Pero este desenlace tan repentino, me dejaba un sabor amargo. No me había dado tiempo ni a fantasear con las sensaciones que me produjo su voz, su mirada, su tacto en mi brazo cuando intentó saludarme y me quedé tiesa sin reaccionar.

Esto era una locura. Seguramente ella captó la transformación involuntaria que tuve cuando me presentó a su nuevo asalariado y tal vez quiera aclararme todo cuanto antes. Lo mismo que ocurrió con Pablo. Marina no dudó en declarar sus sentimientos de enamoramiento hacia él, por si acaso yo empezaba a sentir algún cosquilleo que ya olfateaba ella. Siempre ha sido muy sincera conmigo, en eso, y bueno en otras cosas que me sonrojan. Se parece a la abuela. Me armé de valor y conteniendo la respiración ladeé la cabeza, mirándola, aceptando que prosiguiera. Igual estaba equivocada y de nuevo mi cabeza viajaba por el espacio a la deriva. ¡Venga, que desembuchara cuánto antes!

—¿Cándida, niña, estas aquí? —dijo mi abuela con gesto preocupado—Estás pálida. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, perdona, abuela. Te escucho, de verdad.

—Pequeña mía, otra vez en tu misterioso mundo. —Pasó un brazo por mi hombro acercándose hacia ella. Su cálida mejilla rozando la mía. Percibía como sonreía. Me costaba mostrar ser recíproca, pero su abrazo suavizó mi tensión.

—Dime. —Más seca no pude sonar.

—Estoy enamorada.

Me levanté como si un rayo hubiese partido el tronco del roble en dos. Las piedrecitas que se me clavaban en el culo ni se despegaron de mi trasero. Toda yo ardía en rabia. Con las manos en jarras, altanera y frente a ella, que permanecía sentada. Le dirigí una de mis más perversas miradas. Temblaba como si se tratase de un endeble junco. Sin mover los pies del suelo. ¿La abuela enamorada de Kenzo? ¡Que no! Que no lo iba a permitir. Cierto que yo alardeaba con mis compañeras de las parejas donde ellas eran las maduras y ellos los yogures. Lo aplaudía. Pero otra cosa era que la abuela estuviese “enamorada” del joven que ya quisiera Madonna llevárselo a la cama.

—¡Jimena! —La llamé por su nombre sin preámbulos familiares ¡No puede ser de ninguna de las maneras! No y no. —gritaba, con la frente sudorosa, mientras observaba la placidez y el desconcierto a la vez en la mirada de mi abuela.

—Cándida pero ¿qué está pasando? o, mejor dicho, ¿Qué está pasando por tu enredada mente?

—¿Te atreves a hacerme esa maldita pregunta?, porque, abuela, te voy a

contestar, ya lo creo que te voy a contestar.

Mi postura se mantenía inalterable. De pie, frente a ella y aún con las manos en jarras, con los pies separados manteniendo una pose altanera, aunque mi cuerpo temblase. Era inamovible. Los pies fijos con fuerza en el suelo.

—No te entiendo pequeña, por primera vez no te comprendo.

—No te preocupes, yo haré que lo entiendas a la primera. —El tono de mis palabras era abusivo, la pobre anciana mantenía la compostura, pero la crueldad de mis palabras la iba a dejar moribunda. ¿Cómo conseguía transformarme tanto, en tan poco tiempo?

Jimena inalterable, continuaba sentada bajo el árbol que la cobijaba del ardiente sol y de mí. Con la mano sobre la frente a modo de visera, esperaba oír las palabras de su nieta transfigurada por el arrebato de celos, rabia, y sueños inalcanzables. ¡Dolía, joder! Y mucho. Ella con todos sus años, con su piel bien conservada, pero con arruguitas alrededor de los ojos, ah, y también con ligero código de barras sobre su labio superior. Resulta que el moreno... ¿se la llevaba a su corazón en cinco meses?, ¿en qué clase de mundo vivía yo entonces? Pocas horas antes meticulosamente estaba dorándome la píldora. Convenciéndome, que casi hasta lo consigo, de mi gran belleza, interior o exterior, ya no me acordaba. Pero de una de ellas y ahora va y se lía con él único chico que ha logrado ponerme la piel de gallina. Pienso decirle todo lo que a mí esto me parece, que no es poco. Que yo admiro mucho a Madonna, a Demi Moore y hasta a Shakira, que diez años más no son nada... digo yo, o eso quiero creer, pero, ¡treinta! ¿Iría mi abuela con el andador y él al paso de ella haciendo running? No me lo puedo creer, por Dios. Repentinamente me entraron arcadas al dejar que mi imaginación volase y volase. Por mucha testosterona suelta que tuviese el chico, ¿se la podía follar?

Esas imágenes iban a ser las peores de mis pesadillas. Lo estaban siendo, no debía recordar sus ojos, ni su sonrisa, ni nada de nada.

Absorbí todo el aire de La Rioja, y lo exhalé de golpe. Mi abuela o mejor llamarla Jimena ya, hizo amago de levantarse al ver mi frente bañada en sudor. La retuve, necesitaba que estuviese sentada y yo de pie, me daba dignidad y seguridad. ¿Y si estaba perdiendo la cabeza? Ya empezaba a tener sus años. Descartado. Mi madre llevaba meses con ella y nos lo hubiese dicho. De buena tinta sabía que era ella solita la que llevaba las cuentas de las tierras y la bodega que, aunque no fuese ostentosa, por lo menos veinte trabajadores los tenía en nómina, bueno ahora veintiuno. Jamás necesitó un gerente, y pocas veces utilizaba la calculadora. Si seguía exaltando sus cualidades, me echaría a llorar de un momento a otro, me faltaba poco para derramar las primeras lágrimas que se empecinaban por salir. Creo que me derrumbé, porque de todo lo quería

decirle, darle mi maldito sermón sobre su comportamiento. Decirle que él solo veía en ella una tarjeta Visa oro, todo se fue a la mierda.

Me abalancé sobre ella del mismo modo que me había levantado, de golpe, sin previo aviso. Acabamos las dos por tierra. Ella sorprendida y yo más.

—Abuela, quiero que sepas que, aunque no lo entiendo muy bien, te mereces todo. Eres mi personaje favorito de esta familia. Yo no sé cómo vais a poder llevarlo en un pueblo tan chiquito, y ya sé que a ti nunca te importó el que dirán. Va a ser difícil. Ya lo está siendo para mí. Lo siento, abuela.

Empapé con mis lloros el hombro de la mujer. Cada vez reflejaba ya sin disimulo, no entender nada de nada. Su mirada no sé si era de susto o de disgusto, con la alegría que me había llevado hasta el roble aquel. Estaba claro que fastidié su deseo de darme la alegría de su vida. Era tan obvio. Quizás por eso mamá, se mordía los labios anoche al quedarnos solas. Su preocupación no era solo la obra de la casa rural para huéspedes. Ahora comprendía su desasosiego. Si es que era para que le diese algo ¡Por Dios! Y ella con dieciocho años menos, viuda, soltera y sin compromiso. ¡Un poco sí era injusta la vida!

El abrazo cálido de la abuela. Sus ojos mirándome sin dar crédito a la escena que había montado. Sus pequeñas arrugas acentuándose al mirarla tan de cerca. Su incomodo silencio. Darme cuenta de haber metido la pata, hasta la ingle. No bastaba con darle un beso para enmendar mi actitud. Debía arreglarlo, y esta vez de una forma madura. De chiquilladas ya iba servida.

Sin despegarme de ella, con la cabeza aún apoyada en sus hombros y protegida por sus brazos, me atreví a despegar los labios y proponerle que lo trajese a cenar un día de estos, antes de que nos fuésemos. Apenas lo susurré. No hubo alegría en aquellas palabras, pero sí reconciliación con mi abuela.

—Me parece bien. Creo que será mejor para todas aceptar la situación. No creo que deba justificar nada ante nadie, Cándida, pero vosotras tres, tu madre, tu hermana y tú, lo sois todo para mí. La fuerza que me levanta cada día, el sueño del que despierto para seguir con las viñas. La luz que ilumina cada día que le robo a la vida por seguir aquí aún. —Hizo una pequeña pausa desviando su mirada de la mía—. Tal vez me haya precipitado en la decisión... pero no tengo ninguna duda de lo que siento por él.

—Lo siento. Es que no sé lo que me ha pasado.

—Creo que yo sí lo sé... pero no es momento ahora de hablarlo. Aunque no lo creas esta vieja de espíritu joven está cansada. ¡Vamos! Ya deberíamos estar en la destartalada casa que tu madre quiere rehabilitar. Esperemos que no les haya ido mal con el arquitecto.

Nos levantamos y sacudimos nuestra ropa. Parecía como si hubiésemos rodado por el suelo. Aunque un poco sí que rodamos.

Mientras conducía, ella me indicaba la dirección de la casa. Conservaba el sentido de la orientación como un GPS, si es que no se le podía pedir más a esta mujer. Merecía lo mejor, y yo desde luego iba a tranquilizarme un poquito que bastante ridículo había hecho ya. Sin contar mi parte de egoísmo, de envidia, en fin, la escena tuvo de todo un poco.

Cuando llegamos vimos a mi madre y a mi hermana mirando la fachada de la casa con las manos a modo de visera, evitando el sol. Y Junto a ellas un chico alto, que no necesitaba ponerse las manos para mirar, porque a quien estaba escudriñando era a mi hermana Marina. Pero a lo descarado. Comiéndosela con los ojos. Lo pude ver ya desde lejos cuando aparcamos el coche.

—¡Hola!, ya estamos aquí.

—Hola, hija, ¿todo bien por la bodega?

—Bueno... sí, todo bien —dije en un intento de olvidar lo ocurrido.

—Este es Mateo, el arquitecto.

Nos saludamos dándonos dos besos en las mejillas. De nuevo otro hombre que dejaba en mí una exquisita fragancia. Mateo mostraba un aspecto serio, pero cuando sonreía se le iluminaba el rostro marcándosele dos hoyuelos a ambos lados de las comisuras.

Marina esperó a que acabasen las presentaciones para bufar y hacerse de notar que no estaba de acuerdo en nada de lo que por lo visto el chico le estaba informando.

Me crucé de brazos esperando escuchar las explicaciones del tal Mateo. Mi hermana le tiraba a degüello. Con ese aire de señora de negocios que adquiría cuando la ocasión lo precisaba. Y este era un momento crucial, para remodelar la casa al antojo de mi madre. Estábamos de pie, bajo la imponente fachada de la casa, que se rodeaba de un jardín amplio, como para poner varias mesas y que los huéspedes pudiesen desayunar en él. El sueño de mi madre estaba en juego, así que mejor dejar que Marina actuase y yo observase. La verdad es que ya no me quedaban ganas de discutir, y siempre ha sido un placer ver a mi hermana conseguir algo, en este caso además su contrincante estaba para chuparlo como un helado. Me moría de ganas por saber de qué hilos iba a tirar Marina.

—Mateo, me has dicho que te llamas ¿no? —El aludido confirmó con un gesto de cabeza. —Verás Mateo, lo único que hemos entendido es que te empecinas en no dejar ampliar las ventanas porque se ha de respetar las cornisas de alrededor que son del siglo XIX. Bien, hasta ahí, entendido. ¿Pero no te parece que se pueden encargar unas igual, más grandes, de escayola, y nadie se va a dar cuenta?

Yo no salía del asombro, pero qué barbaridad estaba soltando.

Mateo la miró de arriba a abajo, no sé si alguien se percató de que en el

recorrido se paró unos segundos más en sus tetas. Pero yo sí lo vi.

Más que contestarle, el arquitecto balbuceó algo ininteligible. Para entonces mi hermana ya se había lanzado al cuello como si lo conociera de toda la vida.

—Eso es un sí ¿verdad, Mateo?

Se despegó de él, ante la mirada avergonzada de mi madre que no sabía dónde meterse la pobre, y la carcajada descarada de mi abuela.

—Yo no he dicho que sí aún. Tengo que presentar el proyecto en el ayuntamiento y ya veremos.

—Pero si además las cornisas las pondríamos por ahí —dijo señalando la fachada—, adornarían, y el siglo ese que dices al que pertenecen, quedaría plasmado, pero en otro punto.

—Creo que se puede estudiar —comentó, rascándose la barbilla algo confuso.

Yo creo que el arquitecto verlo, no lo veía. Pero cada vez que mi hermana abría la boca, le faltaba babear delante de todos. Supongo que se contenía. Tenía la piel muy blanca, era de un pelirrojo oscuro, con un cierto aire elegante que contrastaba con su cuerpo corpulento. Se ruborizaba con facilidad muy a su pesar. Desde luego no estaba pasando por su mejor momento. Tantas negativas a mi madre y llegaba Marina y ¡zas! Lo desubicaba, se le notaba mucho. Tenía la sensación de que se había colado por ella a primera vista... y que si Marina hubiese decidido proponerle pintar la fachada a rayas blancas y negras... también lo estudiaría. ¡Menuda era ella!

—Bueno, dejadme unos días para estudiar la forma de conservar las cornisas y os daré pronto una respuesta.

—Cuanto antes mejor, que estoy deseando llevar con mamá el hostel —le explicó Marina con una encantadora sonrisa.

Menos mal que le pusieron el falso diente. Aunque para qué engañarnos, ni ese pequeño detalle la hubiese afeado. Ella era magia, rebosaba sexualidad en cada uno de sus movimientos. Admiraba a mi hermana de verdad. Hubo un tiempo en que intenté imitarla, pero no me salía, yo era yo y ella era ella.

¿Desde cuándo iba a llevar el negocio del hostel?, mi cara de sorpresa no le pasó desapercibida al arquitecto.

—¿Así que tu trabajarás también aquí? —dijo el pelirrojo.

—¡Pues claro!, por eso tenemos que conseguir que la sala de lectura quede como en mis sueños, que no haya casi paredes. Que el paisaje se deje ver mientras leo.

—¡Vaya!, así que además te encanta leer.

Sonó un poco fuera de lugar esa expresión, era como si estuviese abriendo la caja de Pandora y todo lo que iba saliendo lo emocionase. ¡Por Dios, Marina,

que tú de series de televisión sí, pero lo que es coger un libro...!

—Me apasiona leer, si el proyecto siguiese adelante no me importaría donar libros para vuestra biblioteca. Pero no prometo nada. No va a ser fácil.

—Seguro que sabrás exponer bien el caso. Por un motivo así, bien vale mover las cornisas de sitio ¿no te parece? —dijo, mientras abanicó sus preciosos ojos verdes con sus largas pestañas.

Mateo carraspeó y sin apenas mirarnos ya, se despidió levantando ligeramente la mano. El chico iba tomando un color rojo cereza en sus mejillas. Mejor irse pronto, sin muchas despedidas.

Marina seguía sorprendiéndome, coqueteaba sin tapujos delante de nosotras. Mi madre era la que más se distanciaba, supongo que para ella era un mal trago ver la manera de negociar de mi hermana, pero la ilusión podía más y en ningún momento intervino en la conversación. Por lo menos desde que llegamos la abuela y yo.

Nada más alejarse unos metros de nosotras y girar la esquina, Marina lanzó un ¡hurra!, saltando y besando a mamá, hasta que se la tuvo que quitar de encima.

—Hija, pero esas no son las formas, hija, así no. —dijo mi madre con un hilo de voz, moviendo de un lado para otro la cabeza.

—Pero, mamá, si ya verás, va a quedar todo como tú querías. ¿Y éste era el hueso duro de roer? Por cierto, está cañón, ¿te has fijado, Cándida? Tiene los brazos como piedras, que bien que se los he apretujado cuando ha dicho que sí.

—Pero si no ha dicho nada —contesté confusa.

—Dirá que sí. ¿Nos apostamos algo las cuatro?

—Marina, te parece que nos apostemos algo los cinco... porque digo yo que Pablo anda por aquí ¿no?

—Sí, bueno, a Pablo le va a emocionar la noticia también.

—Pero si Pablo es un amante del arte, como le va a emocionar que quiten unas cornisas del siglo XIX.

—Pues no se lo decimos y en paz. Y tú no seas tan “limón”, hija, que te exprimen y solo salen las pepitas, ni zumo das.

—¡Vale ya, chicas!, aún no ha confirmado nada, pero por lo menos hemos avanzado, ya no es un “no” rotundo... ahora lo va a pensar. Así que lo vamos a celebrar. Antes con vuestra madre y conmigo no había manera. Yo creo que la cosa pinta bien.

—¿Y eso de que te gusta leer? Si es que estáis todas locas. En esta familia no hay seriedad. Cómo me gustaría verte hablando con él de cualquier libro.

—Ahí me he pasado un poco. Pero tenía que encontrar algún punto en común para darle coba y ablandarlo.

—Mejor dicho, has encontrado su punto... pero de común, Marina... anda, vamos, que te recuerdo que tienes un Pablo esperándote.

De vuelta a casa, rumiaba todos los acontecimientos de esa mañana. Desde luego no iba a ser yo la que contase a Marina la sorpresa que nos tenía reservada la abuela. Quería ver su cara de sorpresa, a ver como reaccionaba ella. Al final lo que prometía ser un fin de semana de puente largo, con paseos por los alrededores, comidas caseras, cervecitas al mediodía y algún chupito por la noche se estaba convirtiendo en un tormento para mí.

Al llegar a casa nos dispusimos a comer los platos que mamá tenía preparados para que los degustásemos porque iban a entrar dentro del menú de su futuro hostel: patatas a la riojana, con su choricito y unos huevos también a la riojana. Pablo ya ni hablaba, solo zampaba. Preguntó cómo nos había ido, y no volvió a abrir la boca más que para masticar. La verdad es que el cariño que volcaba mi madre en la cocina se reflejaba en los platos, no dejábamos ni rastro. Era única en la cocina. Y única entre las cuatro, porque a las demás, incluida mi abuela, nos costaba hasta hacer una tostada y que no quedase negra como el tizón.

—Riquísimo todo, de verdad, Galilea. Uff, estoy llenito, creo que me voy a echar un rato la siesta. —dijo Pablo con la mano sobre su barriga. —¿Vienes, Marina? Me encantaría contarte todo lo que he visto en el monasterio de Suso, alucinarías con los libros que hay allí, he hecho fotos para que veas lo enormes que son. ¡Es increíble que allí naciera el origen del castellano! —comentó con un tono exaltado, tal vez por las copas de vino que le rellenó varias veces Jimena. ¡A saber con qué intención!

Mi hermana que de disimular sabía poco, casi puso cara de asco. No parecía interesarle ni un poquito la historia del origen del castellano. Y ésta era la que horas antes alardeaba de ser una gran lectora. Ella si subía a la habitación era para echar un polvo, qué pena que aún no la conociera Pablo.

—Mejor me quedo aquí. Creo que tenemos todavía muchas cosas que contarnos. Hace tanto tiempo que no las veo... ¿No te importa verdad? Estoy deseando escuchar todo eso... —¡Qué capacidad innata para mentir!, yo me quedaba embobada viendo cómo lo convencía en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, chicas, os dejo y dentro de un ratito bajo —Bostezó y le mando un beso al aire a Marina, ella le respondió con un mohín coqueto. Muy de ella.

Al quedarnos a solas, el silencio llenó la estancia. Era incomodo, como si cada una de nosotras guardase sus propios secretos. La cuestión era que siempre tuvimos la habilidad hasta ahora de expresarnos y más o menos comprendernos. No siempre era fácil, pero cada una exponía su opinión y luego entre la lluvia de ideas que surgían, pues la verdad que ayudaba. Eran tres generaciones las que

sentadas en la mesa del jardín se mostraban reticentes las unas con las otras. Lo curioso es que todas mirábamos a la abuela, al ser la mayor tenía su lógica, debía ser la primera en romper el hielo. Primero suspiró profundamente y luego exhaló el aire. Repitió varias veces la misma acción, hasta yo me pregunté si no estaba repitiendo las respiraciones que te enseñan en las clases de preparación al parto.

—Ahora que estamos todas. —recalcó lo de todas—. Quiero y necesito que sepáis, que he tomado una decisión que es muy importante para mí y también quiero que lo sea para vosotras. —De nuevo dejaba una pausa antes de continuar. Yo era la más relajada, no me apretaba los nudillos como mi hermana. Conocía la noticia de antemano, así que jugaba con mi copa de vino entre mis dedos.

—¡Abuela, que nos tienes en ascuas, cuenta!

—¡Me caso! Sí, Marina, me caso y esta noche vendrá a cenar a casa mi prometido. —Rebosaba felicidad, sus ojos brillaban.

Mi copa de vino se hizo añicos contra el suelo, una cosa era estar enamorada hacía un par de horas y otra era dar el paso de casarse. No disimulé mi cara de sorpresa. Ella era mayor, muy mayor, demasiado mayor ¿cómo podía enamorarse Kenzo de ella? Ella de él, era fácil de imaginar. Cogí las llaves de mi coche y me fui, sin decir adiós ni darle la enhorabuena. Pude comprobar desde la puerta que Marina se abalanzó a su cuello y estaba como loca de alegría. Yo no. Confundida, conduje sin rumbo fijo, por aquellas carreteras solitarias en comparación con las de Madrid. De nuevo me encontré en el mirador que pocas horas antes visité con la abuela. Una extraña tristeza me invadía. Por una parte, entendía y aceptaba lo mucho que me costaba relacionarme con los hombres después de la tóxica relación con Carlos. Durante cinco años dejé que las malas hierbas creciesen tanto, que ya las consideraba como parte de un paisaje, luego sesgarlas cuesta mucho, y el campo deja de ser productivo en un par de años. Eso mismo era lo que a mí me pasaba. El silencio me acompañó durante unas horas, apenas me di cuenta que estaba oscureciendo. Hice un pacto conmigo misma, fui transformando mis pensamientos, hasta llegar a la conclusión, que yo sería una de las damas de honor, y si había que gritar ¡viva los novios!, pues yo ahí, hasta quedarme afónica, y si había que aplaudir que se besasen, pues yo ahí también, hasta que las palmas de las manos se quedasen sin las marcas donde miran el futuro las adivinas.

Al llegar a casa, antes de cerrar la puerta, escuché voces masculinas, la de Pablo no era, así que el invitado fue puntual. No tenía ni idea de la hora que era. Subí por las escaleras al piso de arriba y me di una ducha reconfortante. Me vestí con unos vaqueros que Marina alababa porque realzaban mi trasero, con un jersey ajustado que marcaba mis curvas. Quería pensar que me vestía así de

forma inconsciente, pero yo bien sabía que no. Calcé las botas altas de mosquetero con altos tacones. Era como si me preparase para una batalla, de antemano perdida, porque joder, se suponía que se celebraba la pedida de mano de Jimena. Solo de pensarlo me entraba la risa, pasando acto seguido a la rabia... y solo un poquito de comprensión en el fondo de no sé qué parte de mí. Bajé las escaleras con soltura, como si no fuese yo.

—Cándida, qué bien que ya estés aquí, ya conoces a Censo. Viene a cenar con nosotras —dijo la abuela, mientras le pasaba la mano por los hombros, sonriendo como una criatura de quince años, no más.

—Hola, Kenzo, ¿Qué tal?, ¿todo bien? —No acerqué mi mejilla a la suya, los besos quedaron en el aire.

—¡Uauuu! Hermanita, divina, estás divina. —Puse cara de pocos amigos, ¿en serio no podía disimular nada? Yo me vestía así siempre ¿no?, bueno, a los vaqueros tuve que quitarle la etiqueta con los dientes minutos antes.

—Mamá, te ayudo a terminar de preparar la cena. —Sentí la mirada inconfundible de esos ojos enigmáticos que me trastornaban recorriéndome centímetro a centímetro. Quise volar de allí, más que dar zancadas como fue lo que hice.

—¡Claro, cariño!, está todo a punto, pero me vendrá bien tu ayuda.

A mamá tampoco le pasó desapercibido mi cambio de look, nada habitual en mí. Pero ella me hablaba con los ojos, no como Marina que, si llego a llevar unas bragas suyas, lo suelta delante de quien sea, conocido o desconocido.

—¿Te ha sentado bien el paseo cariño?

—Sí, tranquila, estoy bien.

—Siento que no sea el fin de semana que esperabais encontraros, demasiados líos... la casa... la noticia de la abuela...

—¿¡Ah, pero tú también lo sabías!?

—Cariño, vivo desde hace meses con la abuela. Está tan ilusionada, es como... si hubiese rejuvenecido un par de años.

—Pues yo creo que más que un par de años debería haber rejuvenecido unos veinte por lo menos, para la decisión que ha tomado. Que no digo que no esté en su derecho... pero mamá, esta vez su entusiasmo por la vida, la decisión que ha tomado es una locura. ¡Una locura, mamá!

Mi madre me miraba con los ojos muy abiertos, no entendía las palabras espumosas que salían por mi boca. Yo los comprendía menos a todos, así que estábamos en tablas.

Nos dispusimos a sentarnos. Casualidades de la vida, me sentaron junto a Kenzo. ¡Eso, vosotras machacarme más, a ver si reviento con los calores que me provoca!

Me bebí la copa de vino, sin saborearlo, de un trago. No pasó desapercibido el gesto a mi familia.

—Supongo que no es así como catas los vinos, Cándida. —comentó Kenzo con una sonrisa arrebatadora. Si seguía mirándome de esa manera tan punzante acabaría cogiendo la botella y bebiéndomela a morro enterita.

—Ya no deben tardar —dijo la abuela.

—¡Ah! ¿pero que aún tenemos más invitados? —dije con sorna.

Me miraron como si estuviese loca. No aparté la mirada de ninguno de ellos, bueno, menos de Kenzo, que por el rabillo del ojo observaba lo atónito que mi pregunta lo dejó. ¡Por Dios, que en unos meses se iba a convertir en mi abuelo! Yo era profesora de literatura, adoraba las novelas, sobre todo las románticas, pero lo que estaba ocurriendo aquella noche lo catalogaba en las de terror, que no me gustaban nada de nada.

Por lo visto me quedé absorta en mis propios pensamientos otra vez. Al volver a tierra vi en la entrada del jardín a Andrés el dentista acompañado de su flamante, despampanante, chica rubia de sonrisa perfecta.

Después de los consabidos saludos, nos acomodamos delante de la mesa. ¿Y estos, que pintaban aquí?

La cena transcurrió sin sobresaltos, se habló de todo y de nada. Quiero decir que la palabra “boda” de momento no se mencionaba. Que si el proyecto de la casa, que si el diente de Marina, que si la cosecha este año iba a ser de lo mejor de La Rioja... Nadie pronunciaba ni “mu” sobre el gran acontecimiento, ¿no era por eso por lo que celebrábamos aquella cena? Conté cinco botellas de vino casi vacías, gran parte del contenido anidaba en mis venas. Me levanté, alcé la copa en alto, tintineé el cristal con una cucharilla. Tardé unos minutos en acaparar la atención de los presentes, menos mal que lo tenía asumido, era como estar dando una de mis clases.

—Propongo un brindis —carraspeé antes de continuar, el nudo en el estómago no iba a impedir que continuase—. Ahora que estamos todos juntos y que mi “querida” abuela Jimena va a contraer matrimonio. —Esto último sonó con retintín (yo la adoraba, pero hoy no, hoy no sé ni lo que sentía por ella)—. Quiero darles la enhorabuena.

Observé a Jimena, que la tenía enfrente, sentada junto a Andrés, con su elegante pantalón beige de lino, conjuntado con una blusa burdeos vaporosa. Rodeando su cuello un pañuelo de seda a juego con el pantalón. Estaba radiante, me quedo corta, porque lo que de verdad irradiaba era... felicidad. Su mirada tierna y brillante se posó en mis ojos. Respire hondo antes de proseguir, y que las lágrimas inundaran mi rostro.

—Abuela, lo siento, no me has dado tiempo a prepararme ningún discurso,

siempre decías que se me daban bien las letras. Hoy solo soy capaz de pronunciar dos palabras. Sé feliz, vive ese amor que siempre has esperado... y que al final ha llegado. ¡Viva los novios!

Los vítores llenaron el ambiente del jardín. Empezaron los abrazos, las risas, el desconcierto. Acallé el jolgorio, casi con un grito. ¡Escuchadme!, otra vez daba la sensación de que estaba dando clase ¡Por Dios!, eran adultos. Nadie me hacía ni puñetero caso, así que me subí a la mesa desparramando más de una copa sobre el mantel, creo que de mi bisabuela. Total, ya puestos, lo haría a lo grande, que vieran lo comprensiva y moderna que era Cándida.

Taconeeé en la mesa para captar aún más la atención de todos.

—Y... sobretodo, ¡enhorabuena al novio!, que sé que le va a dar muchas alegrías a ese cuerpo —farfullé, lo que el vino me dejaba vocalizar, contorneando mis caderas de manera sensual, o mejor dicho sexual, porque fui un poco brusca con el movimiento, la verdad. A la vez que señalaba a mi abuela.

Me di la vuelta, aún sobre la mesa. Noté que unas manos me sujetaban por el tobillo para que no me cayese sobre lo que quedaba en el mantel. Señalé a Kenzo con el brazo muy estirado, entrecerrando los ojos. Con él mi rostro se tornó serio, y más que la enhorabuena parecía que lo amenazaba.

—A ti... a ti te obligo a que la hagas muy feliz. —Me bajé el parpado inferior del ojo con el dedo índice. No hacían falta palabras para dejarle claro que lo estaría vigilando.

Solo sé que entre todos me bajaron de la mesa, y que yo intentaba quitármelos de encima. Estaba tomándole el gusto a hablar desde las alturas.

Después de sentarme, abanicarme y refrescarme la cara, tardé un buen rato en ser consciente de lo que pasó.

Mi madre me abrazaba con cariño, pero con la risa contenida, mi hermana ya estaba dibujando sobre una servilleta de papel a saber qué. Kenzo mutó su piel oscura por una más, diría yo como el color del vino tinto, Pablo se contenía con las dos manos la barriga para evitar las agujetas que le provocaba la risa, la chica despampanante sonreía hasta dejarse ver las muelas del juicio y mi abuela Jimena y Andrés se besaban con descaro, delante de todos. Empequeñecí por segundos. Era difícil o casi imposible hacer más el ridículo. ¡Madre mía, la que yo solita había liado! Intenté sin remedio desaparecer e irme a mi habitación, pero no me dejaron, por lo visto nadie veía el inconveniente de mis desvaríos, excepto yo. ¿Y ahora qué?, lo mejor sería seguirles el juego y como si nada ¿no?

Oí el descorche de una botella de champagne, risas y más risas. Yo parecía un conejillo asustado acurrucada en la silla. Andrés sacó del bolsillo de la americana que le sentaba como una segunda piel, una pequeña cajita de plata envejecida. Se puso de rodillas delante de Jimena (ya puestos a hacer el ridículo,

no iba a superarme, por mucho que se lo propusiera)

—Jimena... hace cincuenta y cuatro años que debí haber hecho este mismo gesto. —Tomó aire y prosiguió ante las miradas atentas de los demás—. Hoy quiero pedirte delante de esta maravillosa familia que has formado... que seas mi esposa para el resto de nuestros días.

—Di sí, di sí, abuela. —Mi hermana daba saltitos de la emoción. Como si no supiésemos la respuesta de antemano. Pero ella sabía dar ese toque para hacerlo más inquietante.

—Andrés, nuestra historia empezó hace cincuenta y cuatro años, solo ha estado dormida y ya es hora de despertarla. Sí, Andrés, seré tu esposa hasta el final de mis días. —Una pequeña y brillante lágrima rodó por su mejilla.

Besó al dentista tan apasionadamente que tuve que girar la cabeza para no contemplar los preliminares. Encontrándome con la mirada destellante de esos ojos claros que contrastaban tanto con su oscura piel. Un intenso escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me desenvolví de aquella sensación abrazando a la abuela y a mi futuro abuelo.

## CAPÍTULO 4

Al día siguiente desperté con un terrible dolor de cabeza, resacosa. Recodaba algunos momentos de la noche anterior. Lo hecho, hecho estaba, ahora se trataba de enmendar mi error de la mejor manera posible.

—¡Buenos días, hija!, anda, ven, siéntate y tomate un buen café. He preparado crepes de chocolate.

—Gracias, mamá. Lo siento. Me comporté como una imbécil, no sé qué me pasó.

—Bueno... quizás ahora aún no lo sepas. Date tiempo. No creas que vi con buenos ojos la boda de la abuela, pero llevo viviendo varios meses con ella y a la vez conociendo su historia con Andrés. Pero esa parte prefiero que te la cuente ella.

Di un sorbo al humeante café. Antes de formular la pregunta que necesitaba saber, me quedé pensativa.

—Mamá, ¿quién es Kenzo?, ¿de dónde ha salido?

Mi madre respondió a mi pregunta sin apenas mirarme, mordisqueando la tostada y disimulando el interés que yo intentaba disimular.

—¡Ah, Kenzo! Pues verás, es un chico que apareció por la zona buscando trabajo, de lo que fuese. Así que un día que tu abuela y yo estábamos comiendo en un restaurante, él servía las mesas, con elegancia y discreción. Sin embargo, no pudo evitar alabar el vino que nos sirvió. Y ya conoces a la abuela, no dejó de hacerle preguntas sobre el Rioja. —Hizo una pequeña pausa sorbiendo el café antes de continuar—. Lo cierto es que ese era nuestro vino, el de nuestra cosecha. También habló de cómo se podía mejorar el aroma, que no el sabor. Cuando terminó su turno en el restaurante, lo esperamos a la salida, y así fue como él supo quién era la dueña de los viñedos y nosotras descubrimos que teníamos a un ingeniero agrónomo digno de ser contratado.

Mis manos sujetaban la taza de café, el líquido ya frío. Y yo embobada escuchando la historia.

—Y se supone que hemos de confiar en él.

—Tampoco es un riesgo descabellado lo que propone, Cándida.

—¿Y qué se supone que quiere hacer con las uvas? ¿Ponerles música mientras maduran?

—¡Hija por Dios!, que sabe del tema. Lleva tres meses con nosotras y hasta ahora no ha dado motivos para no fiarnos de él. En este tiempo, la cosecha va mejor que en años anteriores.

—Bueno, yo solo te digo que este chico es muy... bueno... quiero decir que parece listo.

—Y guapo, ¡vaya si lo es!

Eso me faltaba, que mi madre también echase leña al fuego.

La mañana fue transcurriendo con más noticias. Resulta que la fecha de la boda estaba prevista para el día de San Mateo, vamos, que iba a coincidir la ceremonia, con el baile de pisar la uva. Adiós a la idea de ponerme vestido de largo, porque desde luego yo no me perdía meterme en la cuba y sacarles el néctar a las uvas. La sensación de pisar las uvas con los pies desnudos y sacarles todo su jugo, era tan placentera, que a medida que se acercaba la fecha soñaba con ella.

Una vez más, me dirigí a los viñedos, esta vez iba sola. Saludé a algunos operarios, y me adentré entre las largas hileras de viñas. Acariciaba los racimos a mi paso, caminaba sin prisas, era ya hacia media mañana y el calor del final de la primavera era agradable. A escasos metros escuché voces de los trabajadores. Discutían sobre los nuevos “corquetes” que llegaron. Eran unas herramientas para cortar el producto de la cosecha sin que se dañara más que lo justo. En el almacén los teníamos de muchos tipos, así que intenté oír mejor la conversación acercándome al lugar de donde provenían las voces.

—Hola, Cándida

—¡Ah, hola! —dije sin mirarle, me avergonzaba el numerito de la noche anterior. Y solo faltaba que empezase con hipo otra vez. Respiré hondo, dirigiéndome a él como empresaria, con esa altanería supuesta, aunque el papel de jefa se me daba fatal.

—¿Quieres ver los nuevos injertos de las cepas? —dijo con una sonrisa de oreja a oreja, como si nada hubiese pasado.

—Por supuesto —dije manteniendo el tipo de estirada supervisora.

—Están a unos mil metros. Ven, por esta zona el terreno es más llano y andaremos mejor. —A la vez que me cogía suavemente del brazo dirigiéndome por un estrecho camino donde nuestros cuerpos se rozaban inevitablemente.

Los primeros cincuenta metros reinaba el silencio entre los dos. No me atrevía a decir nada. A él se le veía cómodo, apartando las ramas que al paso nos molestaban, parándose ante cualquier planta, tocando las hojas con una delicadeza digna de un escultor ante su obra. Reconozco que tuve que hacer esfuerzos para no mirarle. Iba tan rígida andando a su lado que no miraba ni el suelo por donde pisaba. De repente su brazo se aferró a mi torso, casi con brusquedad. Me quedé paralizada, a escasos centímetros de mis pies tenía una serpiente envalentonada que recorría el camino. Estuvimos así, de esta manera tan antinatural abrazados hasta que el fortuito ejemplar exótico desapareció de

nuestra vista. Mi respiración se agitó de tal manera que aflojó sus brazos, pero no me soltó. Sentí un escalofrío tan intenso, que pensé que de un momento a otro nevaría. Su cuerpo estaba pegado al mío. La serpiente ya no era un peligro. Reconozco que me apetecía que volviese el bichejo otra vez, pero no hubo suerte y Kenzo fue aligerando su abrazo hasta dejarme libre.

Ambos nos azoramos de una manera que rozaba lo infantil. Los dos a la vez intentamos hablar, romper el momento, no darle importancia a esa sensación de calor y frío.

—¿De dónde eres, Kenzo? —dije con una voz trémula.

—Tu abuela me ha dicho...

Las dos frases se escucharon a la vez. Nos reímos con una franca carcajada. Y él contestó a mi pregunta, cogiéndome del brazo y guiándome de nuevo.

—Nací en Gambia, un pequeño país con forma de gamba —se rio con su propio comentario—, pero con un encanto tan especial.

—Ya... pues hablas muy bien nuestro idioma. —Su fuerte mano no dejaba de sujetarme el brazo, me costaba concentrarme para pensar en su país.

—Gambia está rodeada por Senegal. Allí mi padre conoció a mi madre.

Percibí una discreta nostalgia en su voz. No tenía derecho a acosarlo con preguntas sobre su vida, pero Kenzo continuó hablando de sí mismo. Su padre era por aquel entonces diplomático español en la embajada de Senegal, su madre estaba trabajando como sirvienta para ellos. La historia le fue contada de primera mano por sus progenitores. Ambos se enamoraron sin remedio, sin poder evitarlo. Fue más fuerte el amor que surgió entre ellos que las consecuencias que acarrearía tal acto. Su madre era una joven inexperta en lo relativo a los hombres, vislumbrada por toda clase de lujos que su padre puso a sus pies. Durante los primeros años, escondieron el hijo ilegítimo, que era Kenzo. En aquella época, no estaba bien visto que un diplomático se divorciase de su mujer.

—Te parecerá de cuento de hadas. Pero mi padre no soportaba la idea de tenernos en Gambia a mi madre y a mí. Dejó de ser un secreto. —Suspiró hondo y dejó de caminar quedándonos uno frente al otro, dejándome ver a través de sus verdes ojos, casi transparentes, la hondura de sus sentimientos—. Él renunció a su cargo, vivió con mi madre hasta el último de sus días, fue verdaderamente feliz.

—Uff... —digerir todo aquello me daba vértigo—. Lo siento.

—No, no lo sientas. He vivido casi en la selva, pero rodeado de amor. Allí he dejado a mi madre y a dos hermanas. Tuve la suerte de seguir los consejos de un padre muy inteligente... romántico, podríamos llamarlo también.

—¿Entonces, estudiaste aquí por lo que veo? —Mi curiosidad iba en aumento, me fascinaba lo que me contaba.

—Sí, yo sí. Mis hermanas no tuvieron la misma suerte, la muerte de mi padre, impidió que pudiesen costearse los estudios aquí. Aunque la verdad es que están muy unidas a mamá, y no se plantean que se viva mejor aquí.

—Tal vez si conociesen nuestro país podrían opinar y elegir.

Kenzo disminuyó el ritmo del paso, quedaban pocos metros para llegar al lugar de las nuevas uvas.

—Si te dijese que Gambia es un país pobre me creerías... pero si te dijese que allí se respira felicidad ¿lo entenderías? —Su mirada acuosa delataba que se había transportado al lugar donde nació. Brillaba.

—Creo que sí. Tal vez si hubiese estado allí —dije tímidamente.

—Yo volveré, sé que algún día regresaré —lo dijo como si estuviese soñando, como si mi presencia no enturbiase sus pensamientos.

Su desnudez ante mí me hacía sentir una más. Esto se lo contaría a todas. Total, estaba acostumbrada a ser el cojín del destape de los sentimientos de los demás. De nuevo el silencio acaparó el tiempo. Apenas quedaban unos metros para que me mostrase sus proezas con las cepas injertadas.

Dejó de cogerme el brazo y lo deslizó por mi espalda. Tal vez yo interpretase y continuase ese recorrido como un camino carnal que me producía un escalofrío difícil de descifrar a pesar del incipiente calor del mediodía.

Sus últimas palabras retumbaban en mi mente, y lo continuarían haciendo durante tiempo. Regresar a su país. Regresar a su país.

Se apreciaba una especie de invernadero que desconocía, y desde luego la abuela no me había comentado nada.

—¡Vaya! —dije impresionada por el extraño colorido de las uvas. Eran de un intenso color morado, se percibía el aroma sin tener que acercar la nariz a ellas. Me giré con gesto de asombro. Mis ojos volvieron a encontrarse con ese desconocido, que durante el corto camino me habló de él, de su vida, y de sus anhelos. Volver a su país.

Se adelantó a mostrarme la variedad del injerto conseguido, una mezcla de Cabernet Sauvignon y Merlot. Mostró uno de los racimos en sus grandes manos. Acariciándolas como si se tratase de una pieza de inmenso valor. Su delicadeza consiguió que me abrumase. Acerqué el rostro al racimo que me ofrecía. El aroma dulzón invadió mis sentidos, entrecerré los ojos llenándome de la mezcla de olores. Su cuerpo tan cercano al mío, me embriaga si cabe más aún que las uvas.

—Supongo que Jimena estará al tanto de esto ¿no? —acerté a decir, medio tambaleándome al ponerme de nuevo en pie.

—Por supuesto. Ella me animó a hacer la prueba, no se invertía mucho dinero, y el producto que se obtuviese podía ser la bomba.

Sonó a satisfacción propia, a conseguir algo nuevo que como bien había dicho, sería la bomba.

De nuevo el mutismo entre los dos. Un silencio que me consumía porque esta vez se me ocurrían demasiadas preguntas para hacerle, pero no me atrevía. Prefería que tomase él la iniciativa. Y allí estaba yo, con uno de los chicos más atractivos que había visto... en tres décadas. ¡Vamos, que nunca vi nada igual!, ni tan siquiera mencionó el ridículo por mi parte de la noche anterior, así que yo tampoco me sentí ridícula, fue eso... un arrebato de locura, un malentendido y así parece que quedó.

—Entonces... —comencé diciendo. Decidí tomar las riendas en la conversación—. ¿Aquí no tienes familia?

Se tomó nos segundos en responder.

—Bueno, según como se mire, si la familia es la gente que te apoya y te da calor, podría contestarte que sí la tengo. Jimena y tu madre han cuidado de mí en todo momento, y estoy muy agradecido de la confianza que han depositado en mí. Al fin y al cabo, no dejo de ser un inmigrante... y tal y como están las cosas es difícil que te acepten sin más.

—Por lo que te he escuchado quieres volver a tu país. ¿Gambia?, ¿no?

—Sí, me encantaría poder enseñar todo lo que aquí he aprendido. Que la gente no tuviese que salir de allí, y teniendo los recursos necesarios, al margen de la política, pudiesen vivir de su trabajo.

—Eso sería un sueño. Un pequeño granito de arena como el que tú quieres aportar, eso sí que sería la bomba.

No sé cómo lo expresé, solo oí una carcajada intensa por su parte. Otra vez me ruborizaba. Me acerqué hacía él, pasándome una mano por el hombro, como colegas. Me sentía rara, ¿tan disparatada fue mi ocurrencia?

—Creo que deberíamos volver.

—Claro, vamos, seguramente Jimena ya haya llegado. ¿Sabes que tienes una abuela muy especial? Es un verdadero placer trabajar junto a ella. Ni tan siquiera en las clases de la universidad he aprendido tanto como con ella.

—La verdad es que sí que es única, diría yo. A veces al estar lejos me pierdo todo esto que tú me cuentas. He conseguido una sustitución de profesora en un instituto dando clases de literatura, ese no era muy sueño, pero de algo hay que vivir.

—¿Y cuál es tu sueño?

La pregunta me pilló desprevenida, no estaba segura de contárselo, pero la franqueza con la que me habló hacía escasos minutos, me dio confianza para decírselo. Era un secreto muy guardado. Solo mi madre sabía de ello.

—Me encantaría escribir. Pero escribir como si mi mano fuese una cámara

fotográfica. Que las letras cobrasen la suficiente vida para transformarlas en imágenes para el lector. Vivir experiencias y transmitirlos. Ese es mi sueño, Kenzo.

Kenzo me miró como si estuviese descubriendo algo nuevo. Sonrió dejando ver sus blancos dientes que contrastaban con su piel canela. Sus ojos se volvieron más transparentes si cabe. Posó sus manos en mis mejillas y buscó mi mirada. Me dejé hacer, no reaccioné.

—Cándida... vive. Vive esas experiencias que te darán algún día tu sueño.

A lo lejos escuchamos vociferar a mi abuela, rompiendo ese momento de magia entre los dos.

Me recompuse y le contesté vociferando algo así como ¡ya voy abuelaaa!

No me pasó desapercibida la sonrisa irónica de Jimena al vernos aparecer juntos. ¡Menuda era!

Una oleada de energía me invadió. Ese pequeño pero auténtico gesto de Kenzo iluminó todo mi ser. Tal vez estuviese en lo cierto, quizás debía intentarlo. A la vez, el diminuto demonio que habitaba en mí, me susurraba que eso era solo un sueño. Escribir una novela. Una que traspasase las fronteras de las personas que me leyesen y que sintieran lo que yo vivía. ¡Un sueño, nada más!

La abuela me abrazó efusivamente nada más verme, me colmó de besos como cuando era pequeña. Para ella parece ser que tampoco significó tanto el numerito de la noche anterior. Pues nada, ya pasó todo... el ridículo, mi soberbia y la desazón de ser la única junto a mamá que no teníamos pareja.

Jimena me cogió de la mano, colgándose de mi brazo y dirigiéndome hacia el resto de los operarios, me volvió a presentar como su nieta preferida. A la mayoría, los conocía de años anteriores. Apenas pude dirigirle una sonrisa tontorróna a Kenzo, pero él me dedicó un hasta luego con los dedos índice y corazón colocándolos en su sien. Un saludo militar de esos que te dicen que están a tus órdenes. Creo que volví a ruborizarme. Mi abuela seguía hablando, yo ya me había perdido desde el inicio su conversación. Mi cabeza retenía la mirada de Kenzo, sus palabras, su entusiasmo con el producto del nuevo injerto. Podría decir que estaba anonadada, pero se quedaría corta la expresión para la cara de lela que al parecer reflejaba mi rostro.

—¡Candy, vuelve! —dijo la abuela zarandeándome cariñosamente.

—Si te estoy escuchando.

—Pequeña mentirosa... a saber por dónde andabas. Bueno... —prosiguió sin darle importancia a mis pequeñas idas y venidas a mi planeta. —Yo he pensado que tu hermana y tú seáis mis damas de honor, lo tengo todo controlado. La próxima vez que vengáis elegiremos los vestidos. Quiero que luzcáis como

estrellas, pero no de esas de la tele, no, de esas no, sino de las que brillan en el cielo.

Paramos de caminar, me cogió ambas manos sin dejar de mirarme con esa sonrisa tan suya. Ahora la que soñaba era ella. Se la veía tan feliz. Recordar el numerito bajo el viejo árbol, y la guinda que puse con mi actuación la noche anterior en la cena, hasta dudé que me eligiera como dama de honor para su futura boda. A eso le llamaba yo, fiarse a ciegas. Supongo que por otra parte me conocía más de lo que yo misma admitía.

Mi curiosidad se centró en ella, necesitaba preguntarle tantas cosas. ¿De dónde había salido Andrés?, ¿Cómo lo conoció?, o simplemente porqué necesitaba casarse a su edad... si ella fue madre soltera, y su lema era que jamás necesitó casarse con nadie para criar a mi madre y única hija. Estaba al tanto de retazos de su vida, tan solo lo que ella contaba de vez en cuando en las tertulias del jardín en verano, cuando las cuatro terminábamos hasta durmiéndonos en las sillas tapadas con mantas por el rocío de la noche. Siempre queríamos saber más, mi hermana y yo, aunque nos cayésemos de sueño literalmente. Pero lo cierto es que mi madre nunca preguntaba demasiado, así que, si nuestras preguntas rozaban la intimidad de Jimena, mi madre sabiamente reconducía el tema por otro camino menos intenso.

La abuela continuó con mis manos entre las suyas. Mostraba ilusión, euforia, dejaba estelas brillantes a su paso. Me alegraba tanto por ella, que me costaba demostrárselo. Cogí su cara de piel fina y blanca, con esas arruguitas alrededor de sus ojos que se acentuaban cuando sonreía y la besé tan fuerte en las mejillas que se las dejé coloradas.

—Sí, abuela, seré tu dama de honor y no te digo la alegría que se va a llevar Marina. ¡Menudos meses me va a dar la niña, con el vestido, el tocado, los zapatos y si me apuras hasta con la ropa interior que llevaremos para la boda! ¡buff!

—Esta noche cenaremos las cuatro solas como en los viejos tiempos. Así podremos ponernos al día. —Me guiñó un ojo.

—¿Y qué hacemos con Pablo?, se te olvida que es el novio de Marina y qué está hospedado en tu casa también.

—Bueno... ese verás como viene cansado y no aguanta ni dos copas de vino

—¿Y eso? —dije con un cierto asombro

—Pues nada... que está mañana me ha preguntado a cuantos kilómetros estaba la iglesia de San Mateo. Y como no había coche disponible... pues para que no se amedrentase y fuese hasta allí, le he dicho que cinco de ida y lo mismo claro está de vuelta.

—¡Abuela!, pero si sabes que hay por lo menos veinte kilómetros de ida... y

los de la vuelta le van a parecer como cuarenta. ¡Que esos son cuesta arriba! —  
No me lo podía creer, lo acababa de conocer y ya estaba tramando algo.

—No pasa nada, tú tranquila, pensará que mi cabeza no da para más. Si solo con verlo anoche en la cena al escuchar la noticia de mi boda, el pobre chico imagino que pensó que estaba demente... y cuando os miraba, su cara reflejaba que vosotras ibais por el mismo camino que yo.

Soltó una generosa risotada. ¡Qué mujer, por Dios!

## CAPÍTULO 5

Al entrar en la casa, escuché a Marina hablar por teléfono. Pobre Pablo, menuda caminata se estaría pegando para total ver cuatro piedras mal unidas como decía mi hermana, al referirse a sus visitas culturales que casi nunca se esforzaba por acompañarle. ¡Bah!, seguro que me convencía para ir a buscarlo. Percibí un tono acaramelado en su voz. Mejor no guardaba las llaves del coche ¿total?, mi papel era de chofer con ellos. Bufé y esta vez sin disimulo, entre las andadas de Jimena y las de Marina, me estaban volviendo loca. Siempre con sus salidas de tono, y yo siempre predispuesta a rendirme a sus voluntades. Muy pronto le dije que haría de dama de honor, sin pensármelo. Ahora solo pensaba en los kilos que me sobran para meterme en un traje que estuviese a la altura del gran día.

Me esperaban un par de meses de ensaladas y poco más. ¡Justo ahora que me había borrado del gimnasio!, ¿ahora, se le ocurre a mi abuela casarse? ¡Venga ya!, otra vez a pasar por el suplicio de la cinta para correr, que al pobre monitor le rogaba que pusiese menos velocidad cada vez que se acercaba para instruirme y sacar de mí algún músculo de esos que están en los libros de anatomía, porque lo que era en mí, se escondían bajo esa pequeña capita de grasa como decía con infinito amor mi madre. Bueno, venga, tampoco era para tanto, esta vez con unos tres, bueno mejor cuatro o cinco kilos menos, luciría un talle, lo que se dice esbelto no... pero resultón. Estaba dispuesta a empezar desde ya, desde hoy mismo. A lo mejor hasta me daba por ir a buscar a Pablo andando, que digo andando, corriendo.

La risa coqueta de mi hermana, restó importancia a mis kilos. Agudicé el oído cuanto pude, pero ella se escabullía con el móvil hacía el jardín y bajaba el tono de su voz. Cada vez reía más, mientras enrollaba su pelo con los dedos, dibujando una sonrisa traviesa. Se adentraba en el jardín buscando el lugar más apartado para no ser escuchada. Era raro en ella. Ella era más de hacerse selfies y tardar como un par de segundos en colgarlo en su Facebook. Agudicé si cabe más la oreja. Me escondí en cuclillas tras un macetón de hortensias que a duras penas ocultaba todo mi cuerpo. No dejaba de pensar en esos kilos de más que impedían que el macizo de hortensias me escondiese del todo de ser descubierta por mi hermana. Igual estaba exagerando un poco ¿no?

—¿Entonces las cornisas renacentistas, con ese toque barroco, no son tan valiosas?

Y a mí que me daba que el que estaba al teléfono no era Pablo, por mucho

que el tema fuese de arte. Arte el que tenía ella para engatusar a quien fuese. Así que ahora unas cornisas del siglo XVI, no tenían tanto valor. ¡Bah, total, siempre se podría encontrar algo parecido desmontable en Ikea! Yo quietecita, sin respirar para que no se moviese ni una hoja de las flores.

—¡Ah, no, tranquilo!, pero claro, hay que tener en cuenta que nos vamos mañana y me gustaría dejar el asunto algo arreglado.

Así que por una parte lo tranquilizaba y por otra tenía de tiempo hasta mañana. Muy tenaz ella.

De nuevo pausa... ¡Por Dios, lo que hubiese dado por escuchar también a la persona que estaba al otro lado de la línea! Con tanto lío en la casa, podía ser cualquiera. Algo me decía que Pablo no era. Un puntito de pesar, un puntito de dolor al verla tan coqueta, tan ella. Me concentré si cabe aún más, metí la cabeza entre las hortensias, no captaba del todo bien lo que mi hermana pronunciaba. Menos mal que a mi abuela no le dio por plantar rosas, sino salgo de allí con la piel de la cara como en una pelea de gatos.

—Pues... es que... verás... no sé... quizás.

¡La madre que la parió!, jamás la había oído nunca titubear tanto. Ese método era nuevo en ella. Si Marina era de ir directa ¡Vamos, que lanzaba y daba en la diana antes de que el dardo llegase a su destino! Me estaba matando lo de estar en cuclillas. La de agujetas que iba a tener al día siguiente. ¡Venga, Marina, corta ya, que no aguanto! Casi no me dio tiempo a levantarme, cuando oí entre susurros un... “de acuerdo” por parte de ella.

Cuando mi hermana me vio, yo ya estaba levantada, pero con las manos en los riñones, con esa postura típica de las embarazadas del último trimestre.

—¡Cándida, hola! —me dio dos besos de los fuertes y me zarandeó por los hombros.

Esos ojos, esa sonrisa, esos besos. Algo se cocía en su cabecita adornada por esa melena azabache.

—Muy contenta te veo.

—Pues mira ahora que lo dices... yo también veo algo distinto en ti. ¿Dónde has estado, Candy?

No fastidies que encima me iba a sonsacar ella lo que ocurrió durante la mañana con Kenzo. Esta vez no. Hoy no.

—¿Por dónde anda Pablo? —dije con sorna a ver si confesaba. Esperaba un ¡yo que sé! Pero la tía controlaba bien a dos bandos.

—¡uff, no veas!, la abuela le dijo que la iglesia de San Mateo se encontraba aquí al lado. Y que con lo buen mozo que era, en dos zancadas llegaba. —Se encogió de hombros con falsa indignación, anda que no le vino bien no tenerlo al lado como si fuese su sombra—. Y con mucha suerte llegará para la cena. ¡Ah y

ni pensar en ir a recogerlo!, está haciendo como el camino de Santiago, hasta le hace ilusión. Él es feliz. —Me pellizcó la mejilla y se dejó caer en uno de los sillones.

¿Cómo conseguía ponerme siempre de su parte? Me parecía bien cualquier cosa que hacía. No tenía maldad. Eran las circunstancias las que la llevaban a actuar así. No podía parecerse más a Jimena. Con esa gracia que las caracterizaba nada ni nadie impedían que consiguiesen lo que se proponían. Me planteé ir directa al asunto, como ella, pero se me iba a notar mucho. Solo quería saber, necesitaba conocer quién estaba al otro lado de su móvil. Con sabiduría, con destreza para que no se cerrara en banda. No era fácil averiguar nada con ella si la presionabas. Sus secretos eran sus secretos hasta que decidía que no lo fuesen. Marina dominaba una pequeña parte del universo, aunque fuese a mí y a mamá, pero así era. Yo por el contrario disimulaba tan mal mi estado de ánimo que no aguantaba más de dos preguntas seguidas y con un poco de insistencia confesaba rapidito lo que fuese. ¡En fin!

—Oye, Marina. ¿Habéis progresado algo con el tema del arquitecto? —dije intentando parecer desinteresada, y sentándome junto a ella. Por dentro la curiosidad me estaba haciendo mella como la carcoma.

La observé cómo sacaba una lima del bolsillo de los vaqueros, que por cierto no sé ni cómo conseguía que le cupiese. Los llevaba más que ajustados, yo diría que eran otra capa de su epidermis. Claro que, con ese cuerpo de líneas tan perfectas, cualquier prenda de ropa le sentaba como hecha a medida. A mí era al contrario, me la hacían a medida para que me quedase como anillo al dedo. Muy al contrario, siempre la admiré. No hacía dietas, no iba al gimnasio, devoraba el chocolate, y yo también, la diferencia es que en mí se quedaba a los lados de las caderas y en ella era como si se esfumase a través de su respiración. Cosas de la genética, dejé de darle vueltas a los quince años.

—Bueno y qué, ¿cómo va el tema con el arquitecto? —Insistí, viendo que se hacía la remolona y no contestaba a mi pregunta.

Esta vez le sonó la entrada de un WhatsApp. ¡Qué inoportuno! Sus dedos se movieron ágiles contestando a saber a quién. ¡Nada, que no conseguía respuesta, joder! Carraspeé antes de formular la dichosa pregunta. Esperé pacientemente. Movía los dedos y por su cara de fastidio, intuí que el destinatario no era el mismo que el de la llamada.

Se me adelantó y aprovechando un segundo de ensoñación por mi parte.

—¡Vaya, qué mirada gastas hoy Candy! ¿Has estado en los viñedos? ¿Has visto al impresionante jornalero de ojos verdes? —me preguntó a bocajarro, sin darme tiempo a pensar en la respuesta. Marina ya estaba poniendo morritos y abrazándose a sí misma. Me ponía de los nervios, y venga una pregunta tras otra

y yo contestando con monosílabos y ella llevándose toda la información y yo quedándome con las ganas de averiguar con quien hablaba. Estallé, sé que no eran las formas, pero otra vez perdía el control.

—¡Joder, Marina!, ¿que con quién hablabas por el móvil? —soné rotunda.

Por respuesta soltó una sonora carcajada. La lima de las uñas se le cayó al suelo, no me molesté en recogerla, yo ya no la iba a necesitar en un par de semanas. Me comí literalmente las uñas detrás del macetero. Estaba dispuesta a pelear si era necesario. Lo que fuese con tal de saber de primera mano que se tramaba.

—¡No saques tu blog de dibujo, ni se te ocurra caracterizarme!

—Es que estás tan mona cuando te saco de quicio... anda, déjame, será un dibujito de nada.

—O me dices quien era o le digo a Pablo que estas encantada con el arte y que hasta he podido escuchar como te atrevías a valorar unas cornisas del siglo... del siglo...

—Del siglo XVI, Cándida —respondió veloz, sorprendiéndome una vez más.

—Ya veo que aprendes rapidito —contesté con un deje irónico.

Se encogió de hombros, retiró su melena de la cara echándosela hacía atrás al mismo tiempo que ladeaba la cabeza mirándome con insistencia y curiosidad. No me lo podía creer, de nuevo le daba la vuelta a la tortilla.

—Estas radiante, Cándida, te sientan pero que muy bien los paseos por los viñedos... tal vez debería ir también yo mañana —dijo con una mirada burlona, nada nueva para mí.

Tocada y hundida. Por un instante la vi paseando junto a Kenzo, interesándose por su país, por los viñedos, por él. Mejor seguía otro día con mi interrogatorio fallido, me daba que iba a salir mal parada de allí. Mi hermana olía mi miedo a corta distancia. No necesitaba que me acompañara a los viñedos para nada. Prefería ir sola, ella nunca mostraba interés por las uvas. Bien sabía yo por donde iban los tiros. Pánico, eso es lo que sentía ahora. ¿Por qué?

¿Qué me estaba pasando? Tres días antes mi vida estaba en orden, tenía un pequeño apartamento de dos habitaciones alquilado en Madrid, que no me dejaba el sueldo en él, fue una verdadera ganga. Decorado como a mí me gustaba, sin ningún objeto que sobrase ni ninguno que faltase. Muy cercano al barrio de Salamanca. Eso por sí ya era un lujo, además de poder ir andando a mi trabajo. Por las tardes al salir de clase me preparaba los temas para mis alumnos. Muy a mi pesar debía seguir el protocolo de los temas, pero me estrujaba la sesera encontrando libros que les motivasen y arrancar el motor que había dentro de ellos para conseguir que leyesen un libro más allá del título de la portada. Veía series de televisión. Compraba en el supermercado de la calle de al lado.

Cuando llegaba el buen tiempo paseaba por el parque del Retiro y me sentaba bajo cualquier árbol dejándome absorber por la lectura que tuviese entre manos. Y otras veces arrastrada por Marina salíamos de compras, ese día dejaba de ser ya tan rutinario para convertirse en agotador. Eran una verdadera tortura. No por la caminata, que también, sino porque a mí no me apetecía nunca probarme ropa. Ella sin embargo se desnudaba y vestía en un abrir y cerrar de ojos. Para cuando me pedía opinión de cual me gustaba más desde el primero hasta el último. Yo ya ni me acordaba. Siempre le decía que el segundo. El segundo pantalón o el segundo vestido o la segunda falda. El caso es que acertaba y acababa llevándose a pagar a caja el segundo de lo que sea que se hubiese probado. Pero bueno, quitando esos anecdóticos momentos y aquellos en que llegaba a casa tan trastornada por el comportamiento en clase de veinticinco adolescentes con las hormonas sexuales en ebullición, que ya en el ascensor iba quitándome los zapatos para meterme en la ducha nada más entrar. Y ¡zas! Al abrir la puerta me encontraba con Marina y Pablo desparramados por el sofá, zampando patatas fritas o palomitas de maíz, ocupando mi ansiado sofá para dos. Era desolador querer estar sola o como mucho con mi hermana y tener que compartir mi pequeño apartamento con él. Siempre el mismo dialogo:

—¡Hola, pareja! —decía yo con un tono simpáticamente falso.

—¡Hola, Marina!, ven, siéntate con nosotros. He pedido permiso para salir una hora antes... por asuntos propios. —decía el caradura de Pablo.

Desde luego razón no le faltaba “asuntos propios” si lo eran. Pero dejar su clase a la deriva y encima tener que echarles yo un ojo a sus alumnos era ya demasiado.

—No, tranquilos. Me doy una ducha y me meto en mi cuarto. Tengo exámenes pendientes que corregir —contestaba lo más seria que podía.

—Jooo, Candy, trabajas demasiado. Esos demonietes no merecen tanto esfuerzo ¿A qué no, Pablo?

Pablo no contestaba ni “mu”, bien sabía él que sí que lo merecían, tal vez lo que no merecían era un profesor de Historia del Arte tan poco motivado como él. Le sobraban conocimientos, pero le faltaba saber compartirlos con ellos.

De esta manera transcurría mi vida cotidiana en Madrid. Alguna salida nocturna, que no dejaba sabores y mucho me cuidaba yo de que tampoco dejara sinsabores y alguna escapada a La Rioja para ver a mamá y a la abuela. Lo que se dice una vida llena de emociones no lo era. Sin embargo, me sentía llena, me gustaba saber de antemano lo que me deparaba el día, sin sorpresas ni sobresaltos. Quizás iba agarrada a una cuerda imaginaria para no salirme del camino. No ansiaba tener pareja, comprobé durante los años que estuve con aquel “miserable” (ni su nombre me permitía recordar, si alguna vez dirigía mis

pensamientos a aquella etapa, él era el “miserable”, la verdad es que eso me ayudó un poco) que fueron desastrosos. Respiraba, comía y trabajaba porque había que hacerlo. Me dejó algo tocada la relación, debo reconocerlo. Ahora estaba fuera de peligro, ya no iba agarrada siempre a la cuerda. Solo de vez en cuando. Volé sin él. Empecé a vivir sin necesitar a nadie a mi lado. Y no creía en los milagros. Por eso no entendía mi inquietud cuando Marina amenazaba con ir al día siguiente a los viñedos.

## CAPÍTULO 6

Mamá llegó a casa con el semblante preocupado. La abuela enseguida le echó el brazo sobre el hombro. No parecía que hubiese lidiado con un buen día.

—Galilea, vamos, te preparé una copa de vino y nos sentamos con las niñas —comentó la abuela intentando transmitirle ánimos y un poquito de felicidad... que a ella en estos momentos le sobraba y tenía para repartir gustosa para todas las mujeres de esta familia.

—Madre, no estoy yo de humor para una sola copa. Saca la botella mas bien. —dijo dejándose caer en una de las sillas del jardín, mientras se quitaba el pañuelo de color azul pálido que llevaba anudado al cuello. Como si con ese gesto volviese a respirar, desprendiéndose de todas las preocupaciones que acaparaban su mente.

A mi hermana y a mí nos hizo gracia. No tardamos ni un segundo en canturrear una vieja canción conocida en el pueblo durante las fiestas cuando ya ibas hasta el cogote de alcohol y llegabas a casa echa un esperpento, pero contentas y felices.

—Ronnn Ronnn, la botella de ronnnn... —coreamos al unísono Marina y yo.

Mamá dejó que nos riésemos, mirándonos también ella divertida. Jimena apareció con un buen vino. La descorchó, la dejó airear, la olfateó y viéndonos ansiosas a las tres por probarlo aún tuvo la ironía de alzar la botella y no servirnos una copa hasta que no le prometiésemos que su boda tendría una despedida de soltera como Dios manda.

—¡Abuela!, no fastidies, ¿de verdad quieres una despedida de soltera con tus amigas?

—¡Guauuu! Sí, sí abuela. Mola mucho. Me encanta tu propuesta. —dijo Marina chispeante, levantándose de la silla y dando saltitos y abrazos por doquier.

Mamá y yo estábamos a punto de entrar en shock. Nos sobresaltó de la misma forma la idea. ¿Y cómo se celebraba una despedida de soltera a los setenta y dos años? Que lo mismo le daba un achuchón ese día a ella o a sus amigas de la misma edad, bueno ella era la más joven de todas. ¡Anda que no presumía ella en el pueblo de serlo! No sé yo si no sería mejor no probar ese vino que tenía entre las manos y desechar aquella locura. ¡Madre mía la que se estaba montando! El solo hecho de ver a Jimena acosada por un stripper o mejor dicho verlo a él acosado por la abuela. Se me estaba revolviendo el estómago. Menuda era.

—Madre si eso es lo que quieres... la tendrás. Las niñas se encargarán. No te preocupes —dijo mamá. Para mí que necesitaba la copa de vino como el aire. Mi madre consintiendo tal locura. Mi madre vendiéndose a los antojos de Jimena por una copa de vino. ¡Locas, todas estaban locas!

El vino se expandió en las copas. Las copas chocaron entre sí. La abuela daba vueltas sobre ella misma sin haber probado aún ni un sorbo. Mi hermana levantaba a mi madre de la silla tirando de ella y simulando bailar un vals. La caída de alguna silla por la desmesurada alegría. Y yo con los pelos como escarpas por la incoherencia de la situación.

Cuando terminamos de comer todavía nacían si cabe novedosas y alocadas ideas sobre el descabellado plan. La botella de vino estaba vacía y yo apenas lo caté, ni tan siquiera mi madre lo cató, y eso que era la que se dobló por una copa y mira la que había armado ahora.

—Bueno, niñas, os esperan unas semanas de creatividad. No sabéis la ilusión que me hace. Será mi primera despedida de soltera —dijo con los ojos chispeantes—, claro que por otra parte es mi primera boda también. —Y rompió en una tremenda carcajada acompañada por las demás.

En ese instante sonó el móvil de Marina. Lo miró, pero no lo cogió. Volvió a guardárselo en el bolsillo de los vaqueros. Le dio un beso a la abuela y con un desparpajo típico en ella nos hizo un mohín lanzando un beso al aire. Salió escopeteada, ni el bolso se llevó. ¿Pero adónde iba ésta ahora? ¿A recoger a Pablo ella solita? ¿Y andando? ¡Venga ya, que aquí todo el mundo hacía lo que le daba la gana y la única que daba explicaciones era yo, joder! Y encima me estaba volviendo rematadamente maleducada, con lo que cuidaba yo mi vocabulario. Estar más de veinticuatro horas seguidas las cuatro juntas me producía hasta ardores. Eran un cúmulo de sorpresas. Me rompían mi rutina, mi tranquilidad, me quitaban mi paz. Pero las adoraba y no en el fondo, sino desde la superficie misma.

—¿Y ahora adónde va tu hermana? —preguntó mamá aún aturdida. Menos mal que alguien se hizo la misma pregunta que yo. —¿No estaba Pablo de excursión?

—Sí, mamá, de excursión con su mochila y todo. Espero que por su bien se haya llevado también la cantimplora.

—Calla, boba ¿Qué son unos cuántos kilómetros para un mozarrón como él? —dijo la abuela dándome un codazo.

—Creo que me voy a echar un ratito, no tengo el estómago muy bien. Luego picaré algo.

Jimena me cogió la mano apretándola para que dejase ir a mamá a descansar, aunque no hubiese comido. Ambas sabíamos que el proyecto del pequeño hotel

no iba sobre ruedas precisamente. El silencio impregnó el pequeño jardín. Nos quedamos una frente a la otra, retándonos con la mirada. Ella quería saber y yo también. Sabíamos que la primera que preguntara llevaría el hilo de la verdad. Por una vez estuve más ávida que la abuela.

—Abuela, ¿desde cuándo conoces a Andrés?

—¡Vaya, conociéndote has tardado más tiempo del que esperaba en preguntármelo!

—Bueno... no tienes por qué darme explicaciones. —Sentía que me colaba en su intimidad. Por otra parte, me moría de ganas por conocer su historia.

—Es una larga historia, pequeña. Pero aquí y ahora me encantaría adentrarme en el pasado y que seas tú quien la escuche.

Un cosquilleo de satisfacción me recorrió todo el cuerpo. ¿Iba a ser la primera en conocer su pasado? Necesitaba que sus palabras quedasen en mi memoria como una fotografía, Cuanto había soñado con este momento, pero Jimena siempre había conseguido torear nuestra curiosidad. Nunca conocimos los detalles de su vida. Y mamá era incapaz de indagar en su pasado. Se conformaba con haber tenido una madre que supo suplir con creces al padre que nunca tuvo. Eran como el agua y el aceite, se juntaban, pero no se mezclaban.

Mi abuela comenzó a hablar como si yo no estuviese presente, mirando hacia los rosales, pero donde de verdad dirigía su mirada era hacia su interior.

—Cuando me fui de mi casa solo tenía dieciocho años, en aquella época aún no era mayor de edad, ya sabes, hasta los veintiuno no lo eras. Aquí en el pueblo quedaban resquicios de las bodas amañadas. En mi caso yo no me veía para nada casada. Con mis amigas siempre tenía la misma discusión, yo no sentía la necesidad de tener hijos, ni de tener una casa, ni me importaba el ajuar. Me gustaba la bodega, los campos. Quería conseguir el mejor vino y que traspasase las fronteras de La Rioja, imposible pensar por aquellos años en que llegara a otros países. —Hizo una pequeña pausa, retomando fuerzas para alejar los sueños y continuó.

—Y todo fue tan deprisa cuando mi padre enfermó. Me vi acorralada, atrapada en un mundo que me querían imponer y que me ahogaba. Cogí las riendas del negocio, trabajé de sol a sol en las viñas, me puse pantalones, decía tacos como un hombre más, cataba el vino y lo escupía sin tonterías de limpiarme la boca con servilleta como las damas. —Algo debió venir a su memoria que la hizo estallar en una carcajada a pesar de tener los ojos vidriosos.

—¡Vamos, abuela, que te faltaba mear de pie! ¿no?

De nuevo volvió a sonreír apretándome cálidamente la mano.

—¡Ay, mi niña, qué tiempos!, pero a pesar de todo los volvería a vivir de la misma manera, no cambiaría ni una coma.

—Yo no creo que tuviese tu coraje, a la mínima burla tiraría la toalla.

—¡Eso jamás, Candy!, no se puede tirar la toalla, y si la tiras la recoges una y otra vez siempre —dijo rotunda.

No quería interrumpirla, era tan fascinante como me abría su corazón. Me acomodé en el sillón incitándola a que continuase.

—Mi padre no veía porvenir ni en las viñas ni en mí. Cada noche le explicaba los progresos, con ilusión y llena de esperanza. Me escuchaba con atención, sé que una parte de él me comprendía y una chispa de ilusión se reflejaba en sus ojos. Pero prefirió tomar el camino más fácil y viendo que su enfermedad lo apagaba cada día un poco más, quiso dejar zanjado mi futuro.

—¿Cómo?

—Pues de la forma más fácil, como te he dicho. Me “prometió” con el hijo del boticario que por entonces también ejercía de alcalde del pueblo.

—¿Entonces te casaste?

—¡Calla, loca! El hijo del boticario era el hombre más repelente a mis ojos, porque a los ojos de mis amigas era un partidazo claro. Uff, llevaba siempre el pelo engominado, no tenía en su cara ni un centímetro de piel en la que no hubiese un grano. Sus ojillos eran maquiavélicos... y para colmo me ponía enferma su prepotencia heredada de su padre.

—Vaya abuela, te libraste de un buen mozo. Es que me lo pintas de una manera...

—Aún me quedo corta describiéndotelo. Al tiempo me enteré que salió del armario. Pero en eso no le culpo. Cada uno es como es. Pero, vamos, que si me caso con él aún sería virgen.

Las risas se entremezclaban con la nostalgia del tiempo pasado. Sabía que había mucho más y yo quería tirar del hilo, pero sin forzarla.

—Te mentiría si te dijese que medité mi huida. Si me hubiese parado a reflexionar... nada de lo que pasó sería ya historia. Y lo es. Es mi historia, mi vida. Así que un buen día uno de los jornaleros comentó que les pagaban más en Ibiza, que allí se estaba empezando a cultivar viñas. Los escuchaba a unos metros de distancia, hablaban de la isla como del mismísimo paraíso. Todo era luz, fiestas en la playa, las chicas y los chicos se mezclaban sin casarse. Todo era tan tentador para mi insaciable imaginación. Que un buen día, dejé una carta con pocas explicaciones, pero con mucho amor a mis padres y sin girar la vista atrás cuando quise darme cuenta estaba embarcada en un barco rumbo a Ibiza.

—Guauu, Jimena, qué valiente.

—Bueno no creas, hubo momentos que me sentí cobarde por no haber sido capaz de rechazar aquella boda sin tener que huir. Y haber apechugado con el trabajo que no era digno para damas. Bastantes comentarios tuvieron que

soportar mis padres de la gente del pueblo. Son buena gente, solo que una mujer trabajando rodeada de hombres no estaba bien visto. Pero Ibiza fue como un imán para mi corazón.

—Como me hubiese gustado ver tu cara al avistar la tierra soñada.

—Espera, vamos a abrir otra botella de vino, y la acompañamos de esa empanada gallega que ha hecho tu madre. Cuando veo cocinar a tu madre me recuerda a la mía. Menos mal, porque si no a ver quién cocinaba aquí. —Me guiñó un ojo al tiempo que servía las copas.

—Abuela, tú sí que has tenido una vida interesante.

—Y tú también la puedes tener según todo lo que estés dispuesta a arriesgar.

—Ya... claro —susurré de mala gana.

Continuábamos solas, ni tan siquiera me acordaba de Marina, que ni Dios sabía por dónde andaba. Pablo más o menos me lo imaginaba de vuelta o embelesado con las piedras del camino intentando descubrir un yacimiento Íbero o cualquier hallazgo de los romanos. Así que disponía de toda la tarde para emborracharme de la vida de Jimena y si seguía llenando las copas también del vino.

Las preguntas se me agolpaban en mi cabeza sin orden. No quería interrumpirla ni que nadie lo hiciese. Si era necesario estaba dispuesta a raptarla para saber todo de aquella mujer que me magnetizaba. Tras unos minutos que me parecieron horas continuó desempolvando su pasado, removiéndolo y sacándolo a la luz, tal vez por primera vez.

—¡Dios mío, Ibiza! Ni te imaginas la libertad que sentí en aquellas playas. Cada día conocía a alguien nuevo. Dejé a los operarios pronto. Una mañana estando en una playa, de esas cristalinas donde el agua casi te la podrías beber si no fuese salada, se me acercó una chica más o menos de mi edad, se interesó por lo que yo estaba dibujando. Y sin más me dijo que era buena, muy buena.

—Abuela ¿tú dibujando? —mi inquietud crecía a medida que su relato se desplegaba.

—Pues sí, ya ves, Cándida, a mí también me daba por garabatear diría yo. Nunca me consideré buena en eso. Pero estaba diseñando las nuevas etiquetas para el nuevo vino que íbamos a crear. Su sonrisa, sus ojos, toda ella destilaba paz, tranquilidad, confianza. Se llamaba Aurora. Allí en aquel momento comenzó mi vida. Mi nueva vida.

—Nunca nos habías hablado de Aurora.

—Tranquila, mi niña, no estoy dispuesta a que te quedes en ascuas. Ya me encargado yo de que nos quedásemos a solas hoy —dijo con una voz melancólica—. Aurora vestía de una manera rara, con muchas pulseras en las manos y en los pies, con faldas largas o muy cortas, con turbantes coloridos en

su rojizo cabello. Yo estaba maravillada, imagínate que nunca salí hasta entonces de La Rioja, ni casi del pueblo.

—¿Y ella te mostró el mundo de los hippys? —Me adelanté a su relato

—¡Vaya!, ya sabes por dónde van los tiros listilla. Sí, nos hicimos inseparables, allá por donde nos veían, creábamos admiración, ambas con el pelo muy largo, hasta la cintura. Ella lucía el color del fuego en su pelo y yo el del azabache. Acabé vistiéndome como ella, me sentía más cómoda, más yo. Vivíamos en una comuna, con las reglas que nosotros elaboramos, nadie se sentía obligado a cumplirlas, pero si no te gustaban te ibas y en paz. Ni te imaginas lo que allí se vivía.

Joder, qué envidia sana o insana estaba sintiendo por momentos. Yo apenas había pasado de un par de polvos con tres chicos en concreto y ella no quiero ni pensar lo que vivió.

—Dejaste el tema entonces de los viñedos supongo.

—Por supuesto, me dediqué a “garabatear” como yo misma lo llamaba y diseñar bisutería, pendientes, colgantes, pulseras... ganaba poco, pero más que suficiente para vivir y compartir. Recuerda que era miembro de una comuna.

Ya solo me quedaba por morderme las uñas de los pies. El tiempo se nos echaba encima, los últimos rayos de sol amenazaban con despedirse y me moría de ganas de que abriese la puerta del tema de los amores, de su embarazo, de mamá.

—¡Ya estoy aquí! —gritó mi hermana con su voz cantarina, juro que la odí, la odí mucho en aquel momento.

—¿Dónde has estado? —solté a bocajarro y con malaleche.

Su respuesta fue encogerse de hombros, echarse su larga melena azabache hacía atrás con un desparpajo muy propio de ella y rodear a la abuela por detrás soltándole un sonoro beso en la mejilla. La niña tenía un master en camelar a quien se le pusiese por delante. De eso no quedaba duda.

—Pablo estará al llegar. Venga nos os hagáis las remolonas y preparemos la cena ¿vale? ¿Y mamá?

La madre que la parió que facilidad tenía para cambiar de tema. Hasta la abuela se levantó y se fue derecha a la cocina. Subí a la habitación de mamá. La encontré sentada en la cama con papeles esparcidos sin orden. Cogía uno y lo arrojaba al suelo, sin miramientos. Me acerqué con cautela, me daba tanta pena no poder ayudarla. ¿Qué podía hacer para evitarle tanto tormento? Desde luego estaba empecinada en seguir con el proyecto del hotel y yo no encontraba la forma de socorrerla. Para ponerlo más difícil, al día siguiente por la tarde volveríamos a Madrid y poco o nada se había resuelto. O eso creía entonces.

Aquella noche a pesar de que la cena transcurrió tranquila, de que Pablo vino

encantado, aunque con los pies en carne viva, me costó dormirme. Demasiadas ganas de saber sobre el pasado de mi abuela, su boda repentina con Andrés, la reforma de la casa de mi tía abuela para convertirla en hotel. Que mamá no conseguía saltar los impedimentos que le imponía el ayuntamiento, o mejor dicho el arquitecto. Escuché algún ronquido, así que la única que le daba vueltas al coco era yo. De nuevo me sentía muy sola. Me puse una vieja chaqueta de lana y bajé las escaleras de puntillas, la madera crujía a cada paso, parecía una ladrona en mi propia casa, lo último que necesitaba era ser descubierta. Me sentía sola, pero a la vez necesitaba estar sola. Contenía hasta la respiración. ¡Por fin llegué al pequeño y tan acogedor jardín! Con lo torpe que era no se ni como lo conseguí. Respiré inhalando todo el aire que pude, llenándome de las fragancias de las hortensias, las damas de noches y del jazmín que era el rey del lugar. Me senté en uno de los acogedores sillones, aliviada por haber llegado sin ser descubierta. Toda una hazaña tratándose de mí.

Yo no era de hablar mucho con los del más allá. Pero esa noche me dejé llevar.

—Papá, si por una remota casualidad puedes ver a este doble par de mujeres con todo este lío... échanos un cable. Perdona, no me hagas caso, esto son solo tonterías y con lo que hay en el mundo, no vas a estar para esto.

—No son tonterías.

La voz sonaba opaca, no la reconocía...

—¡Cándida!, que soy yo... la abuela

—¡Joder, abuela, qué susto me has dado!

—Pues anda que tú a mí. Si es que ni te he oído entrar, hija.

—Pensaba que estabais todos durmiendo y por eso he intentado no hacer ruido.

—Bien... el destino ha querido que de nuevo estemos juntas y a solas. Espera, prepararé una tisana relajante. Nos irá bien a las dos.

—Sí abuela, porque yo ya no sé ni qué necesito.

Mi techo era el cielo, con miles de millones de estrellas iluminando nítidamente la noche. Qué pequeña me sentía ante aquel infinito universo. Siempre empequeñecida ante lo que imaginaba inmenso. Nada lo hacía propio, pensando que cualquier problema mío era ridículo ante tanta grandeza. Por otra parte, por muy pequeñito que fuese mi mundo, ese que me pertenecía, quería vivirlo, sentirlo, amarlo. Y estaba empezando a dar los primeros y desequilibrados pasos, pero iba a continuar y esta vez sin ponerme señales de Stop.

Jimena trajo dos tazas humeantes con infusiones que ella misma preparaba. Otra de sus aficiones era recoger hierbas del monte, meterlas en tarros de cristal

y clasificarlas: unas para el dolor de cabeza, otras para relajarse, otras para animarse, otras para la sensatez, era curioso su forma de poner nombres a sus tisanas. Quizás yo necesitase un poco de todas ellas aquella noche.

Al principio ninguna tenía intención de romper el silencio. Conforme fue entrando el líquido calentito en mi estómago y tapada con una suave manta, estaba más que dispuesta a indagar y retomar de nuevo el capítulo de la vida de Jimena que a bien quisiera narrarme.

Escuché pequeños suspiros. ¿Jimena me estaba retando? ¿acaso pensaba que mi insomnio no era en parte por ella? ¿por el hotel? ¿por las andaduras de mi hermana a Dios sabe qué y con quién?... ¿o tal vez haber conocido a una persona tan franca y de unos ojos verdes tan penetrantes que iluminaban la oscuridad de mi habitación?

—Abuela ¿te enamoraste en Ibiza? —susurré con hilo de voz. No tenía derecho a meterme en su vida, a forzarla a desnudarse tanto ante mí.

—Menos mal que por fin me has hecho la pregunta. Porque ya iba a prepararme otra taza para la “paciencia”.

Ambas nos echamos a reír tapándonos la boca para no armar escándalo y dejar seguir durmiendo a los demás.

—Te lo voy a contar, no voy a intentar que lo entiendas. Solo te diré como transcurrían allí los días. Lo que aprendí del amor, que no es lo mismo que enamorarse ¿vale?

—Jamás te voy a juzgar —dije rotunda.

—Nooo que va, ya me lo demostraste ayer, diablillo. —Esta vez tuvo que taparse la boca con la mantita para no despertar ya no a la familia si no al pueblo entero.

—Lo siento, de verdad, abuela —reseñé consternada, hundiéndome en el sillón, avergonzándome por todo lo que le dije y que provocó en ella un efecto divertido.

Dirigió sus ojos hacia un punto imaginario. Volviendo a su pasado y por el rictus de su cara sabía que en estos momentos estaba en Ibiza y no en el jardín. Su mirada brillante la delataba.

—Vivíamos junto a la playa, construimos nuestro pequeño poblado con viejas roulotte y tiendas de camping. Por las mañanas antes de tomarnos incluso el café nos dábamos un baño en aquellas transparentes aguas... desnudos. — Algo la retuvo a continuar, quizás fue porque yo abrí los ojos como un personaje de comics de manga.

No le pasó desapercibido mi gesto. Pero continuó.

—Era la sensación más maravillosa para comenzar el día. Jugábamos en el agua, las caricias eran naturales, el sexo dejó de ser tabú para mí. Lo disfruté.

Durante el día unos preparaban la comida, otros hacíamos la bisutería que vendíamos por la noche en el mercadillo de las Dalias. El turismo era escaso por entonces. Pero el que llegaba se quedaba impresionado por los diseños tan originales y compraban. ¡Vaya si compraban!

—¿No guardaste ningún colgante o pulsera? Cuánto me gustaría verlas. Qué pena. —Esbocé una sonrisa melancólica, lo que hubiese dado yo por estar allí. Estaba escuchando la vida que me hubiese gustado vivir pero que ni por asomo me hubiese atrevido por falta de valor, de coraje, de no tener ovarios para tomar esa decisión.

—¡Ay, mi niña!, todo a su debido tiempo. ¡Claro que guardo recuerdos materiales de entonces! Pero los recuerdos emocionales te los estoy regalando ahora. Sé que algún día harás un buen uso de ellos.

Era la segunda persona que removía mis esperanzas de escribir. Kenzo y ella.

—Yo no perdí la virginidad con el chico soñado, me gustaba, me atraía su cuerpo, pero nada más. No teníamos nada en común, ni tan siquiera el idioma. Era noruego, se quedó dos años en la comuna. No me pertenecía como yo tampoco a él. Pero me hacía feliz. La noche de San Lorenzo, esa en que las estrellas bailan en el cielo, nos metimos en el agua, íbamos cogidos de la mano, las olas rompían contra nuestros cuerpos desnudos. Hicimos el amor bajo un manto de estrellas danzarinas. Fue muy hermoso, esa noche sí que sentí su amor y yo le correspondí con mi cuerpo y con mi corazón.

Un silencio inundó de nuevo el jardín. Aunque las fragancias de las variadas plantas regaban mi olfato, yo solo olía el mar, ese mar donde Jimena entregó su corazón en un instante.

—Él se marchó al poco tiempo, nada raro, la gente iba y venía sin tener la obligación de dar explicaciones a nadie. Para entonces yo ya sabía que estaba embarazada.

—¿No se lo dijiste? ¿Por qué, abuela? —Me removí inquieta en el sillón, tiré la manta, ya había entrado en calor, demasiados detalles para no hacerlo.

—¿Decirle qué? ¿Qué esperaba un hijo suyo? ¿Para qué? Retenerle a mi lado hubiese sido una tortura para él y para mí. Él tenía sus planes y yo los míos...

—Tú sola con un bebé en aquellos tiempos. Uff abuela, qué difícil tuvo que ser.

—Para nada, Candy. Fui la mujer y madre más feliz del mundo. Tu madre era preciosa, creció dentro de un mundo de bondad, de libertad, sin envidias, sin competitividad.

—¿Y tus padres cómo se enteraron? —decidí interrogar sin premisas. El encanto de la noche podía desaparecer en cualquier momento y quería llegar hasta el final.

—Pues como era en aquellos años, por carta... y no por WhatsApp como ahora. —Rió de buena gana. —Ellos se desvivieron por hacerme entrar en razón y que volviese al pueblo con la pequeña. Pero no lo hice. Alguien del grupo dijo que en Formentera se celebraba un mercadillo coincidiendo con la noche de San Juan... sí, ya sé que parecen muchas coincidencias lo de las noches y los santos. Y allí que nos fuimos para exponer nuestra elaborada bisutería. Empezábamos a coger fama, aunque no lo creas.

—Me hubiese encantado ver todo lo que obrabais. Debió de ser un tiempo, donde el tiempo transcurría al margen de los relojes, lo saboreabais —afirmé muy consciente de estar en la piel de Jimena.

—Sí, esa es la palabra... saboreaba la vida como ahora saboreo un buen vino. Solo que entonces tenía más prisa que ahora, será la edad... por eso ahora voy más despacio y me da más tiempo a ser consciente de cada minuto de la vida.

—Formentera... —nombré ese lugar como uno de los sitios que tenía en mi lista de posibles viajes.

—Si cabe puedo decirte que además de cumplir con mis responsabilidades de madre a rajatabla, la alegría era desbordante. Por las noches nos sentábamos alrededor de una hoguera a pocos metros de la orilla de la playa. Tu madre, Galilea, dormía en mi regazo. Ese día estaba inquieta, no tenía fiebre, había mamado, no sé qué le pasaba. Me alejé del grupo y me senté en la orilla con ella en mi regazo. El agua mojaba mis muslos y ella comenzó a calmarse. Pero no en mis brazos sino en los del chico nuevo que apareció unos días antes para tomarse un año sabático antes de continuar su carrera de medicina. Él la calmó, la acunó, le cantó, le susurró al oído Dios sabe qué. Desde ese mismo instante vi su magia, su bondad, su ternura. Cuando me la pasó a mis brazos nuestras manos se rozaron, sentí un escalofrío electrificante, no sabría explicarlo. Encendió mi cuerpo. Y eso que nunca estuvo dormido, pero lo despertó. Desperté del letargo de años. Sencillamente me enamoré.

Hizo una pequeña pausa que me pareció eterna.

—Abuela, por Dios, ni se te ocurra parar ahora. —Era como estar viviendo a través de ella.

—Tranquila, mi niña. Aún vives con la impaciencia en tus venas... y eso está bien para tu edad. Así debe ser.

Yo creo que se levantó adrede, se fue a la cocina y trajo otra de sus tisanas... tal vez tocaba ahora la de la paciencia. Yo ya no sentía ni el frío de la noche, la manta estaba solo cubriéndome los pies. Me moría de ganas por saber más, mucho más, era como leer uno de esos libros que no puedes dejar y te quedas toda la noche leyendo, aunque al día siguiente madruges y solo duermas media

hora.

—Toma —dijo ofreciéndome la taza con cualquiera de sus tisanas—Esta bébetela despacio, vas a necesitar encajar todo como si por un momento en esta noche tú fueras yo.

Afirmé con la cabeza sin pronunciar palabra.

—Los días y las noches eran un regalo junto a él. Galilea pronto se acomodó a sus brazos. Lo envolvía una especie de magia difícil de explicar. Si con Ibiza sentí la atracción de un imán. Con él sentí la atracción de dos galaxias lejanas que se acercan pero que jamás se podrían juntar porque eclosionarían. ¿Lo entiendes, Candy?

La verdad es que me era difícil entenderla en este punto de la historia, me estaba presentando al hombre del que se enamoró, pero por lo visto sus mundos eran muy distintos. Así lo deduje yo.

—¿Quién era abuela? —al instante me arrepentí de haber hecho tal pregunta.

Los labios de Jimena se despegaron de la taza, la sostenía con firmeza, pero un ligero temblor de sus manos precipitó que la dejase sobre la mesa.

—Era mi alma gemela, esa que solo aparece una vez en la vida. Esa que la dejas ir, que lo sabes, y aun así no la retienes, o no sabes como hacerlo. La ves alejarse sabiendo de antemano que nunca nadie ocupará su lugar. Sigues viviendo con la esperanza de encontrar a alguien que despierte en ti las mismas sensaciones. A sabiendas de que eso no ocurrirá. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras sus labios expresaban una dulce sonrisa.

Abracé a Jimena sentándome en su regazo como cuando era pequeña, mis lágrimas se mezclaron con las suyas al rozarse nuestras mejillas. Ella me apartó con delicadeza, posando sus manos en mis mejillas, colándose en mi interior a través de su mirada.

—No siempre tu alma gemela vuelve a aparecer, pero en mi caso sí.

Di un respingo, que faltó poco para que ambas acabásemos en el suelo. Un remolino de alegres chispitas dominó todo mi ser. ¡El alma gemela de la abuela vivía!, creía que lo estaba pensando, pero por lo visto lo dije en voz alta.

—¡Ya lo creo que vive niña!, y además está de muy buen ver. —Las carcajadas esta vez fueron sonoras, imposible contenerlas.

—¡Andrés, abuela, es Andrés!

Mi hermana y madre aparecieron en el jardín con los pelos revueltos y legañas en los ojos. Nos miraban extrañadas, como si se hubiesen perdido algo y allí estaban medio dormidas, medio despiertas, uniéndose a nuestro jolgorio. Pero la historia se quedó escrita en las páginas imaginarias de mi cabeza. Guardadas bajo llave. Tal vez algún día se transformarían en letras sobre papel. Tal vez.



## CAPÍTULO 7

Al día siguiente me desperté aturdida como si solo hubiese dormido dos horas. Marina me zarandeaba sentada en mi cama. ¡Arriba dormilona!, qué paciencia la mía. Creo que era la primera vez que me despertaba ella a mí. Salté de la cama por no oírla.

Desayunamos copiosamente, por lo menos yo. Intentaba retener cada palabra, cada gesto de Jimena en mi mente. Aquella noche no la iba a olvidar nunca. Era un tesoro para mí. Presentía un cambio radical en mi vida, ni idea aún de qué cosas iban a cambiar, solo sentía que en mí nacían sensaciones dormidas. Ganas de vivir, ganas de no dejar la vida pasar, de atreverme a tomar decisiones, no importaba equivocarme, debía también contar con ello. Yo no era Marina, pero desde luego tampoco quería ser su antítesis. Un desbordante impulso me inundó. Cogí mi café, lo alcé en alto y con una voz estridente dije:

—¡Viva los novios!

Mi madre tardó un segundo en ponerme la mano en la frente comprobando que no tenía fiebre. Mi hermana se atragantó, Pablo dejó de leer el folleto sobre la construcción de los monasterios y mi abuela esa sí que levantó su taza de café y brindó conmigo. Por fin estaba pletórica. Por fin desperté del letargo como las tortugas cuando salen de la hibernación. Solo que la mía había durado la friolera de veintinueve años.

Con toda esa energía que se adueñó de mí, me dirigí a los viñedos. No me costó encontrarlo. Conocía el sendero donde cultivaba sus futuras promesas. No dejé de mirar el suelo mientras caminaba con paso decidido, si volvía a aparecer otra serpiente de esas que son inofensivas, echaría a correr y no podría pillarlo desprevenido. Llegué sin hacer ruido, casi flotando para no pisar las hojas y que el crujir lo alertara. Medio escondida, lo observé, disfruté mirándolo. Acariciaba los racimos como si fuesen de un fino cristal. Cerraba los ojos mirando al cielo, casi podía escuchar su respiración. No llevaba camiseta, dejando su espalda musculosa, morena, con ese tinte que la naturaleza le había dado para dejar que me deleitase y absorbiese esa imagen tan tierna... que por momentos se iba convirtiendo en frívola en mi mente. Sus largas piernas dobladas al estar agachado marcaban unos muslos perfectos. Y ese sombrero de paja desgastado le confería un aire tan exótico. Envidié no ser el racimo de uvas que mecía entre sus manos.

—¡Hola, Candy! —pronunció sin girarse.

Yo era la que quería sorprenderle. Bueno, no me iba a achicar ahora, no

empezábamos como me había imaginado. Nada, un pequeño contratiempo nada más, pensé. Tampoco es que fuese a tirarme encima de él y rodar por el suelo, pero aguó la idea de taparle los ojos e impresionarle, así de rebotante me encontraba. Muy impropio de mí, lo reconozco. Pero había llegado a la conclusión que existía un antes y un después. En esa fase estaba, en la del después.

—¿Qué tal, Kenzo? —solté con un desparpajo inusual. Como si pasase por allí de casualidad.

—Bien, Candy. Mira, ven, acércate, dame tu mano. —Tomó mi mano entre las suyas acercándolas a los racimos de uvas que exhibían un color peculiar. Eran de un rojizo dorado a esas horas de la mañana. El aroma que desprendían mezclado con el olor de su piel trastornaba mis sentidos. Aquellos ojos verdes que tenían luz propia traspasándome. El roce de su mano con la mía. Su sonrisa abierta, sincera. El tono grave de su voz. Toda esa maraña de circunstancias impulsó a que mis labios rozasen los suyos—. ¡Cándida!

Le sorprendí. Lo conseguí. Kenzo me separó despacio, dejó que pasasen unos segundos y me besó apasionadamente, sintiendo el calor de nuestras lenguas que se buscaban muy despacio, dejando tiempo para sentir las, para que el calor de la mañana nos acariciase como si fuese a la par con el calor de nuestros cuerpos. Su mano se entremetió bajo mi camisa, delicadamente, acariciando mi vientre, pidiéndome permiso sin pronunciar palabra para continuar un poco más arriba. Mis tímidos jadeos le confirmaron que siguiese. Alcanzó uno de mis pechos, lo retuvo en su mano, una pícaro sonrisa iluminó su cara al comprobar que no llevaba sujetador. Sus dedos jugaron con mis pezones, sin torpeza, con tiento, apretándolos y redondeándolos con sus dedos. Si continuaba así iba a correrme sin remedio. No me importaba que el valle entero despertase con mis jadeos. Noté la dureza de su sexo entre mis piernas. Nuestras respiraciones eran cada vez más sonoras, entrecortadas, por la excitación. Quería estar dentro de él, entregarme como jamás lo había hecho. Sentía la humedad en mi sexo. Introdujo una de sus manos bajo mi falda. Acarició mi muslo subiendo y bajando la mano, necesitaba que subiese más, que acariciase más arriba. Jadeaba casi suplicando. El intentaba contener sus gemidos inútilmente. Ambos deseábamos llegar hasta el final, ya no había vuelta atrás. El contoneo de nuestras caderas pedía más, mucho más. Kenzo se desabrochó el pantalón ante mi mirada jubilosa. A las puertas de cumplir los treinta me quedé perpleja al ver su miembro. No disimulé mi asombro, era imponente. Lo acaricié torpemente al principio, descubriendo poco a poco los movimientos que más placer le daban. Él siguió un poco más arriba de mis muslos encontrando el punto donde el goce me desbordaba, muy despacio al

principio, incitándome casi a rogarle. A los pocos minutos estallamos de placer con los cuerpos abrazados, convulsionando y gimiendo a la vez. Todo pasó como el arco iris que sale después de una tormenta.

Llegamos a la zona donde se reunían los jornaleros antes de empezar a trabajar. Vi aparcado el coche de mi abuela, me ruboricé al instante. Ella leía mi mente. Intenté despedirme de Kenzo sin ser vista por la abuela. Qué estupidez la mía, cuando quise darme cuenta la tenía cogiéndome por la cintura y susurrándome al oído.

—Bien hecho, pequeña.

—Abuela, he venido a ver qué tal iba el tema de la recogida de la uva — comenté todo lo tajante que pude.

—¡Ah!, ¿pero Kenzo no te ha comentado que esta vez la vamos a recoger por la noche?

Miré a Kenzo, luego a la abuela. ¿Por la noche? ¿qué nuevo experimento era ese? Kenzo se rascaba la nuca, y sonreía de forma boba. ¡Joder, ya podía disimular un poco! Sí, había pasado, había tenido el mejor orgasmo de mi vida. Pero no me contó sus planes. ¡Qué disparate recoger la uva por la noche!

—Niña, no te alteres, todo está controlado. Kenzo lo tiene muy estudiado. Anda, dad un paseo y que te lo explique. Venga, Kenzo, que pareces distraído, hijo. —Jimena volvió a soltar una de sus carcajadas ante los rostros perplejos de los jornaleros. “Bruja, más que bruja”, no lo dije, pero lo pensé.

Empujados por la abuela dimos unos pasos por el camino que se perdía entre los viñedos. Volver al terreno laboral costaba después de lo que había pasado. Supo recomponerse más o menos, porque me cogió de la mano y me la soltó como si le quemase. Intenté centrarme en sus explicaciones, olvidando o arrinconando en mi mente lo que había sentido, el cúmulo de emociones descubiertas por primera vez. Qué complicado era estar a su lado y hablar del negocio.

—Veras, Candy... recoger la uva por la noche sé que te parecerá un disparate.

—Lo es. ¿Pero cómo se te ocurre tal tontería? —grité fuera de mí.

—No es ninguna tontería. Oye, no soy un estúpido, tengo mis razones para saber qué es lo mejor.

—Sé que eres ingeniero agrónomo, pero que sepas que por aquí han pasado muchos y siempre nos ha ido bien. No creo que sea el momento de jugar con la cosecha.

—Ya... —Ese “ya” lo dejó caer con mucha intención.

—Mi abuela se casa, Kenzo, no es el momento de andar con experimentos. Vale que los injertos han salido bien. Pero esto es otra cosa, es el sustento de

muchas personas ¿lo entiendes? Ella confía en ti, lo deja todo en tus manos y tú no puedes jugar con la confianza que te ha dado.

—Así que piensas que juego, que me aventuro sin más a una idea disparatada. Sé mejor que tú lo que es pasar hambre, sé lo que es que una cosecha no vaya bien y que un montón de familias coman todos los días harina de maíz. Sé... —Ahí lo frené poniéndole una mano sobre su pecho, estaba alterado, las venas de su cuello estaban dilatadas. Entendí que me había pasado. Me abrazó a pesar de mi inoportuna reprimenda. Sentí unos ligeros sollozos con su cabeza escondida en mi cuello. Sus lágrimas bañaron mi piel. Apreté su cuerpo contra el mío. Conseguí mitigar su congoja. Lloré por mi ignorancia, por no conocer más que una nevera llena. Por no haber salido del pequeño y fantástico mundo en el que vivía, cuando a escasas horas de vuelo, el mundo se transformaba en penurias y calamidades.

Se recompuso y esbozó una tímida sonrisa, así eran lo de su país por lo que estaba aprendiendo de primera mano.

—Algún día tienes que conocer Gambia, Cándida. Tú sí.

Ese “Tú sí” sonó como un privilegio que me confería. Como ser única, especial para él. Lo abracé, le mordí sus carnosos labios en forma de corazón y antes de empezar a jadear apareció Jimena como por arte de magia.

—Gracias, Kenzo, ya veo que le has explicado con pelos y señales la recogida de la uva al anochecer.

—Sí... bueno —farfulló el chico.

—Perfecto. Pues nada... hora de marchar. Marina me acaba de llamar que te están esperando para volver a Madrid, así que en un par de semanas nos vemos todos otra vez. —Bruja, más que bruja, lo estaba haciendo otra vez, interrumpirnos. Ella lo sabía todo, o eso me parecía a mí.

—Claro abuela, estábamos comentando la gran idea —lo dije algo exaltada, no creo que Jimena me creyera.

Le di dos besos a Kenzo y eso fue toda nuestra despedida hasta dentro de un par de semanas.

El regreso a Madrid, con la música de Queen sonando de fondo, a pesar del parloteo de Marina y Pablo, me abstraigo por completo y me sumergí en todo lo que ocurrió durante ese largo fin de semana. Demasiadas cosas para digerir por mucho que la historia de la abuela me hubiese inyectado dosis de ilusión, de esperanza, de ganas de vivir el presente de mi vida. A mí todo aquello me sobrepasaba. No sabía la manera poner orden en mi cabeza y que mi corazón disminuyera el ritmo.

Una y otra vez su frase “regresar a mi país” se colaba sin permiso en mi mente. Conducía casi por inercia, aunque estaba atenta a la carretera, di gracias

por encontrar poco tráfico. Llevábamos tres horas sin parar. Marina ya empezaba a dar el coñazo.

—¿Falta mucho? ¿Paramos ya?

—Marina, no empieces otra vez. Que no me hace ninguna gracia.

—¿Y a esta que le pasa ahora? —dijo, dirigiéndose a Pablo. —Siempre te ha hecho reír que imitase al burro de Shrek.

—¡Pues ya no!

—Uff, la regla no te toca, así que en esa cabecita... ¿hay algo que me quieras contar?

Mis manos estaban al volante, a Dios gracias, porque me dieron ganas de soltarle un tortazo. La verdad es que estaba de mal humor. Una mezcla de mala leche y atemorizada. Lo mejor sería encontrar un sitio para parar y estirar las piernas un rato.

En quince minutos aparcábamos en uno de esos restaurantes impersonales de carretera. Solo tenía ganas de llegar a casa, darme una ducha y comenzar las clases del día siguiente. Ni tan siquiera respondía a las bromas que Marina me daba. Mi capacidad para reflexionar se estaba quedando dormida. Todo era un caos en mi cabeza. A ver si tenía suerte y Pablo se quedaba a dormir en casa. ¿quién me iba a decir que yo desease tal disparate? Lo único que no necesitaba era estar a solas con mi hermana. Acabaría sonsacándome casi todo, o mejor dicho todo. Ahora no era el momento de remover nada. Ella también mantenía su secreto. Por cierto ¿Quién sería? Ese pensamiento me alejó de Kenzo. Mejor, así llegaríamos a casa sin tener que disimular mi mal humor. Por supuesto con Pablo de cuerpo presente no iba a hacer preguntas inoportunas.

## CAPÍTULO 8

Los días aparentemente transcurrían como antes. Con la gran diferencia que en mi corazón se había abierto una pequeña ventana desde la que se entreveía la imagen de Kenzo casi a todas horas. Marina continuaba trabajando en el hospital a turnos, así que su colaboración en los quehaceres de la casa era nula. Cuando no iba al hospital y juntaba un par de días libres los utilizaba rebuscando en internet “tipos de despedida de solteras”.

—Marina, no crees que a la abuela es mejor hacerle una cena reuniendo a sus amigas... y ya está. Unas copas de champagne, un poco de baile y ya.

—Que no, Candy, que todos los días no se le casa a una su abuela.

—Tú ten cuidado, que no estamos para sustos, y con lo lejos que queda el hospital del pueblo, por mucho que tú seas enfermera, no la lées.

—¡Qué aguafiestas y cansina eres!, la abuela no va a olvidar su despedida en toda su vida, tú déjame a mí. Verás como tú tampoco la olvidas.

—Estoy segura de que no la olvidaré, conociéndote... —susurré por lo bajo.

A veces la observaba disimuladamente mientras hacía como que leía un libro. De esta manera ella se relajaba sin tenerme olfateando sus movimientos y sobre todo las conversaciones que mantenía casi a diario con aquel ser misteriosos que me tenía en ascuas.

Yo esperaba con ansiedad, para qué mentir, que Kenzo me llamase. Me lanzaba sobre el móvil al menor ruido, ya fuese la entrada de un WhatsApp, una llamada o hasta la alarma. Durante el trabajo en clase, por supuesto lo mantenía apagado. Pero hasta aprovechaba ir al baño para mirarlo. Salía apenada, seguía sin noticias. Tal vez lo que pasó, ese momento fugaz e intenso, para él solo fue una explosión de sentimientos mezclados con sus proezas en los viñedos y de alguna manera se dejó llevar y yo quizás me lo estaba tomando más en serio de lo que debería. No correspondía darle tanta importancia. Si le hubiese pasado a Marina, me lo contaría con pelos y señales... añadiendo ¡Ah y además tiene la intención de regresar a su país un día de estos!, vamos que era poco más que un buen polvo y ya está. Pues esta vez no iba a clavarme como un clavo para colgar el recuerdo de mi vida. Me olvidaría, lo intentaría. ¡Lo conseguiría!

—Chicos, quedan pocas semanas para terminar el curso. Esas ansiadas vacaciones junto a la playa, la gente nueva que vais a conocer... estaréis tumbados a la bartola en menos que os deis cuenta. —Casi podía ver como babeaban algunos—. Así que solo os pido que os deis un empujón estudiando un poco más. Sé que podéis, las notas del último trimestre en general han sido

bajas. Recordad que podéis —grité viendo como iban recogiendo sus libretas, haciendo caso omiso de mi consejo y mi inútil motivación de las vacaciones. En fin, lo había intentado. Yo también deseaba esas vacaciones, y también babeaba casi.

Al cerrar la puerta de la clase, vi como Pablo cerraba la suya cabizbajo. Mi olfato me decía que algo no iba bien. La verdad es que venía menos por casa. Con los turnos de Marina en el hospital no era fácil saber cuándo coincidían. Ella estaba doblando las horas en su trabajo. Cosa rara en ella que a la menor oportunidad se tomaba el día libre para irse de fiesta con Pablo. Últimamente su comportamiento era extraño. Siempre estaba ocupada. Una llamada entrante me impidió que saludase a Pablo. En dos zancadas salió del colegio sin dirigirme la mirada.

—¡Hola, mamá!, dime, espera no entiendo lo que me dices. —Mi madre sollozaba al otro lado—. ¿Qué pasa?, ¿mamá le ha pasado algo a la abuela?, ¿mamá? —un denso silencio al otro lado de la línea.

Salí medio corriendo del recinto, maldita cobertura, el corazón me latía en los oídos. Mis ojos lloraban sin importarme que tanto alumnos como compañeros me viesan. Sentí pavor ante la idea, al nombrar a mi abuela y no obtener respuesta.

—¡Cándida! ¡Candy! ¿estás ahí hija? —gritaba mi madre. Por fin escuchaba su voz. Ahora era yo la que no le contestaba, me había quedado sin aliento. La carrera para salir del colegio me robó todo el aire de mis pulmones. Lo que se dice muy en forma no estaba... aún.

—Mamá —contesté llorando ya a moco tendido.

—Candy, cielo ¿qué ocurre?

—No sé mamá, dímelo tú que estabas gritando.

—Si hija, perdona, por una vez me he dejado llevar. ¡Me han concedido la licencia para la reforma!

Salté de alegría, di varias vueltas abrazándome a mí misma. Qué alegría, y yo imbécil de mí llorando, imaginándome lo peor.

—Hija ¿sigues ahí?

—Sí, mamá, sí, claro. No sabes cuánto me alegro. De verdad es la mejor noticia que me podías haber dado. —decía mientras me secaba con las manos las lágrimas derrochadas estúpidamente—. ¿La abuela cómo está?

—Pues en este momento imagínatela —dijo con una risa que sonaba a pura felicidad—, descorchando una botella de cava. Tengo muchas ganas de que vengáis de vacaciones. El verano está ya a la vuelta de la esquina. Uff Candy, qué poquito me gusta contártelo por teléfono, así que mantendré la paciencia como pueda, porque tenemos muchas cosas de que hablar.

Me moría de ganas por preguntarle si sabía algo de Kenzo, pero ahogué la pregunta en mi corazón. Todo quedó ahí, nos despedimos como siempre deseándonos lo mejor.

Otra carrerita más para llegar a casa y contarle las novedades a mi hermana, y esa semana ya podía saltarme las clases de Aquagym.

Desperté a Marina zarandeándola, como siempre. Sabía que entraba de noches y dormía la siesta. Sin comas ni puntos le dije todo lo que mamá me dijo. Observé un intenso brillo en sus verdes ojos, pero ningún gesto de sorpresa en su rostro. Con lo expresiva que era ella, pues sí que estaba cambiando la chica.

Los días transcurrían dentro de la rutina. Habían pasado dos meses, cuatro días y tres horas desde que dejamos atrás La Rioja, toda su belleza natural... y toda su gente, la abuela, mamá, Andrés, la chica monísima que al final después de la cogorza que cogí no supe ni quien era... y sobre todo a Kenzo. Una noche me sorprendí a mí misma marcando su número, solo se escuchó que estaba fuera de cobertura. En los viñedos era normal que fallase la señal. Pero no eran horas para que anduviese por los campos. No sé por qué le daba tantas vueltas en mi cabeza. ¿O es que pensaba tener una relación con alguien que su único deseo era irse a su país? Vale que me deslumbró desde el primer día que lo vi, pero tampoco era para que dejase galopar mi imaginación. Creo que me confundía el estar a su lado sintiéndome tan segura, tan yo misma, y supongo que ese gen heredado de mis antepasados por el amor a las uvas. No conseguía borrar la imagen de sus morenas manos acariciando los granos aún verdosos, sin sentir las a la vez acariciando mi cuerpo, como nadie hasta entonces lo había hecho. Un remolino de ardientes sensaciones volvía a enmarañar todos mis sentidos.

—¿Candy, que te parece este, o este otro? —Marina no paraba con su búsqueda en internet comprando toda clase de artilugios para la despedida de soltera. Se la veía disfrutar, estaba radiante, parecía su propia boda.

Cada una buscando en internet información. De temas diferentes, como era de esperar.

—Déjame ahora, estoy comparando la recogida de la uva por la noche. Ya se ha hecho en otros países.... Pero yo no estoy muy segura. Estarán húmedas con el rocío y eso puede alterar el sabor del vino.

—Anda, déjalo en manos de Kenzo, parece experto ¿no? —dijo alzando una ceja y esperando mi respuesta.

—Ah, ese... no sé yo...

—Venga, conmigo no disimules, hermanita —dijo dándome un codazo en las costillas—. Vaya, pero hasta he notado tus huesos, por fin te estas tomando en serio lo del gimnasio.

—Bueno, solo unos kilos menos. Necesito meterme en el traje el día de la

boda de Jimena.

Ambas nos echamos a reír como posesas, mira que éramos raras, sobre todo yo que tenía en esos momentos una tableta de chocolate relleno de dulce de leche entre mis manos.

—Estás preciosa, Cándida, con esos ojazos color miel que mamá te dio, no dejes que tus exóticas curvas te hagan ver la vida diferente. —Me abrazó, como solo una hermana puede hacerlo.

Y como todo llega, por fin llegó el final de las clases y con ello una llamada del director a su despacho. Conseguí los objetivos para ese año, el nivel de conocimientos en literatura aumentó con mis alumnos y así se reflejó en sus notas. Sí, me sentía satisfecha con mi trabajo. Me despedí de mis chicos. Observé por sus abrazos que me querían, había sido parece ser una buena profe. Así que cerré la puerta hasta el nuevo curso, y me dirigí al piso de arriba, sin coger el ascensor, por lo menos me mantenía constante y ya se me notaba la cintura más estrecha. Suspiré saciada de orgullo. Toqué con los nudillos antes de abrir la puerta.

—Pase, pase, señorita Jiménez.

A mí no me importaba que me llamasen por el apellido, pero para la abuela tuvo que ser un suplicio aguantarlo. Aun así, prefería que me llamasen por mi nombre, me garantizaba cercanía. El director se puso en pie, me estrechó la mano con calidez y efusividad al mismo tiempo. No era hombre de muchas palabras. Era más conocido por sus gestos. Si algo le desagradaba fruncía los morros casi con asco. Si algo le gustaba nos enseñaba su desaliñada dentadura.

—Tengo que felicitarle por su extraordinario trabajo durante este curso. Los padres de los alumnos me han hecho prometer que les transmitiera su mensaje. —Dado a no expresarse con palabras, me consta que se lo hicieron prometer hasta bajo juramento, carraspeó la voz y continuó.

—Gracias.

—Verá, la mayoría han visto el cambio que usted ha conseguido con sus hijos. Los ha introducido en la lectura. Algunos hasta han dejado de jugar a las videoconsolas y mantenían en sus manos un libro más allá de una hora. He de decirle que cuando me lo contaban se emocionaban como si se tratase de un milagro, y eso señorita Jiménez es obra suya.

Yo ya estaba hurgando en mi bolso buscando un pañuelo que no encontraba. Tenía la vista nublada por las lágrimas, y no había forma de encontrarlo. A punto estuve de limpiarme los mocos que amenazaban con salir con la manga corta de la camiseta, pero quedaría poco elegante delante de mi jefe. Aspiré profundamente ante su mirada incrédula. Se metió la mano en su bolsillo ofreciéndome un pañuelo arrugado de tela que rechacé con discreción. Me

contuve y disminuí mi nivel de emoción. Solo de pensar que el pañuelo pudiese estar usado por aquella nariz que dejaba asomar un buen manojo de pelos me repelía. Respiré profundamente, disimulando en la medida que me era posible.

—Gracias, señor director —dije con templanza.

Se tomó unos minutos mirando su mesa, levantó la cabeza y prosiguió la conversación.

—Pero he de decirle que este próximo año no podrá continuar con nosotros. Muy a mi pesar los recortes vienen de arriba... y como la clase de literatura es una optativa, así como otras, tenemos que prescindir de sus servicios.

Me hundí en el sillón que en un primer momento me pareció tan rígido. Aquello no podía estar pasando. Me estaba quedando sin trabajo. No. Minutos antes me estaba felicitando por mi trabajo y ahora así sin más, por los putos recortes las clases de literatura eran prescindibles y las de gimnasia ¿no?, joder no era justo. Esculpir el cuerpo era más importante que alimentar sanamente la mente. Lloré delante del director como si me hubiesen quitado mi muñeca preferida cuando era niña. Volvió a ofrecermé su pañuelo de tela arrugado, esta vez lo rechacé frunciendo el ceño, con cara de asco y estirando las cortas mangas de mi camiseta me sequé los mocos que caían libremente manchando los brazos forrados de piel del sillón. Aturdida por los acontecimientos me levanté sin estrecharle la mano que me ofrecía. Salí de allí desconcertada, oyendo a mis espaldas incoherencias de aquel señor que se atrevía a elogiarme y acto seguido a despedirme. Por unos momentos me hizo sentir como una virgen de las que hacían milagros para después sin muchas explicaciones dejarme en el paro, sin trabajo, sin sustento. No sabía dónde dirigirme, tenía que rumiarlo yo solita. No cogí el móvil. Notaba como vibraba en el bolso. Por una vez no me lancé a ver quién me llamaba. Todo parecía imaginario. No podía ser real. Llevaba trabajando en ese colegio cinco años, dedicándome en cuerpo y alma a mi trabajo, a motivar a los chicos a hacerles partícipes en las clases y que no fueran un tostón... y me lo pagaban prescindiendo de aquello que no consideraban importante: la literatura, ni más ni menos. Como iba a funcionar la gente si ni tan siquiera se les daba la oportunidad de enseñarles no a leer sino a amar los libros. Una sonrisa sarcástica se dibujó en mi rostro, al recordar las palabras de Kenzo. “Persigue tu sueño”. A él le confesé que mi sueño era ser escritora. Qué cinismo el mío. Quizás debería dedicarme a recoger las uvas, al negocio del vino... yo qué sé. Nunca me habían despedido, no sabía ni qué papeles debía arreglar, ponerme en la cola del paro no me importaba, pero que los meses pasasen y el contador de la luz y el del agua y el del alquiler... ¡Dios mío!, no iba a poder enfrentarme a los gastos, y encima con la maleta ya casi hecha. Teníamos previsto salir para La Rioja en cuanto yo terminase las clases, ni un día más, ni

un día menos. Me parece que yo también iba a tener que contarle muchas cosas a mamá. Era entonces cuando la echaba de menos, un abrazo suyo no hubiese solucionado el problema, pero hubiese mitigado mi desesperación.

Entré de puntillas, no quería despertar a Marina, que seguramente estaría echando la siesta en el sofá. Empezaba a echar en falta la presencia de Pablo, con lo difícil que era hacerle enfadar. Ni los cincuenta kilómetros (que según la abuela eran tan solo diez) que se hizo el pobre para ver las iglesias visigodas, le borró la sonrisa cuando llegó como un náufrago que hubiese pasado un mes a la deriva. Algo gordo se cocía entre mi hermana y él. Aunque yo a ella la veía radiante, canturreaba todo el día, se vestía mirándose al espejo y poniendo morritos. Se compró ropa y era extraño en ella no haberla estrenado. Muy raro. Ella, que a veces hasta se lo había llevado puesto y yo detrás quitándole la etiqueta hasta con los dientes, que le colgaba por la espalda, por Dios. Era ella, pero con un misterio dando vueltas a su alrededor. Desde luego no era mi momento para descifrarlo, con lo que se me venía encima tenía más que suficiente.

—Uy, pero si ya está aquí mi chofer preferida —me asaltó nada más cerrar la puerta de casa, levantándose con su abrazo del suelo un par de centímetros, como se notaba que había perdido peso. Por lo menos eso lo estaba consiguiendo.

—Anda, déjame, necesito una ducha.

—Bueno, bueno, chica, que tampoco es para tanto subir los cuatro pisos andando.

Me la quité de encima, no sin esfuerzo, me abrazaba, me besaba, me recogía el pelo y lo soltaba, ¡qué pesada podía llegar a ser!

Dejé que el agua cayera por mi cuerpo, ya estaba harta de recortes, por una vez derroché agua, nunca me lo permitía, siempre pensaba en la escasez, en el planeta, en el abuso del consumo. Salí arrugada como cuando se dejan los garbanzos en remojo, pero ni la rabia ni el mal humor se fueron por el desagüe. Me vestí tan solo con el albornoz, me daba en la nariz que hoy Pablo tampoco vendría a casa. Podía permitirme ir sin bragas y tirarme en el sofá. Cerré los ojos llevándome los dedos a las sienes, masajeando e intentando poner orden en esa cabeza mía. Lo único que funcionaba en mi vida era mi trabajo y ahora ni eso. No importaba que lo hubiese realizado con apremio, no, en este país se le daba importancia tan solo a lo que era rentable, y por lo visto las clases que yo impartía no lo eran.

Marina comenzó (como solo ella sabía) a darme un masaje en la cabeza. Su instinto le decía que era grave. Pocas veces cuidaba de mí, pero en los momentos puntuales que la necesitaba allí estaba. He de decir que el masaje duró un par de

minutos, su paciencia muy infinita no era, desde luego. Trajo de la cocina una tarrina de helado de ron con pasas y dos cucharillas, me introdujo la cuchara repleta de helado en la boca, no lo rechacé. Me supo a gloria bendita, por un momento mis males se desvanecieron.

Me puse en marcha en cuanto hube descansado un poco. Las maletas ya estaban colocadas en el maletero, como siempre la de Marina tipo familiar. De vuelta a La Rioja, pero esta vez no venía Pablo.

—Marina, Pablo ¿No viene?

Mi hermana se encogió de hombros. Subió al coche echándose hacia atrás su larga melena azabache que tanto contrastaba con sus ojos gatunos y cerró la puerta con una amplia sonrisa, desenvuelta, radiante, imponente, comiéndose el mundo. Y yo dejando que el mundo me comiese.

—Ah, se me olvidó comentarte que tardará unos días en venir, no te preocupes ya ha cumplido su deuda con la justicia, y le han devuelto el carnet así que, andando, quita el freno de mano y ¡vámonos, yupiiii!

No entendía nada de nada. Verla tan pletórica no hizo más que inundarme de dudas. Parecía un potrillo desbocado. El trayecto se me hizo hasta corto con ella al lado. Le conté con pelos y señales como me habían despedido, hasta lo del pañuelo del director.

—¡Puaff! Que asco, Candy, menos mal que no lo cogiste si no tendrías otro trauma que sumar.

—Cuando se lo cuente a mamá y a la abuela quiero que me eches un cable. Van a pensar que ni en mi trabajo soy buena. Qué decepción se van a llevar. No quiero ni pensarlo.

—Tú déjame a mí. Lo tengo ya casi controlado.

Ese “casi” aún me daba más miedo.

Llegamos a la hora de la cena. Los abrazos y los besos a nuestra llegada debieron retumbar en el silencio de las calles del pueblo. Saltos, grititos de alegría, sobre todo por parte de la abuela y de Marina. Mamá y yo éramos menos efusivas.

Cenamos en el jardín, la conversación era fluida, entre risas y momentos de seriedad por los trajines que llevaba entre manos mamá con la reforma que ya había comenzado. La abuela dicharachera y feliz por su boda. Marina con un toque especial que la hacía brillar hasta en la oscuridad y yo... inquieta, con los latidos del corazón zumbando en mis oídos. Esperando el momento para darles mi noticia.

En esta familia éramos muy de descorchar alguna botella en cuanto nos reuníamos. Esperé ese momento para que las penas fueron menos. Nadie se levantaba para ir a la pequeña despensa y traer una. Me levanté de la silla con

brusquedad.

—¿Dónde vas hija?

—Pues como siempre, a por un cava para celebrar que estamos de nuevo juntas y con mucho tiempo por delante —ironicé sin sentarme, a pesar de que mamá me incitaba a ello cogiéndome del brazo.

—Espera, Candy. Hoy tenemos un invitado que viene de lejos —dijo Jimena divertida guiñándome un ojo.

Me senté resoplando, no estaba de humor para sorpresas. Necesitaba sacar la noticia de mi despido y quitarme un peso de encima. Y respirar, respirar el adorable aroma del jardín.

Llamaron a la puerta y mamá se levantó trayendo tras de sí un tornado que removi6 todo mi ser. Como si de un huracán se tratase, entorné los ojos como si estuviese ante un espejismo. Habían pasado tres meses, tres largos meses sin noticias de él, y ahora aparecía con esa sonrisa que te deja petrificada, sin reacción alguna. Saludó a todas y por último vino hacía a mí. Yo lo percibía a cámara lenta, saboreando cada uno de sus movimientos. Se inclinó y rozó mis labios con los suyos. Continué sin reaccionar. Su aroma anuló el de las flores, intenso, penetrante, vivo. Me atrajo con un cálido abrazo como si nunca nos hubiésemos separado, como si su presencia hubiese estado siempre a mi lado. Un ligero temblor me hizo reaccionar y sonreírle, mirar a esos extraños ojos claros que tenían luz propia. Y volver a sonreírle. El descorche de la botella de cava nos devolvió al lugar donde ambos estábamos en la realidad.

—¡Venga, un brindis por todos nosotros! —dijo la abuela con entusiasmo.

La madrugada nos acompañó, uno por uno íbamos contando nuestras hazañas en ese tiempo de separación. Diría que mi despido hasta fue bien acogido. Podía tomarme un tiempo antes de empezar la búsqueda en encontrar un nuevo colegio para dar clases y ayudar a mamá en el hotel. No lo tenía yo muy claro. El cava hablaba por mí. Al final casi me veía de recepcionista. A pesar de las burbujas que bailaban en mis venas y en mi cabeza, observé que la alegría de Marina no se desvanecía, pero tampoco veía un motivo claro para que la mantuviese. Se la veía tan dichosa de estar en La Rioja que me sorprendía y a la vez me alarmaba.

Me permití un día de resaca, pero ni uno más. Todas las mañanas disfrutaba del amanecer, vestida con las ropas propias de jornalera, inspeccionando la cosecha. Alertando de los posibles problemas los días lluviosos. Enfundando los racimos más vulnerables con una funda plastificada para que el pedrusco típico en aquella temporada no los malograra. Ganas me dieron en los primeros días de enfundarme en uno de ellos y que nada ni nadie me hiciese daño. Y con las mismas ganas quitármelo cuando Kenzo pasaba ratos junto a mí en el duro

trabajo del campo. El verano se presentaba caluroso en exceso, menos mal que las temperaturas bajaban a media tarde dando frescor a las noches. Al mediodía mi tiempo de trabajo en las viñas terminaba y acudía a reunirme con mamá y Marina junto al hotel que, aunque ahora todo se veía devastado por las obras, yo sabía que en la imaginación de mamá aparecía hasta con los cuadros colgados. Me gustaba tomar el aperitivo con ellas, se las veía tan llenas de ilusión, era como ver a Galilea salir por primera vez de su oscuro pozo.

Me despedí de los trabajadores, conduje hasta el futuro proyecto de hotel. Canturreaba cualquier canción que pusiesen en la radio, me sentía bien. El trabajo en las viñas me estaba transformando, trabajar al aire libre era tan placentero. Bueno y tener a Kenzo al lado arrullándome de vez en cuando, salpicándome con el agua del riego, tumbándome entre las vides haciéndome cosquillas, y besándome larga y profundamente. Me pasaba parte del día suspirando por estar viviendo un sueño. Cada vez paseaba menos por mi planeta, al igual que mamá, parecía que nuestras idas y venidas estaban más en la tierra. Comenzamos a vivir sin las ensoñaciones que en el pasado tanto nos acompañaban.

Frente al pequeño hotel que ahora se veía en ruinas, pero que muy pronto se convertiría en un lugar que invitaría a la relajación y desconexión de sus huéspedes, divisé sin esfuerzo a Marina, Galilea y Jimena sentadas a la bartola alrededor de una mesa del bar. Una de las sillas estaba vacía, que detalle por parte de ellas, siempre pensando en mí. ¡Esa era mi familia! Y justo cuando estaba saludándolas y a punto de dejar caer mi trasero en la silla, aparece Mateo con una bandeja y cuatro cervezas. ¡qué mono! ¡qué detalle! A ver, por la cara de Marina creo que yo no estaba incluida ni en las cervezas ni en la silla. A los pocos minutos mi entusiasmo se convirtió en decepción. ¿Qué narices pintaba Mateo con ellas? Mis neuronas se pusieron en marcha, a contra reloj, así que el grano en el culo de mamá, llamémosle Mateo, se había aliado con el enemigo, que era Marina. Porque mamá llevaba meses intentando empezar las obras de restauración y nada de nada, no lo había conseguido. Mucho había aquí que mascar. Ocupé la silla vacía, dejando que Mateo se las apañara con la bandeja en la mano y mirando las otras mesas para conseguir otra silla. No hubo suerte (todas ocupadas). No hice acopio de amabilidad, estaba derrotada por el trabajo agotador del campo, así que se quedó de pie con la cerveza en la mano. Marina me dedicó una de esas sonrisas asesinas tan típicas de ella, antes de estallar. Esta vez se contuvo y mostró buenos modales. No le quitaba ojo a Mateo.

La abuela desvió el tema sabiamente.

—Qué ganas que tengo que llegue la noche de mañana ¡será una gran noche!

—Madre ¿Está usted segura de que la recogida por la noche va a ser un

éxito? —preguntó mamá sobrecogiéndose.

Yo también tenía mis dudas. Sabía que era un hecho ya en otros lugares, pero eso de ir con una linterna en la cabeza como los mineros y no dejarnos atrás racimos, no sé. En fin, parece que todo lo que Kenzo opinaba, Jimena lo aceptaba y cumplía a pies puntilla.

—Uauuu, qué bien, Pablo llegará mañana temprano. Una mano más. —dije dirigiéndome a mi hermana con una amplia sonrisa. —Por cierto, que ya viene en su coche y que ha cumplido la sanción.

Se hizo un tenso silencio, como si una nube negruzca acabase de entrar en nuestra atmósfera y amenazara con tormenta. Marina se había ruborizado un poco, aunque lo disimulaba con la jarra de cerveza tapándole su cara. Los demás callados como en un entierro y cabizbajos. Busqué la mirada de mamá, de la abuela, pero no tuve respuesta.

Mejor me callaba y no mostraba mi alegría por la llegada de Pablo. Algo me decía (además de la penetrante mirada afilada de Marina) que me mantuviese en mutismo. ¿Qué narices ocurría?, vale que yo no le conté mi historia desde el principio con Kenzo, pero yo era su hermana mayor y me lo debía. Aunque la que tenía mejor currículum en amores era ella, como lo diría, infinita más experiencia que yo. Tal vez esta noche. Cuando la cuatro nos quedásemos en el jardín. Sí, entonces la asaltaría, eso es.

Me tomé la tarde libre, el día siguiente prometía ser durillo. La siesta me sentó fatal, en mi sueño Kenzo estaba en un avión desde el que me saludaba por la ventanilla y que cuando casi las ruedas tocaban tierra para aterrizar, volvía a despegar y así una y otra vez. Nunca les daba importancia a los sueños, pero este me torturó durante dos horas. Me dolía la cabeza. Bajé trastornada, medio adormilada. Pero vi lo que vi. ¡Dios mío, Marina!

Mi querida hermanita jadeaba bajito subiendo y bajando sus manos por debajo de la camiseta de Mateo. Besándolo tan efusivamente que ni el fuego los hubiese separado, de hecho, de ellos alguna chispa salía. Debí quedarme con la boca abierta y los ojos desencajados, porque desde la habitación de enfrente Jimena que estaba leyendo en su hamaca, me tiró del brazo y me alejó del ardiente escenario.

¡Joder con la abuela, sacaba fuerzas yo qué sé de donde, porque casi me llevó en volandas!

—Shisst —dijo, con un dedo en sus labios—. Tú no has visto nada y si lo has visto lo olvidas.

Así que el misterio que acechaba a mi hermana se iba desvelando. Ahora iba entendiendo... vaya que si lo entendía. Marina se había liado con Mateo, solo esperaba que no fuese para conseguir el permiso de obras, mira que ya tenía

mala opinión de ella en cuanto a sus devaneos, pero esto era muy fuerte, porque, además, me daba en la nariz que todas, menos yo, eran consciente de ello.

—¿Abuela, esto es lo que creo que es?

—Mira, Candy, en el amor y en la guerra todo vale. —Hizo una breve pausa—. Marina coquetea, no hemos de juzgarla por ello. Caen rendidos a sus pies, unos más pronto que otros, y desde luego Mateo no ha sido fácil. Tal vez esta vez esté enamorada de verdad. Sé que ella siente la misma pasión al principio por todos, pero alguno le dará los ingredientes suficientes para elaborar la receta del amor. Y entonces acabará su coqueteo.

La explicación de Jimena me dejó la sangre de las venas heladas, la entendí como si me hablase de ella misma.

Tenía la sensación de que la veintena de chicos que llevaba en su lista eran entonces solo los entrantes. Empezaría ahora con los platos principales y al parecer Mateo podría ser uno de ellos. Bueno, a ver como salía de esta con Pablo en La Rioja también.

## CAPÍTULO 9

En los viñedos todo eran preparativos, había mucha gente que no conocía. Para todos los del lugar era una aventura emocionante la recogida de la uva por la noche. Yo daba órdenes a diestro y siniestro. Nada podía fallar, en menos de veinticuatro horas, el fruto debía estar dentro de las cubas en la bodega. Las máquinas cosechadoras comenzaron a llegar, no eran muchas, pero parecía que estuviésemos ante un desfile de tanques. Todo era caótico. Demasiada gente, las voces se entremezclaban unas con otras. Hasta chiquillos acudieron al lugar y correteaban por allí como en el parque de atracciones. Se sentía la alegría, la curiosidad de vendimiarse por la noche.

Por la tarde me crucé con Kenzo, durante la mañana no lo vi, y la verdad es que con el trajín que llevaba organizando a la gente tampoco me hubiese dado tiempo de guiñarle un ojo. Se acercó a mí con un niño en brazos. Se reía de algo que el mocoso le dijo. Me dirigió una mirada de complicidad. Verlo con un pequeño en brazos me enterneció. Presentaba un aspecto desaliñado, mechones de su oscuro y rizado pelo pegados en la frente. Llevaba un pantalón vaquero que sin ser ceñido dejaba entrever su masculinidad, y su camiseta blanca tenía pegotes de tierra. Lejos de repelerme su aspecto, me fascinó. La tentación de bajar al niño de sus brazos y ponerme en su lugar se me pasó por la cabeza. ¡Dios, iba a cometer una tontería si no me controlaba! Sus pasos lo acercaron a mi lado, venía mostrando una sonrisa blanca, amplia, feliz.

—¡Hola, pequeña empresaria! —dijo ronroneando como un felino.

—Uff, espero que todo salga bien.

Me pasó un brazo por el hombro y me atrajo hacia sí, a pesar de la gente que nos rodeaba. Sentí un acaloramiento repentino. Su olor corporal se mezclaba con el de la tierra. Cerré los ojos dejándome envolver. No habíamos vuelto a tener ningún contacto físico más allá de fugaces, pero apasionados besos. Yo le rehuía y él no me forzaba. Aquella noche que se presentó en casa de la abuela nos contó que viajó hasta Gambia por problemas de salud de su madre. Y porque necesitaba coger fuerzas de allí. Cuando no estaba cerca de mí las dudas eran mis compañeras. Me preguntaba si debía seguir adelante o tan solo tomármelo como un bonito juego. ¿No era eso lo que yo quería?, ¿jugar, vivir? ¿Por qué no era como la abuela, o como Marina? Ellas amaban, aunque no tuviesen pretensiones de un futuro. Aunque luego las cosas no funcionasen. Yo no, yo quería tenerlo todo controlado, que me asegurase que duraría, que no era una persona de paso, que... bueno todo eso y más. Mi voz interior me decía que me

relajase, que confiase, y que si algo no era para siempre, por lo menos si lo era para ese momento.

—Todo saldrá bien, Candy. Gracias a ti la gente está entusiasmada, no tienen la sensación de que van a trabajar esta noche. Para ellos también es una aventura. Mira tú que hasta algunos de forma voluntaria se han unido al grupo, así que terminaremos de madrugada, antes de lo previsto.

—Solo espero que a la luz de las velas no se queden racimos por recoger

—No seas exagerada, habrá luz suficiente con las linternas de mineros. Vendimiaremos cuando las uvas estén durmiendo.

Asentí cogiéndole para su sorpresa por la cintura. No me importaba lo sucio que estaba. Yo lo encontraba arrebatadoramente sexy. Besó mi cabello, cerca de mi oreja. Volví a sentir ese escalofrío ya tan conocido.

La tarde se pasó en un abrir y cerrar de ojos. Todo estaba listo. La vendimia nocturna, iba a ocurrir. Demostraríamos que, recolectando las uvas por la noche, la temperatura era más baja y el proceso enzimático se ralentizaba, tardarían más en oxidarse, además de no romperse el grano. El vino ganaría en aroma, en sabor. ¡Ojalá la teoría de Kenzo se cumpliera! Si el proceso no iba bien, muchas de aquellas familias no tendrían el sustento para pasar el año desahogadamente.

Me había vestido con mis pantalones vaqueros desgastados y una camiseta de manga larga ajustada. Ahora por fin dejaba que las telas se ajustasen a mi piel. Se notaba mi esfuerzo, había conseguido reducir una talla. Todo un logro para mí. Me estaba costando colocarme la linterna con la cinta en la cabeza. Unas manos grandes y morenas me ayudaron. Me di la vuelta lentamente. Sus ojos semejaban a los de un gato, la pupila dilatada por la oscuridad y por la emoción, alrededor un halo verde casi transparente. Su mirada me dejaba sin respiración. Kenzo ya iba equipado con todas las herramientas alrededor de su cintura enganchadas a un ancho cinturón. Otra vez ese escalofrío recorriéndome la columna vertebral. Me besó en la frente, dando luego unos pasos hacia atrás observándome. No disimulaba su asombro. Le provocaba una sonrisa graciosa, tierna. Cogiéndome de la mano se dirigió a la gente que esperaba ansiosa por comenzar y adentrarse entre los viñedos. El ambiente era casi festivo, quien diría que íbamos a trabajar hasta que amaneciese. La abuela, mamá y Andrés estarían en la bodega preparando bocadillos y café para ir renovando fuerzas y Marina ¿dónde estaba Marina?

Por un momento creí ver una alucinación, pero no, no lo era. Ella venía acompañada por Pablo a la derecha y por Mateo a la izquierda. ¡Menuda noche!, apreté inconscientemente la mano de Kenzo. Sin mirarnos entendió lo que quería transmitirle.

—Esperemos que la noche no se convierta en una pelea de gallos. —Me

susurró al oído, estaban a tan solo unos metros de nosotros—. ¿Todo bien, chicos?

Ambos asintieron con cara de malas pulgas. Si es que Marina todo lo liaba. Mejor dicho, se liaba con todos. Bueno solo si le entraban por el ojo. Menos mal que de algo había servido su incipiente amistad con el arquitecto porque quería pensar que era solo eso... amistad. Las obras del hotel habían comenzado y por supuesto con todo el papeleo en regla. Eso sí, el trabajo y el presupuesto se dispararon. Las cornisas precisaban de una delicadeza extrema para trasladarlas a otro punto, de alto riesgo. ¡Pero lo consiguió! Mejor no juzgarla de momento.

Iniciamos la vendimia cantando, dicharacheros, los cinco íbamos juntos. Las luces en la frente a pesar de darnos el aspecto de mineros nos iluminaban la cara. Yo seguía pegada a Kenzo. Cortaba los racimos con delicadeza, sopesándolos, acariciándolos, arrancándolos de la mata con un solo corte. Con un cariño extremo. Yo más que trabajar, estaba embobada viendo los movimientos de sus manos. Pasó una hora y la verdad es que la gente seguía con la misma adrenalina que al comienzo. Sin embargo, la adrenalina en mí estaba alcanzando niveles explosivos. Su olor, sus movimientos, sus miradas entre las ramas, sus manos rozando las mías ayudándome a despojar las uvas de sus tallos. Puede que la temperatura de la noche fuese más baja que durante el día, pero nuestros cuerpos iban a comenzar a dar calor hasta a las uvas. Era la recogida más difícil de mi vida. Por fin alguien dio la voz de descanso. ¡Menos mal!, yo estaba sudando, y no precisamente por el sol, que desde luego no asomaba.

Kenzo tiró de mí filtrándome entre unas hileras de viñas altas. Se sentó en el suelo. Volvió a tirar de mí suavemente sentándome en su regazo. Me dejó sin aire comprobar como notaba su erección. Así que él también había estado sudando durante el trabajo. Nos diferenciaba que mientras él recogía cuatro racimos yo iba por el primero. Rozó mi cuello con sus carnosos labios, sentía el latido de su corazón galopando en mi espalda. Mi piel se erizó con un solo roce. Sus besos se fueron haciendo más intensos, jugaban por mi cuello, mordisqueando el lóbulo de mi oreja. Me susurraba en francés cosas que no entendía, me estaba poniendo a cien. Los dos gemíamos. La idea de ser sorprendidos aún me resultaba más excitante, habíamos apagado nuestras linternas. No quería ser pillada por medio pueblo, pero no podía evitar seguir sentada sobre él. Me di la vuelta quedando a horcajadas frente a él. Nuestros ojos se miraron desafiantes, con recelo por mi parte. Saboreé su lengua, dejé que jugasen juntas produciéndonos una incontrolable excitación. Estaba mojada, y su erección era muy palpable. El fuego intenso que ambos llevábamos dentro nos quemaba. Me apretó contra sí tan fuerte que casi sentía dolor. El deseo de todo este tiempo se escapaba por cada poro de nuestra piel. Los jadeos eran ya

incontrolables, perdí el miedo a ser descubiertos. Kenzo se desabrochó el pantalón y lo acaricié hasta que los dos acabamos a la vez mirándonos a los ojos y conteniendo los jadeos. Nuestros cuerpos temblaban como las hojas de las viñas. Los espasmos dieron paso a apretarnos si cabe aún más. Busqué su boca mordiendo sus labios despacio, con ternura, con amor. Un escalofrío se adentró en mí. Tiritaba abrazada a Kenzo. No quería pensar en el futuro, pero no podía evitarlo. Tantas sensaciones a su lado, y tan diferentes a todas las que hasta entonces había vivido.

Cogió mi cara entre sus manos. Apenas había luz. La luna no estaba llena. Cruzó sus brazos alrededor de mi cuerpo. Frotaba mis brazos, mis piernas. El rocío de la noche empezaba a calar. Minutos antes estábamos ardiendo, y ahora sentía como un chorro de agua fría en mi cabeza, despojándome del deseo, dejándome con la incertidumbre de su destino. Volver a su país.

—Eres la mujer más sexy que he conocido. Lo eres en todo... tu forma de hablar, de moverte, de enfadarte incluso —esbozó una sonrisita—. Creo adivinar lo que pasa por esa cabecita tuya.

—No lo creo Kenzo.

—Vamos, cuéntamelo. Si quieres, claro.

—No dejes de abrazarme, Kenzo.

—No lo haré, Candy. No dejaré de abrazarte nunca.

—No deberías hacer promesas que luego no puedes cumplir. —Mi voz sonó lastimera—. Prefiero atenerme a las consecuencias, pero no prometas nada Kenzo, eso no es digno de ti.

—Cándida, mis promesas son de verdad. Creo que sé por dónde vas. Te refieres a que me voy a ir ¿es eso?

—Sí, es eso —grité sin darme cuenta de que no estábamos solos. Me levanté y sacudí los vaqueros.

Kenzo intentó alcanzarme, pero yo ya había llegado al lugar donde la gente se acumulaba durante el descanso, haciendo acopio de los sabrosos tentempiés preparados por mamá, para que se trabajase con el estómago lleno y con energía, como decía la abuela.

El ambiente de la noche seguía mostrando la magia, pero la brecha que se había abierto entre nosotros se palpaba en el aire. Nuestros silencios. Su concentración en la labor que realizaba. Mi cabreo lo traducí recogiendo más racimos que cualquier otra persona. Mi rabia por la incertidumbre. Ni tan siquiera le dejé hablar. Me estaba comportando como una cría atolondrada. Yo no era quien para dirigir su vida. Jimena me contó que un día se enamoró y sin embargo no lo retuvo, el destino se encargó de mover los hilos para que volviesen a encontrarse. ¿Y si no se hubiesen vuelto a encontrar? Yo no quería

que pasasen tantos años, lo de mi abuela se asemejaba más a una novela romántica que a la vida real. Yo necesitaba compartir mi vida, el día a día, hacer planes. Sé que todo eso no estaba de moda. La abuela es que fue muy adelantada para su época. La admiraba, pero no compartía su manera de amar. Yo quería a Kenzo en mi cama todos los días. Lo quería trabajando a mi lado. Lo quería viajando conmigo. Limpiando la casa conmigo. Cenando y comiendo conmigo. Todos esos pensamientos salían uno detrás de otro de mi cabeza. Mi voz interior me decía que estaba siendo posesiva. ¡Pues sí, lo estaba siendo y qué!

Las cestas repletas de uvas, las cosechadoras llevándolas a su destino. Me gustaría ser una de esas “uvas” cogidas con cariño, llevadas a la bodega con sumo cuidado para transformarse en el mejor vino de la región. Pero en lo único que nos parecíamos era en las “redondeces”. ¡Seguro que las uvas estaban más jugosas que yo! Estaba cabreada, yo no estaba preparada para saltar los tropiezos de la vida que decía Jimena. Ahora que sentía que mi alma gemela podía ser Kenzo, ahora tenía que lidiar con vivirlo sin pensar en el futuro. Un futuro en el que él estaría a miles de kilómetros. No era justo.

Nacían los primeros rayos de sol, mucha gente apagó sus linternas, las risas eran más discretas, el cansancio aparecía en los trabajadores. La noche llegaba a su fin y con ello la vendimia de nuestros campos. Los ojos de Kenzo curiosamente seguían brillando al alba, más intensos que nunca. Nuestras miradas hablaban por si solas. Desconcierto, deseo. Mi cuerpo continuaba con las labores del campo. Era increíble que hubiese resistido con tanta templanza. Pero yo sabía que era él quien me daba fuerzas. Su entusiasmo contagioso, consiguió en todos nosotros una noche de trabajo mágica. Poco a poco fuimos apareciendo por la bodega. Vi a Marina acurrucada en el suelo bajo unas mantas. Sabía que no era el trabajo lo que la hizo desistir. Eran los dos pirados juntos, a su alrededor. Supongo que no lo tenía previsto y eso la agotó. Teníamos pendiente una charla.

De momento fue un éxito. La abuela y mamá me abrazaron nada más verme, como si llegase de lejos. Me sorprendieron tantos halagos. Todo el mundo estaba chispeante... todos menos yo. Kenzo se dejó mimar por la abuela. Enseguida le dio un bocadillo y un refresco. La verdad es que no fuimos en las horas de descanso a reponer fuerzas, más bien las gastamos alimentando nuestros cuerpos.

Sentía como me miraba por el rabillo del ojo. No le di pie a regalarle ninguna sonrisa. Todo había sido especial, la noche, él. No iba a dar ningún paso más, ya no. Ni tan siquiera habíamos hecho el amor. Quizás solo estaba creciendo en mi imaginación y tampoco era para tanto. ¡Qué manera tan estúpida tenía de mentirme a mí misma! Mejor me iba a descansar.

En un par de días los frutos empezarán el proceso de fermentación, y estarán listas para la tradicional “pisada de la uva”. Ese día era muy especial. Desde que tengo uso de razón siempre lo disfruté. Mi pareja era mamá, las dos nos volvíamos como locas bailando al son de la música y pisando las uvas. Marina nunca necesitó su compañía. Ya se encargaba ella de estar acompañada. Este año lo tenía un pelín más difícil, pero seguro que no se lo perdía.

—Mamá, no me esperes a comer —dijo Marina con los ojos enrojecidos.

¿Marina había estado llorando? Uff, eso sí que era un milagro divino, no es que no tuviese lágrimas, es que jamás antes la vi derramar ni una por ningún chico, y esto iba del tema.

La miré interrogativa. Ella dejó caer una mano en mi hombro con pesadez, cansada.

—Tranquila, que la despedida de la abuela sigue en pie. Nos vemos esta tarde en la “pisada de las uvas”

Asentí. Por primera vez, Marina me dio lástima. Creo que ninguna de nosotras pasaba por el momento ideal. Cuando cerró la puerta, oímos que arrancaba un coche, lo que no sabíamos era con quien se iba. Era lo de menos. Las mujeres de la familia sabíamos que ella tomaría la decisión correcta. Aparte de eso, el día transcurrió con normalidad. La casa de Jimena con gente que entraba y salía. El acontecimiento, o mejor dicho los acontecimientos no eran para menos. En dos semanas la abuela se casaba. ¡Por Dios aún no me hacía a la idea! Todo estaba pasando tan rápido. Era alucinante ver a tu abuela con los preparativos de su boda, y que sus nietas fueran sus damas de honor. Atípico, pero fascinante. Parecía una adolescente llena de energía, sus risas eran la música en la casa. Menos mal que mamá esta vez mostraba una alegría despreocupada. Aunque se mantenía serena y sensata, sus ojos tenían más luz, más chispa. El tema de la vendimia no la alejó ni un solo día de las obras. Se mantenía al mando, dirigiendo a los albañiles en los pequeños detalles que luego se convertirían en auténticas obras de arte para la comodidad de sus huéspedes. Sencillamente se sentía viva, y eso me encantaba.

—Candy ¿sabes si tu hermana vendrá esta tarde?

—¡Claro, mamá! —Jamás había faltado ese día. Ella pisando las uvas era todo un escándalo sexual, medio pueblo babeaba viéndola bailar dentro del lagar al son de la música. —No te preocupes más de la cuenta por ella. Sabe arreglárselas solita muy bien. —la abracé con cariño, intentando tranquilizarla, la verdad es que a mí todo esto me producía risa. Mi hermana era capaz de todo.

Salimos de casa vestidas para el momento, con faldas largas vaporosas y corpiños ceñidos. Jimena me miró con admiración. Mis pechos se alzaban bajo el corpiño con descaro, mis sandalias dejaban ver unas uñas cuidadas, pintadas

con un esmalte del color del vino. Mis caderas daban un movimiento sexy a la falda, al andar.

—Candy, hija estás preciosa. Hoy baila, baila dejándote llevar por la música, olvídate que hay público, siente las uvas bajo tus pies, saboréalas. Eres la reina de la fiesta.

—Abuela, gracias. Pero no exageres —dije mirándome frente al espejo La verdad es que yo también me veía arrasadora. ¿Esa era yo? Pues sí, esa era yo, y hoy no iba a dejar un grano de uva sin machacar.

Me coloqué un pañuelo rojo a modo de turbante en la cabeza, puse mis manos en mis caderas contorneándome de un lado a otro. Suspiré profundamente soltando el aire poco a poco. Estaba dispuesta a disfrutar del día.

—¡Venga, vamos! —grité radiante.

Cuando llegamos a la bodega, todo estaba a punto. Montaron mesas con refrescos y vino. No faltaron los pinchos de tortilla de patatas, de quesos de todos los orígenes, chorizos, jamón... era todo un banquete. Jimena sabía cuidar bien a su gente. Era muy querida en el pueblo. Todas las habladurías de antaño se esfumaron cuando conocieron a la verdadera Jimena tal cual era. Comenzó a sonar una música festiva, el ambiente se iba caldeando. Yo alzaba la cabeza buscando a Kenzo. ¿Sería capaz de no venir? A punto estuve de morderme la primera uña, cuando lo vi venir hacia mí, vestido con un pantalón vaquero por la rodilla, deshilachado y una camisa blanca anudada en la cintura dejando ver parte de sus marcados abdominales y el vello oscuro que terminaba en sus genitales. Tragué saliva, consciente de que percibió mi gesto. Le acompañaba una bonita sonrisa. Me saludó con un suave roce de labios. Sus ojos se pararon en mi escote. Un ligero rubor tiñó sus mejillas. Al ser tan moreno, era difícil traducirlo.

El acontecimiento lo abría siempre la pareja que Jimena elegía. Ese día eran ella y Andrés los protagonistas. Eligieron una canción de rock and roll, muy de ellos. Las chispas que emitían sus cuerpos, sus miradas y sus sonrisas, no pasaron desapercibidas y todos vitoreamos con aplausos y silbidos cuando terminaron. Ambos estaban llenos de vida. ¡Qué subidón por Dios!

Kenzo me cogió del brazo arrastrándome hacía el lugar. ¡Uvas nuevas, pareja nueva!, coreaban la gente. Nosotros pedimos música de reggaeton. El ritmo fue atropellado al principio por mi parte, pero me fui despojando de los miedos que me producían la gente que nos observaba divertida. Comencé a menear las caderas frotándolas con las suyas en un baile lento, subiendo y bajando, con sus ojos verdes penetrándome hasta las entrañas. El baile comenzaba en el centro y debíamos ir hasta los extremos para que todas las uvas fuesen chafadas, pero nosotros del centro no nos movimos. Las cinturas ondulando, su respiración

agitada, mis pechos desafiándolo. Kenzo levantando su mirada al cielo para no acabar arrojándome al lecho de uvas. Yo divertida, descarada, cogiéndome el pelo hacía arriba y soltándolo de golpe, sin dejar de insinuarme con todo mi cuerpo. La música cesó y el aullido de Kenzo se entremezcló con el intenso aplauso que recibimos.

—Toma, hija, necesitas una copa. —Jimena de nuevo al rescate. —¡Vaya niña, todo lo que llevas dentro!

Me bebí el vino en dos tragos, ni yo me creía mi actuación, lejos de sentirme abochornada estaba pletórica.

—Dile a mamá que volveré en un rato. —Hablé con seguridad, esa que tanto había añorado toda mi vida.

Conocía un lugar idóneo que no quedaba lejos.

En una llanura se disponían varios globos aerostáticos, era la sorpresa para la despedida de soltera de la abuela. No creo que importase que yo me subiera antes, aunque no me elevase por los aires. Nos metimos en uno de ellos, la tela del globo fofa aún nos refugiaba de cualquier inoportuno curioso. El sitio no era muy grande, circular, recubierto por dentro de esteras coloridas. Sus ojos ardían en deseo. Miedo me daba que el globo se calentase y comenzase a elevarse. Era tal el calentón, que cada uno se despojó de sus ropas con desenvoltura. Sus manos se adueñaron de mi cintura y su boca de mis pechos. Esta vez sus movimientos eran lentos, saboreaba mi cuerpo. Sus ojos destilaban deseo. Me moría por tenerlo dentro de mí. Lo necesitaba tanto. Quería tenerlo, aunque fuese solo por este día. Recordar cada gesto, cada sonrisa suya, su voz. Antes de besarme, hablamos con la mirada, una especie de tristeza mezclada con ilusión. Entró dentro de mí suavemente, moviéndose en círculos, retrasando el momento cumbre. Sin dejar de mirarnos, callando nuestros sentimientos, anhelando un futuro juntos. Llegamos juntos, despacio, al final del camino explotando en un orgasmo que duró más de lo normal. Vibramos y jadeamos a la vez. Fue único. Se quedó dentro de mí, el mundo se paró para nosotros. ¡Ojalá! Conscientes de que teníamos que volver.

—Espera... un poco más —susurró en mi oreja, mordisqueándome el lóbulo.

—Tienes un cuerpo digno de un Dios.

Su carcajada me incomodó. Me recliné sobre él apoyando el codo en el suelo del globo.

—¿No te gusta que te halaguen?

—No, no es eso... aquí la única diosa eres tú. Has trastornado mis planes. Ya no estoy seguro de nada. No sé qué debo hacer.

—Lo siento, no era mi intención crear dudas en ti. Sé lo mucho que te ha costado llegar a este país. Y sé lo mucho que quieres a tu fami... —Un intenso

beso selló mis labios. Entendí que no era el mejor momento para esta conversación.

Cogidos de la cintura nos acercamos a la bodega ¿Qué estaba pasando? Los gritos mezclados con la música se escuchaban a lo lejos.

—¡Vamos, Kenzo!

Corrí temiéndome lo peor... algo le había pasado a la abuela ¡Por Dios ahora no! Es tan feliz ¡No, no!

Llegué con la lengua fuera, desaliñada, aunque eso sabía que no era por la carrera. Busqué a la abuela, me hice paso entre el tumulto de gente que había formado un corrillo. Hasta se me salió una teta del ceñido corsé. Nada me importaba, tan solo llegar al centro y ayudar a Jimena. Mi querida abuela, eran demasiadas emociones para ella. Su corazón rebosante de alegría era añoso. Mi rostro estaba bañado en lágrimas. Di codazos, pisotones, pero llegué. Por fin pude ver para mi asombro como dos energúmenos rodaban por el suelo a puñetazo limpio. ¡Dios mío!, eran Pablo y Mateo, otra vez la había montado Marina seguro. ¡Joder con mi hermana! ¿no podía ser más normalita?

Kenzo junto con otros hombres los separó como buenamente pudieron. Acabó con la camisa desgarrada y dejando ver su torso atlético a los ojos de todo el mundo. Era lo único que me calmaba después de ver la escena que se montó a saber por qué.

Mamá y la abuela abrazaban a Marina. El ovillo tenía muchos nudos y a mi hermana esta vez la situación se le fue de las manos. Por lo visto la niña se subió al lagar con los dos, bailó con los dos, pero la idea de compartirla no fue bien acogida por ninguno, así que una cosa llevó a la otra y acabaron a puños fuera de la cuba.

—Lástima —decía divertido Andrés. —Si la pelea hubiese sido dentro ¡menudo mosto hubiese salido!

La abuela le dio un codazo, pero la situación le producía la misma diversión. Se mordía los labios conteniéndose la risa.

—¿Cómo se te ocurre, por Dios Marina? Esta vez la has liado bien liada. ¡Mamá! ¿no dices nada? ¡Dile algo! —me exasperaba la manera nula de reaccionar de mi madre. ¡Con lo bien que iban las obras!, me daba igual que se hubiese liado con Mateo con ese fin, desde luego que estaba fuera tal acción de mis valores. ¿No podía haber fingido unos días más hasta que casáramos a la abuela? Total, ella se iría a Madrid con su Pablo y asunto arreglado.

—Hija, que poquito conoces a tu hermana... y a tu abuela.

La fiesta terminó antes de lo previsto por la imprevista pelea entre los gallos. De vuelta a casa el ritmo caprichoso de los acontecimientos se fue aplacando. Tenía que hablar con mi hermana. Y esta vez en serio. Me acerqué a ella con

semblante de firmeza. Me planté delante. Mi presencia rotunda no le imponía nada de nada.

La muy cabrona tenía una hoja de papel y un carboncillo en sus manos, como si la cosa no fuese con ella. ¡Dios, qué hermana me había tocado! Le arranqué la hoja de papel, rompiendo un extremo. Mira tú por donde era mi retrato encolerizada, con una teta fuera. ¡Hasta tuvo tiempo de ver mi carrera hasta el corrillo mientras se daban de hostias! La tía valía, eso no lo niego. Su exceso de humor me descentraba. Respiré tantas veces como hicieron falta para calmarme y hablarle como la hermana mayor que era.

—¿Marina, tú quieres a Pablo?

—Sí —respondió con contundencia.

—¿Marina, tú quieres a Mateo? —Parecía más una boda en el momento decisivo que una charla entre hermanas.

—Sí —respondió rotunda.

—Pero... pero eso no puede ser.

—Pues ya ves... lo es... y no pienso decidirme por ninguno, los quiero a los dos —dijo risueña y feliz.

—Mamá, quieres que abramos una botella de vino —soné derrotada.

Mi madre ni contestó, se fue directa a la alacena y saco un Rioja de los que llevan tiempo sin abrirse. Sopló el polvo de la botella y la descorchó. Creo que Galilea conocía bien aquello de amar a dos hombres a la vez, sin prejuicios, su crianza la debió vivir así con la abuela. Se resignaba ante el comportamiento de Marina, esa lucha la llevó a discutir más de una vez con su madre. Jimena era de amar fácil, como ella misma contaba.

## CAPÍTULO 10

El día comenzó con alegría, desayunando las cuatro juntas. La abuela se casaba en seis días. Y hoy era su despedida de soltera. ¡Solo chicas!, ese fue el acuerdo. Ni rastro de la pelea de gallos entre Mateo y Pablo. Ni mu.

Jimena estaba graciosa, nos contaba anécdotas. Decía que había tenido la vida que soñaba de niña. Que lo veía un imposible viviendo en un remoto pueblo de La Rioja, pero que lo consiguió. Era feliz. Una persona vacía de rencores, de odios, de envidias. Ella se desplumaba de todo aquello. Amar era su lema. Se merecía la mejor boda y una despedida de soltera como Dios manda... inolvidable.

Cada vez que nos veía cuchicheando a las tres. Intentaba poner la oreja, pero a ella le encantaban las sorpresas. Lo único que nos aconsejaba es que no malgastáramos dinero. Ella con una buena comida entre amigas... la mayoría ya viudas, dada la edad, tenía suficiente para despedirse de su eterna soltería.

—Abuela ¿llevaras algo azul, algo prestado, algo nuevo y algo viejo en tu boda? —preguntó Marina con emoción.

—Lo que sí sé, niña, es que algo viejo llevaré. —soltando una carcajada — ¡Yo misma, por Dios!

Y estallábamos a coro en risas las tres. Era única esta mujer.

Nos arreglamos para comer en un restaurante del pueblo que en nada tenía que envidiar a la cocina de cualquiera que tuviese estrellas Michelin. La abuela decía que este no las tenía porque estaba escondido a buen recaudo y no estaba dispuesta a pagar de más y hacer colas por la condecoración de las estrellas y punto. La verdad es que estaba en un lugar privilegiado, sin ruidos, rodeado de montañas verduscas en primavera y blancas en invierno. Todo era calma. Nosotras le daríamos vidilla, decía Jimena como una chiquilla rodeada de sus mejores amigas y de nosotras ¡claro!

La comida transcurrió con risas, a Marina y a mí nos costaba comer y eso que ambas éramos de buen apetito. Podía imaginarme a mi abuela bañándose en la fuente de la plaza con bragas y sujetador en verano... las caras incrédulas de los paisanos y el horror de mis bisabuelos. Ella sencillamente era así desde su cuna. Esa y muchas más anécdotas dieron la alegría a la comida. Me dolía la barriga de tanto reírme. Mamá al principio se ruborizaba, pero acabó como todas las demás, riéndose a carcajada limpia y abrazando a su madre. Me gustaba el ambiente. Eran mujeres octogenarias, con una mente alocada de dieciséis años.

De repente las luces se apagaron, sonó una música erótica de fondo, de esas

que te agitan el pecho y te desinhiben en cuestión de segundos. Se encendieron dos focos de luz ambarina y por Dios, allí doblados sobre sí mismos y agachando la cabeza entre sus rodillas quedaban expuestos dos cuerpos fornidos y musculosos a cuál más varonil.

Busqué la mirada de Marina que estaba tan descolocada como yo. ¿Quién había contratado a los stripper? esos cuerpos encerados de hombros fuertes y de piel oscura me recordaban a alguien, pero entre los codazos de mi abuela y que las cinco jubiladas de espíritu joven se lanzaron hacia ellos rodeándolos y moviendo sus diademas decoradas con penes que se agitaban al compás de la música, me animé moviendo el esqueleto y arrastrando a mi madre que tenía los pies pegados al suelo y la boca desencajada. ¡Joder con las abuelas!, no me dejaban asomar el hocico, habían formado una muralla infranqueable y ni con pellizcos en el culo las movía de allí. Se me ocurrió gritar la típica frase.

—¡Fuego, fuego! ¡Dejen paso!

Algunas tuvieron a bien girarse, sin moverse del sitio que ocupaban y dirigirme una sonrisa lasciva.

—¡Niña, el fuego está aquí y yo quiero quemarme todita entera!

Por segundos me iba encabronando, yo también quería estar en primera fila y no perderme el espectáculo. Y si tenía que dejar a alguna reumática convaleciente por un mes, no me importaba. Atropellé a más de una empujando con los codos, las caderas y hasta con las tetas, sin perder en ningún momento la sonrisa irónica. Y cuando vi lo que vi, quise no estar en primera fila.

Aquellos cuerpos semidesnudos, tapados tan solo por un pequeño slip que mostraba la abultaba masculinidad sin estar en erección ¡menos mal!, bailando con un vaivén de caderas, que sacaba más de un grito a las invitadas, me dejó helada. Esa exhibición con un montón de billetes colocados de cualquier manera entre el trapito que tapaba sus sexos me abrumaba. Jimena se encontraba en medio de los dos, desinhibida, la diadema descolocada, uno de los penes verde fluorescente casi en su boca, blando y alicaído por sus movimientos de cabeza. Ella lo apartaba cuando amenazaba entrar en su boca para retumbar el movimiento y otra vez colocarse en su boca. Mamá movía las caderas y hasta hizo un amago por tocar con la mano uno de los exuberantes cuerpos. Yo estaba paralizada, aún no me podía creer que Kenzo y Pablo accediesen al espectáculo sexual. Porque se había convertido en eso, por muchos años que tuviese el público al cual estaba destinado... no dejaban de ser mujeres. Con pañales alguna para la incontinencia... pero al fin y al cabo mujeres que en su día vivieron el deseo, la excitación de sus cuerpos. Visto de esa manera me reconcilié con el momento, me deshice de los peros y me alié con la fiesta.

Rocé el cuerpo de Kenzo, se giró divertido contoneando sus caderas con un

movimiento seductor, bajé hasta su slip y mordisqueé la tela como un tigre a su presa justo antes de hincarle el diente de verdad. Advertí como su miembro amenazaba con crecer y por pudor me retire a tiempo antes de que las señoras entradas en edad se escandalizaran, aunque no sé yo... creo que a pesar de la etapa en el mundo que les tocó vivir, estaban de vuelta de todo. El barullo alrededor de los falsos stripper era ensordecedor. Algunas se levantaron las faldas mostrando sus muslos que por el paso del tiempo asemejaban a la textura de la gelatina. Los gritos de las más recatadas, el no quiero mirar, pero vaya si miro y hasta toco. Fue un escándalo divertido, de locura. Nadie llevaba a esas horas las diademas colocadas en su sitio, unas agarraban los penes con las dos manos retorciéndolos como si fueran un trapo, otras lo alzaban al aire como si tuviesen el lazo de los vaqueros a punto de lanzarlo. Todo eran penes, lucecitas de colores, y muchas, muchas risas.

A Marina y a mí nos costó un gran esfuerzo sacar a la pandilla octogenaria de allí, de buena gana se hubiesen quedado el resto de la tarde, pero había que continuar con el plan, esta vez previsto por nosotras. Vimos como Pablo (cualquiera lo hubiese dicho) y Kenzo (de éste tampoco lo esperaba, pero como que tenía un aire más salvaje), se despedían dando besos a diestro y siniestro a su público. Mucho tenían que contarnos esos dos. Mi hermana no parecía tan sorprendida. ¡Qué capacidad de adaptarse tenía la niña! Yo sí que necesitaba alguna explicación... pero más adelante, no era cuestión de quitarles el dulce ahora a su embelesado público.

Nos subimos a los coches y más de una se iba quejando de que el espectáculo de los chicos no había acabado. No sabían dónde nos dirigíamos, era una sorpresa. La despedida de soltera de la abuela estaba siendo un éxito vaya que sí. A pocos kilómetros nos esperaban dos globos aerostáticos. Eran enormes una vez hinchados. Me temblaban las piernas, no sé yo si iba a poder subirme y disfrutar el viaje.

—¡Ohhh, pero qué maravilla! —dijo una mujer de las de más edad—, esto lo tacho ya de mi lista, en un día dos tachadas, más que en veinticinco años.

El coro de risas animó el momento y relajó los nervios de algunas. Quizás yo también podría tacharlo de mi lista, si es que me atrevía a subir.

—Mamá ¿Tú crees que esto es seguro?

—No lo sé Candy, pero creo que en la vida nada es seguro. Por lo menos con esto tenemos la diversión asegurada mientras dure... —Ella tampoco las tenía todas consigo, sin embargo, Marina ya ocupaba uno de los cestos junto al guía que esperaba con tranquilidad que fuésemos subiendo una a una para poder despegar. —Venga, cariño, esto hay que disfrutarlo. —Y con una sonrisa chispeante tiró de mí hasta dejarme colocada dentro.

Me agarré a los bordes de la barquilla, yo la veía muy pequeña, las piernas me temblaban, y eso que aún no habíamos despegado. Me entró la risa del miedo, esa risa estúpida que no sabes si lloras o ríes. El corazón lo tenía desbocado.

—Que yo me bajo, dejadme. ¡Que me bajo, joder!

Jimena pasó su brazo sobre mis hombros agarrotados. Acercó sus labios a mi oreja y me cantó una de aquellas canciones de cuna que debía tener en el baúl de mi subconsciente. Lo cierto es que me relajé un poquito. Mis manos seguían aferradas al borde del cesto, pero los músculos de mis brazos estaban flexibles.

—Abre los ojos, Candy, es espectacular. Maravilloso. Quisiera que esta imagen se grabara tanto en mí, que fuese la penúltima antes de cerrarlos para siempre.

—¡Abuela nooo, tú no te vas a morir! —sollocé al decir estas palabras. No era ninguna ingenua y conocía bien el ciclo de la vida, pero dicho de su boca me producía un desasosiego incontrolable.

Abrí los ojos por primera vez desde que nos montamos al dichoso o bendito globo, según como se mirase. La luz que desprendía la mirada de Jimena era aterradora. Tan llena de ilusión. Sus ojos ardían de vida. La quería tanto que dolía.

Por fin pude inhalar el aire a dos mil metros de altitud que estábamos. El paisaje que se dibujaba era impresionante. Campos y más campos geoméricamente diseñados salpicados de los colores de la tierra. El azul intenso del cielo sobre nuestras cabezas. Los pequeños pueblos como blancos puntitos interrumpiendo el verdor de las viñas. Era escalofriante la sensación que percibía desde allí. La tensión de mis músculos desapareció y comencé a relajarme, disfrutando de las vistas que a medida que íbamos cogiendo altura eran más espectaculares. La línea del horizonte se percibía como una neblina difícil de definir... un mundo infinito. Me recorrió un escalofrío desde la punta de los dedos de los pies hasta la raíz del cabello. Recordé el momento de pasión, de entrega infinita a Kenzo hacía tan solo unos días en aquel globo sin inflar aún. Noté que me azoraba y no estaba precisamente sola.

—¡Joder, Marina! ¿Pero qué estás haciendo? —Mi hermana sonreía irónica moviendo velozmente su mano sobre un bloc de dibujo.

—¡Niñas, por Dios, peleas aquí no! —gritó mamá colocándose las manos en la cabeza.

—¡Marina, te juró que cuando este cacharro vuelva a tierra, se te acabó lucir tu melena!

Marina no dejó el carboncillo y continuó con su tarea. Mira que era cansina. Le había dado por captar mis expresiones más ridículas en su bloc de caricaturas

y no hubo forma de que se rindiera. Ni las peores amenazas la hacían desistir. Volví a ruborizarme pensando si sería capaz de haberme pillado en alguna situación un tanto comprometida con Kenzo y... plasmarla al carboncillo. La quería mucho, pero la rabia que crecía en mí solo de imaginármelo me envalentonó dando un paso y luego otro hasta llegar a ella.

—¡Qué me lo des!

Levantó la mirada, sonrió sarcásticamente como el mismísimo diablo y plantó la dichosa caricatura frente a mis ojos.

Quise mantener el talante, no decaer en mi decisión rotunda. Fue imposible. La risa me abordó despacio hasta que las carcajadas tambalearon la barquilla y el guía que mantenía el globo contra el viento nos prestó su atención dejando por un momento sus quehaceres para unirse a nuestro jolgorio. El dibujo de Marina era para enmarcar, desde luego captó mi rictus de terror ironizándolo. Era una artista, vaya que sí.

Mamá y la abuela suspiraron profundamente, dejando de agarrarse a los bordes. Abrazadas la una con la otra nos movimos con cautela hasta llegar a ellas y por fin nos hicimos el selfie de rigor para no olvidar nunca aquel día lleno de sorpresas. Todavía tenía una conversación pendiente con Kenzo ¿cómo se había podido dejar engatusar por las locas amigas de Jimena? Claro que él podía tomar solito sus decisiones. Lo cierto es que estaba sexy, exageradamente sexy delante de aquella pandilla de mujeres que por segundos iban rejuveneciendo y mostrando una alegría inusitada para la edad que tenían. Y ahora las veíamos en el globo de al lado como si fuesen una piña, todas agarradas, no sé si por el pánico de las alturas o por la emoción del viajecito. ¡Menuda despedida de soltera!

## CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente, nos fuimos levantando con la resaca en nuestros ánimos. Mamá era la mejor parada. Ella siempre tan cuidadora de todas nosotras. Controlando siempre que nos juntábamos las cuatro las copas que tomaba, ya sabía ella que en este orden el control era imposible... empezando por la abuela y terminando por mí. Marina y Jimena empataban a veces.

—¡Buenos días! —dijo Jimena con ese ímpetu que la caracterizaba tanto.

—¡Hola, abuela! —sonreí al verla tan dinámica de buena mañana.

—Hoy podíais acompañarme a la bodega y ver qué tal va el vertido en los toneles.

Ni mi hermana ni mamá levantaron la mirada de la tostada que untaban con mermelada. Daba la sensación que preferían escabullirse de ir a la bodega. Yo me moría de ganas por ir, pero prefería disimular. Todavía nadie sabía de mi relación con Kenzo, bueno llamarlo “relación” era mucho soñar por mi parte. La verdad es que cuando lo sentía cerca o cuando no sabía nada de él, se me encogía el estómago, los latidos del corazón se me aceleraban, no conciliaba el sueño, se me quitaba el apetito (bueno, digamos que me apetecían menos las verduras y me hinchaba a helados de chocolate) pero, lo cierto es que la rutina que tanto amaba desaparecía para entrar de lleno en el sube y baja de una montaña rusa. No acertaba muy bien a saber lo que sentía, a poner nombre a ese torbellino de emociones que sus verdes ojos encendían en mí.

—Bueno, si quieres voy contigo —susurré, como quien no quiere la cosa. Sin dejar de untar la tostada que sostenía mi mano. Marina me dio un codazo con esa mirada gatuna tan de ella. —¡Joder, Marina!

—Venga, Candy, hazlo por la abuela. Bueno, también puedo ir yo —dijo entonando la frase con un deje melódico. Me giré hacia ella clavándole una mirada asesina. Y encima le provoqué una sonora carcajada. Estos eran los momentos en que mi madre ponía cara de póker y se encogía de hombros sin entender nada de nada. Jimena sin embargo achinaba los ojos viendo más allá. —Bueno, tranquila, iré mañana, hoy es todo tuyo... el campo —Continuó con su diabólica sorna.

A media mañana llegamos a los viñedos. Jimena no dejó de canturrear en todo el trayecto. Transpiraba felicidad. Su entusiasmo se me fue contagiando kilómetro a kilómetro. Llegué con una sonrisa de esas que no sabes ni porqué, pero sentía la relajación en mi rostro. Esa sensación de estar despreocupada, apreciando el nuevo día, percibiendo el aire, la luz del sol, cogida del brazo de

mi abuela y avanzando sin prisas hacía la bodega. Sintiéndome la dueña de mi mundo. Quizás menos perdida. Tal vez hubiese hallado un pequeño camino en mi vida, con algunos baches, pero de esos que sabes que puedes tambalearte, pero no caerte. Empezaba a notar la aceleración de los latidos de mi corazón, lejos de ponerle freno, dejé que fuese a su ritmo. Y su ritmo era ese, ahora.

Ese día llevaba los vaqueros que sabía que realzaban mis caderas. Por fin la batalla ganada a mis kilos sobrantes me permitía lucir un jersey rojo que dejaba mi ombligo al descubierto. Yo no era nada de andar con movimientos sexis, eso era más de Marina. En más de una ocasión la vi caminar delante de algún chico que le interesaba, aunque fue solo para una noche, moviendo sus caderas ligeramente al andar y provocar ipso facto un babeo simultáneo. Algo pasó por mis neuronas, y allí estaba yo, con ese ligero contoneo de caderas. Sabía o creía que Kenzo no andaría lejos. El caso es que imité un poquito a mi hermana. No le busqué con la mirada. Me costaba controlarme y seguir andando todavía cogida del brazo de Jimena. A ver si después de tanto paripé ese día no había ido a trabajar. El corazón se me iba a salir del pecho, si eso le pasaba a mi abuela cuando veía a Andrés, la verdad es que con su edad no sé cómo podía soportarlo. Igual me daba un síncope. ¡Joder, tenía que llevarlo mejor! Qué poco había durado el control de mis emociones. Para ser exactos quinientos metros, ni uno más ni uno menos.

—¿Cándida, estas bien?

—Claro ¿Por qué lo preguntas?

—No... por nada. Es que estas sudando. Anda vamos a tomar un poco de agua dentro. La bodega está fresca y te irá bien. Debe ser el calor que ya amenaza con fuerza. —dijo mirándome de reojo entre preocupada y graciosa.

La bodega tenía vida propia. Cuando entrabas el silencio te acariciaba los oídos. Los toneles te acompañaban durante todo su trayecto y la semioscuridad te encendía el sentido del olfato. El característico olor del vino, me devolvió la sonrisa, otra vez ese sube y baja de sensaciones contradictorias. Bueno, allí estaba con Kenzo o sin él, íbamos a trabajar. Ya pensaría en mí en otro momento... y en él.

—Abuela, si quieres voy tomando nota de la cantidad de vino que quieres destinar a ser “crianza” y cual para “reserva”.

—¡Vaya, veo que estás puesta en el tema!

Era su voz, pero ¿dónde estaba? Me giré sobre mi misma, dando una vuelta de trescientos sesenta grados. No lo vi. Intenté ignorarle.

—Abuela, acuérdate que dijimos que el mosto también tenía mucha salida, sobre todo en el extranjero. —El esfuerzo por parecer normal ante la socarrona mirada de Jimena me hizo temblar. Esta mujer parecía saberlo todo... o casi todo

¡Por Dios!, ¿tanto se me notaba? Ahora no era el momento de achicarme. Yo ahí como si fuese una gran empresaria o por lo menos una gran aprendiz. Sí, mejor esto último. No iba a engañar a nadie, mi mundo era otro, el vino era un arte, pero a mí me inquietaban otros temas más. Ya no quería fingir. Me envalentonaba en mis días por segundos y eso era como un gusanillo que te cosquilleaba las entrañas. Él abrió mis sueños, él consiguió sacármelos a la realidad y que dejasen de ser eso... solo sueños. Quería escribir, conocía la literatura, era licenciada en Filología Hispánica, ya no daba clases. Debía centrarme en ese pensamiento, que sin ser real aún, me hacía feliz con solo pensarlo. Sin embargo, ahora estaba en esa especie de misteriosa cueva, con esa exquisita humedad y en penumbras, recorriendo los pasillos que formaban la disposición de los gigantescos toneles. Tocando la madera de cada uno de ellos como si se tratasen de alumnos míos que tuviesen que superar con sobresaliente el contenido que albergaba dentro de ellos. La comparación era casi idéntica a lo que me comprometía sacar de mis adolescentes rebeldes. Debía alejar esa idea de mi cabeza. El solo hecho de cómo se produjo mi despido me alteraba y saltaba a la vista. ¡Venga, empecemos de nuevo! Ignoré la voz de ultratumba, continué tomando nota en el pequeño blog (ya veremos si luego era capaz de descifrar lo que escribía) e intenté moverme sin tropezarme.

—Candy, continua tú. He de mirar estas barricas que están señaladas. Me han dejado una nota. Tendré que ver si es mejor reparar la madera o sustituirla por otras. —Suspiró —Es una pena... después de tantos años desprenderme de ellas. En fin, a ver que podemos hacer.

Continué sola, comprobando los grifos cerrados de los toneles. Palpando la madera, apreciando si las tablas sobresalían y si había alguna grieta. Cogí una de las escaleras que siempre teníamos a mano. Si había subido en globo esto ya no era nada para mí. ¡Chupao! un escalón, otro escalón y llegaría a la parte de arriba, luego ya vería como bajar. Aquello era peligroso, yo no era muy de mantener el equilibrio, ya no había vuelta atrás. Encaramé el torso apoyando las manos sobre el tonel. ¡Joder parecía fácil!, pero no estaba yo muy en forma. Mejor que nadie me estuviese viendo. Mi trasero no seguía a mi impulso por subir. Se quedaba rezagado. Unas fuertes manos me atenazaron por las axilas y ¡zas!, mi culo se elevó.

—¡Hola, Candy!

—¡Vaya, no te hacía por las alturas!, pero gracias. No practico mucho esto de subir —contesté ruborizándome. Menos mal que la luz era escasa—. Perdona por el atrevimiento de ayer, iba un poco colocada.

—Ah, tranquila. No creo que las demás lo recuerden.

—¿Cómo se te ocurrió?

Percibí que le costaba responderme. Quería pensar que no se ofrecieron ellos. A ver si iba a ser una de sus aficiones. ¡Venga, contesta ya!

—La verdad es que fueron las amigas de tu abuela que estaban locas buscando hasta por internet. Pablo y yo andábamos de cervezas. Y de paso le hice un poco de paño de lágrimas, como decís por aquí —hizo una pausa—. El pobre Pablo anda un poco desorientado. —Creí ver como se rascaba la nuca, ¡pena que hubiese poca luz! Podía oler su piel, estábamos sentados muy juntos, de no ser así alguno se hubiese caído. Pero a mí lo que me importaba era su descabellado ofrecimiento. Ese dejarse tocar, aunque fuese por octogenarias. Un poco celosa sí que estaba.

—Ya, bueno, de Pablo ya hablamos luego.

—Verás, es... ¿cómo te diría yo? Era una de esas cosas de “mi lista”, ya sabes... necesitaba tacharla.

Me estaba tomando el pelo seguro. No me podía creer que “hacer de stripper”, fuese uno de sus sueños. Continuó.

—Esa sensación de que todas te miren y deseen tocarte, pellizcarte, ummm.... —Antes de que terminara le di un codazo que poco le faltó para aterrizar en el suelo. ¡Será capullo! Y yo creyendo que era diferente.

Rompió en carcajadas, a la vez que buscaba mi cuello, y yo le rechazaba. Aunque fuesen mujeres mayores bien que le sobaron ¡joder!

—¿No estarás celosa?

—¿Yo?, para nada. Por mí como si te haces una in vitro con alguna de ellas. Más que un hijo tendrás un nieto. Pero tú verás —dije sin ápice de bromear. Hice amago de levantarme ¿y adónde iba a ir?, mejor me volvía a sentar, creo que irremediablemente necesitaría su ayuda para bajar de allí.

—Fue una tontería de nada. A Pablo le entusiasmó la idea. Quería impresionar a Marina.

—Pues mira tú que esta vez creo que lo ha conseguido.

La imagen del baile patoso de Pablo, los calzoncillos verdes con muñequitos de los Simpson (nada sexis, por cierto) me arrancaron una brutal carcajada. Creo que estábamos viendo la misma imagen. No podía contener las lágrimas, tuvimos que hacer un esfuerzo para no atraer a todo el mundo por el escándalo. Suspiré y suspiró.

No sé si era el sitio y el momento. ¡Ojalá yo fuese tan directa como mi hermana! Quizás para Kenzo significaba una chica a la que conoce en otro país, que se sabe que está cómodo con ella. Yo empezaba a sentir ansiedad. Mi comportamiento con él no era el habitual. Yo no me acostaba a la primera de cambio con un chico. Yo era más de conocerlo, quedar a cenar, conocer a sus amigos, si era preciso hasta a sus padres. Desde luego tenía muchas más charlas,

tal vez insulsas y menos profundas que con Kenzo. Bueno, había sucedido así y no me arrepentía... solo que tenía una espinita que no me dejaba respirar, ni dormir, ni comer (y esto último sí que era difícil) era consciente que me estaba haciendo adicta a su persona. Solo de pensar en desintoxicarme de él, me dolía. No me atrevía a imaginar la bodega sin él. Este año además de la cosecha, todo el proceso fue tan diferente, tan ocurrente por su parte. Todo el mundo disfrutaba del trabajo. Sus innovaciones trajeron alegría al valle. Y a mí especialmente. Sobre todo, a mí.

No volvimos a hablar del tema desde aquel día que paseamos por las viñas, yo conocía sus motivos de estar allí, en La Rioja. Aplicó sus conocimientos y aprendió de nuestro sistema. Y bueno, me conoció a mí. Quería creer que era importante para él. Nunca me prometió nada. Siempre fue sincero. Desde el principio me confesó sus sueños, sus anhelos. Un día me contó que Jimena hablaba tanto de mí que cuando me tuvo delante, conocía ya parte de mí. La brujilla de mi abuela, le puso en antecedentes, seguro que con alguna intención.

Con cautela, como rozando el tema, se atrevió a romper el silencio en que sin darnos cuenta estábamos sumidos. Supongo que cada uno en sus propios pensamientos.

—Ya casi he acabado el trabajo aquí. —dijo con un hilo de voz. Ese “aquí” me produjo un ligero temblor que recorrió todo mi cuerpo desde la punta de los pies. ¿significaba que ya no estaría “aquí” estaría “allí” en su querido país?

—¿Te irás, Kenzo? —La pregunta sonó rota, desgarradora, intensa.

El silencio volvió de nuevo. Esta vez fue un mutismo que nos distanciaba. Dudaba, ya no hablaba con el entusiasmo que le caracterizaba. Mantenía la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre sus rodillas. Sus gruesos labios se desdibujaron en una fina línea. Podía escuchar su respiración agitada. Cogió mi mano llevándosela a su boca, rodeó mis nudillos besándolos suavemente. Solo con ese gesto sentía el calor en mi centro femenino. No iba a tener sexo con él, no estaba tan desesperada. Necesitaba saber su respuesta. No podía hacerme esto, desaparecer y ya está. Yo entendía sus motivos, pero una mierda, ahora no podía alejarse de mí, así sin más. Ahora sentía una atracción adictiva por él. Ahora no tenía trabajo y me iba a quedar allí por un tiempo ayudando a mamá en el Hotel. ¿Es que siempre me iban a salir las cosas así de bien?

Me levanté a tientas, no era fácil bajar del tonel por muy grande que fuese la base en la que estábamos sentados, era curva y mi cabeza me daba vueltas. Apoyé mi mano en su hombro y pisé fuerte lo que creía la base del tonel porque oyendo el grito de dolor que soltó había chafado sus partes íntimas, para una cosa que hago sin pensar y me sale redonda. ¡Toma, eso por no contestar!, no lo dije, pero lo pensé. Tan solo me salió un “lo siento” muy falso. Bajé sin su

ayuda, entre otras cosas porque lo dejé sujetándose los genitales con ambas manos y aullando de dolor. En otras circunstancias la Cándida de antes hasta le hubiese puesto frío. La de ahora se bajó desenvuelta, buscando a tientas la escalera, al margen del dolor de huevos que le provoqué con el tacón de mis botas de ranchera, que juro que no fue intencionado. En parte se lo merecía. No fue capaz de contestar a mi pregunta. Supuso mucho para mí hacerla, tuve que superar la prueba de la verdad, de lo que yo había sido para él. Del poco sueño que le había robado, ni el hambre ni nada. A partir de hoy dormiría, comería y mi corazón latiría al borde de la bradicardia. ¡Se acabaron las dietas!, bueno esperaría hasta la semana que viene que Jimena se casara y empezaría a engullir chocolates. Sí chocolates en plural, del blanco, del puro, del que tiene almendras enteras. Mejor dejo de describirlos, el vestido de la boda ya está comprado y solo me falta que la modista tenga que añadirme un trozo de tela a cada lado de las caderas.

A lo lejos oía como Kenzo pronunciaba mi nombre. ¡Joder, a ver si le había dejado estéril!, pues que se joda, así recordará este día para siempre. Podrá contar lo mucho que aprendió en España de la empresa vinícola y cuánto le quiso una chica que lo dejó casi eunuco...

Jimena, que no perdía tajada me pilló al vuelo, nunca mejor dicho porque yo no andaba, yo volaba, llena de rabia, de desamor y de tantos sentimientos heridos. Tan solo me abrazó, uno de esos abrazos que frenan todo lo que sentía y me devolvían la calma. Respiré hondo para evitar que las lágrimas se desparramaran de mis ojos.

—Llora, llora... —me decía susurrándome al oído, mientras me mantenía abrazada a ella. —No digas nada, pequeña, deja que todo lo que llevas dentro salga. No es bueno el torbellino de sentimientos, se lían ellos mismos. Todo aflorará a su debido tiempo, todo encajará.

Asentí con la cabeza, mis ojos miraban a lo lejos vacíos de esperanza. Ya nada me importaba. Entregaba mi corazón de nuevo a la persona equivocada. Él se iba. No necesitaba la respuesta. Sin pronunciarla, dejó muy clara sus prioridades. Era tan diferente a todos los hombres que había conocido que me daba vértigo. Pero un vértigo guay de esos que no vomitas, tan solo te adormece y te hace sentir, volar. ¡Ojalá hubiese podido subir en globo con él! Ojalá tantas cosas. Todo quedaba por hacer. Siempre que iba sola conduciendo me imaginaba situaciones de ensueño con él, como ir a la playa, dormir juntos una noche (quizás en el hotel de mamá), o bien salir de marcha. Nunca, nunca ya sucederían. Mis sueños se truncaban una vez más. Jimena, muy sabia ella, me dejó espacio, volví sola a casa, sumergida en una tristeza gris. A pocos días de la boda de mi abuela no podía mostrarme así. Tenía que superar mi adicción y no al

chocolate precisamente. Uff, su piel canela también me recordaba al chocolate, pensase lo que pensase el final de mi laberinto era Kenzo. Tendría que resignarme y entregarme al acontecimiento más grande de mi familia en los próximos días. Mi abuela se merecía lo mejor. No sé como lo haría, pero desde luego iba a disfrutar como nunca de esa boda. Primer paso reunirme con mi hermana y mi madre. Segundo paso... ya se vería.

—¡Hola, chicas! —saludé con un entusiasmo exagerado. Los albañiles que trabajaban en la obra me saludaron risueños. La verdad es que el proyecto iba muy adelantado, en un par de semanas estaría acabado, y el mobiliario ya estaba de sobra mirado y encargado. Todo no iba a ser malo, la idea me alegraba tanto por mamá. Por fin su sueño hecho realidad.

—Hola, hermanita, que pronto vienes ¿no? —Marina siempre tan discreta.

—Sí, os echaba de menos y allí ya no hay mucho que hacer.

Mamá alzó una ceja incrédula, pero por lo menos fue discreta.

—¿Y Pablo, por dónde anda?

—Pues por dónde no lo sé, pero que está andando eso seguro. —rio malévolamente. —¿Y tú morenito?

—Mamá está quedando precioso, vas a conseguir un hotel con encanto, de esos que salen en las revistas de decoración —Arte que tuve para salirme por la tajante y no contestar a Marina. “¡Niñata!”

—Sí cariño, la verdad es que me cuesta creerlo, pero ya ves... al final algunos sueños se hacen realidad. —suspiró con anhelo... de algo más... aquello que la vida un día le robó. Ese amor que tan solo duró unos años, aun así, la vi contenta, ilusionada. Mi querida mamá, el soporte sensato de la familia. Me prometí dejar a un lado mis sentimientos y acorazarme con ellas, las mujeres de mi familia. Ya lloraría más tarde. Tenía que intentarlo por lo menos.

—Menudo año, este si ha sido una cosecha llena de sorpresas ¿eh, Cándida? —insistió la malévola Marina, mira que era tenaz, hasta que no conseguía lo que quería no pararía. Mejor darle un sopapo o una buena respuesta.

—Sí, ha sido la cosecha más divertida de todas las que hemos vivido. Ah y tranquila Marina, he disfrutado como ni te imaginas, aunque el final no sea como en los cuentos.

—Perdo... lo siento Candy... no estaba segura —balbuceó como pocas veces había visto. ¡Vaya, que sorpresa, mi hermana era sensible y empática por primera vez!

—Niñas, venga, una tregua... hoy encargamos la comida y no cocinamos. Y os pido una tarde sin sobresaltos, la boda de la abuela está a la vuelta de la esquina. Creo que debemos estar a la altura de “su gran día” ¿no os parece?

Asentimos como si retrocediésemos en el tiempo y no hubiésemos alcanzado

la mayoría de edad. ¡Qué capacidad de aplacar nuestras riñas!, bueno, también era cierto que tenía la ventaja de conocernos desde nuestra primera respiración.

Después de ingerir todos los carbohidratos prohibidos y jurarme no volver a probarlos hasta que pasase el día de la boda, dormí la siesta dejando la baba en la almohada, literalmente. Me levanté casi como nueva, otra tarde, otro día, otra vida... me repetía. Estaba en proceso de cambio, ni yo misma conocía estos arrebatos en mí. Sería capaz de no mutar en tortuga y esconderme en mi caparazón. Esta vez sí. La tarde se avecinaba con cita a la modista para las cuatro mujeres. La más despreocupada y tranquila... la abuela. Así era ella. La más preocupada, como no, Marina. Las del medio, mamá y yo, ni fu ni fa, nos conformábamos con ir vestidas más elegantes de lo que ambas acostumbrábamos y estar cómodas con el atuendo. Así éramos de distintas y transparentes.

La modista para trabajar en un pueblecito tenía un exquisito gusto por las telas. Más tarde me enteré de que alguna famosa se vestía allí, buscando el anonimato y desafiando a las marcas conocidas, dejando a las blogueras y al resto de sus seguidores con la boca abierta y el misterio de sus trajes sin resolver. No me extrañaba, el lugar era perfecto para tener un atuendo único. Las manos que cosían los vestidos trabajaron en sus años jóvenes con los mejores diseñadores de la moda, sin dar nombres, pero París, Roma, Nueva York, eran ciudades dónde aquella menuda mujer de rostro angelical a pesar de la edad pasó parte de sus años sumergida en el mundo de la moda. Otra mujer que decidió (a saber, por qué, retirarse a un pequeño pueblo y coser para acontecimientos como decía ella “peculiares”), algo me decía que la abuela conocía su historia.

Para no variar, Marina puso pegas a casi todo, que si más corto de aquí, o más estrecho de allá. Yo no entendía nada, el vestido le sentaba como una segunda piel. Hasta la modista tuvo que contener su emoción cuando la vio vestida. Parecía más la novia que la dama de honor. Ella era así y punto. Sin embargo, a mí vestido tuvo que sacarle unos centímetros de los lados de las caderas porque la tela amenazaba a gritos con despuntar los hilos de las costuras. ¡Total, solo unos centímetros!

## CAPÍTULO 12

Desde que salía la luz hasta que se escondía, cada una de nosotras, incluida yo, se entregaba a quehaceres antes del “gran día”. Mejor así, necesitaba estar ocupada en lo que fuese. Todo menos entristecerme con mis pensamientos que acababan siempre con ese “adiós”, no un hasta luego, como la anterior vez. Esta vez era un adiós de los de verdad. De esos que al principio la distancia te deja en estado de melancolía y poco a poco va diluyendo los recuerdos con el paso del tiempo hasta dejarlos en vagas imágenes difuminadas, que ya no sabes si fue un sueño o fueron momentos reales... Sabía que la relación no era proporcional. Es decir, que llevábamos conociéndonos poco tiempo como diría mi madre para la atracción tan desmesurada que sentíamos. Estaba segura de que para mi abuela no era nada desproporcionada, ella siempre decía que los sentimientos, el amor no entendía de tiempo ni de espacio, ni de distancias. Se sentía y punto. Eso una mujer lo percibía. Tampoco entendía de edades. Pues eso, que el amor no entendía de nada. Y eso era lo que me pasaba a mí, que no entendía nada. Pero nada de nada. ¿Cómo podía irse así sin más después de todo lo que habíamos vivido? No dudaba de sus sentimientos hacía mí, pero me corroía su decisión. Conocía sus motivos, pero, aun así, debía de haber otro modo. Irse a Gambia, enseñar todo lo que consiguió aprender en España, evitar así la salida de su país de jóvenes que creían encontrar aquí un paraíso que solo en sus sueños existía.

En todo este tiempo tuvimos largas charlas sobre este tema, Kenzo pensaba que su manera de ayudar era crear allí, en Gambia, puestos de trabajo con gente joven que lo único que tenían eran ganas de cambiar su manera de vivir. Una vez llegaban aquí exponiendo sus vidas en el trayecto que duraba meses, el sueño se desvanecía como una pompa de jabón. No era fácil encontrar trabajo... muchos de ellos, cuando el hambre volvía a apretarles de igual manera que en su país de origen, pero con la diferencia que aquí todo se exponía ante sus ojos en los escaparates de las tiendas. Mirarlo, pero no tenerlo. Entonces es cuando caían en los trabajos más deshonestos como distribuir droga o cualquier otra acción que los empujaba a la cárcel. Kenzo no se daba por un ser salvador, pero tenía que intentarlo. Él soñaba con sacar un buen vino de las viñas y comercializarlo. No pretendía enriquecerse, tan solo necesitaba un mínimo de cosas materiales para ser feliz. Eso ya lo había demostrado con creces. Llevaba viviendo meses en la bodega con lo justo para subsistir. Jimena insistió en que se alojase en su casa, pero él desistió cortésmente. Sus excusas siempre fueron las mismas. Quería despertarse rodeado de las viñas y darles las buenas noches. Así que la abuela

dejó de insistir y lo entendió.

Con todos los preparativos de su boda no tuvimos tiempo de hablar. Yo disimulaba bien y creo que la abuela estaba en su nube, flotando como una adolescente. Andrés habló con mamá y con nosotras, quería demostrarle su profundo amor, con un regalo sorpresa que de antemano sabía que haría enloquecer a la abuela y yo me moría de ganas de contárselo. ¡No te digo ya Marina!, tenía los labios pelados de tanto mordérselos.

Una noche Marina compartió habitación conmigo, igual que cuando éramos pequeñas. Algo no la dejaba dormir, en este caso más que algo, era alguien. El problema era ponerle nombre porque yo estaba echa un lio con Pablo y con Mateo. Ya no te digo la pobre mamá. La abuela sin embargo era todo candor tanto si se encontraba a uno o a otro. Ella no tenía ningún problema con ninguno, ambos eran bienvenidos en su casa. Pero esa noche Marina se mostraba inusualmente inquieta.

—Hazme un hueco, Candy —me dijo sin esperar respuesta, metiéndose en mi cama.

—Marina, quiero dormir, estoy cansada.

—¿Qué pasa con tu morenito gatuno?

—¿Por qué ha de pasar algo? —contesté a la defensiva.

—No sé... parece que ya no brillas.

—¡Anda ya! Y eso ¿me lo dices tú?, mírala ella, que parece un diamante, pero en bruto, porque hija los tienes de un enredados a Pablo y a Mateo ¿no?

El bostezó que escuché me dio que pensar que el tema ya no le interesaba, ¡pues sí que se le pasaba pronto a esta el insomnio! Las hay con suerte, al minuto ya estaba respirando sonoramente, en cinco minutos entraría en fase Rem y empezaría a roncar de verdad y me volvería a dejar despierta mirando al techo y sin ver las estrellas. Debía concentrarme solo en la boda, solo en la boda y así conseguí que acudiera Morfeo.

Me despertó el trajín de ruidos en la cocina, por primera vez Marina se había despertado antes que yo. Dormí de costado dejándole la mayor parte de la cama a mi hermana, tenía la espalda entumecida. La de sacrificios que hacía por esta niñata. La adoraba igual o tanto como era capaz de sacarme de quicio. Me desperecé oyendo el crujir de mis huesos. Bajé con cautela la escalera. Por una vez quise escuchar la conversación que se traían entre manos. Más que nada porque era un murmullo y no estaba acostumbrada a que hablaran con un tono tan bajo. Agudicé el oído. Nada, no escuchaba nada, bajé otro escalón y otro y otro hasta que me vieron y saludaron efusivamente. Como si hubiese estado varios meses sin verlas vamos.

—Buenos días, cariño ¿has descansado?

—¡Hola, pequeña mía!

—¿Te preparo una tostada? —me preguntó mi hermana untando ya mi supuesta tostada con mermelada de naranja. Esto sí que me dejó perpleja. ¿me casaba yo? ¿o la abuela?

En fin, una vez más demostraba lo torpe que era, ni tan siquiera era capaz de husmear en los asuntos de mi familia, tanto bajar escalones, que al final me dejé ver. Siempre pasaba lo mismo, me dejaba ver demasiado. No aprendía a sencillamente observar y reflexionar antes de actuar. Tal vez eso es lo que pasó con Kenzo. Le mostré mi interior y le di mi exterior. Suena a arrepentimiento, pero no era cierto. Sencillamente las cosas fueron sucediendo y desde luego comparándome con Jimena nada que ver... ella sí que fue un tornado en sus relaciones. Lo mío con Kenzo debía ser para ella un cuento romántico con final predecible... para mí ese final era doloroso. No quería esperar como ella. Con solo pensar en estar junto a él a los setenta y tantos, era una locura por Dios.

—Pues mira sí, Marina, quiero esa tostada y un zumo de naranja recién hecho.

—Ahora mismo ¡marchando un zumo natural con azúcares añadidos!

—No te pases, mejor sin azúcar. —añadí pensando en los arreglos del vestido de dama de honor, con la facilidad que tenía para atraer michelines, mejor sin azúcar. Sí.

No sé qué misterio rondaba por sus cabezas, lo cierto es que me sentía la princesa de la casa y eso no era nada habitual. De momento iba a disfrutar de esa complacencia por parte de todas. Después ya veríamos. Mantendría la alerta. Ya buscaría el momento de estar a solas con Jimena. Mi querida abuela, cuanto significaba para mí. Sabiduría, amor en el más amplio sentido de la palabra, tantas y tantas cosas que la lista se podía hacer eterna.

Y ahora sí que empezaba la cuenta atrás, en dos días, el gran acontecimiento. Cuando pensaba en ello, me albergaba una dulce ternura. Ese amor consolidado en tan solo una noche y que perduraba a través del tiempo. Un imposible para todas mis amigas si lo hubiese contado. Pero allí estaba, lleno de pasión, de regalos sorpresas, de miradas adolescentes en ojos rodeados de arruguitas que le daban el valor de haber vivido una vida. Una vida a rebosar de momentos alegres y dichosa, contrariada con la tristeza y la desazón de otros muchos momentos no tan felices. La gran diferencia es que ambos decidieron entregarse el uno al otro para los ya sabidos años que les quedaban aquí. Por lo menos en este mundo que era el palpable... el otro seguía siendo una incógnita para el resto de los mortales.

Tal vez podía esperarle, quedarme junto a mamá ayudando en su pequeño hotel rural, dedicándome en los ratos libre a pasear por los viñedos y dejar volar

mi imaginación dejando que la inspiración me invadiese un día de estos y escribir una novela... mi gran secreto y mi gran pasión. Tal vez eso era Kenzo para mí, mi gran secreto y mi gran pasión. Como envidiaba a mi hermana en estos momentos, seguro que ella en mis circunstancias era capaz de tomar la decisión adecuada. Sabía que conocía más de lo que hubiese querido mis sentimientos por Kenzo, pero de ahí a hablar sin tapujos del tema había un trecho que por mi bien necesitaba salvar. Ella era experta en tomar resoluciones, otra cosa distinta era que acertara... pero se quedaba tan pancha, fuesen las que fuesen las consecuencias. Era como si en su cerebro el “impulso” ahuyentase a la “reflexión”. Aunque la verdad, todo sea dicho, se la veía tan feliz, he de decir en su favor que jamás la vi con un ligero síntoma que anunciase una depresión... o una tarde de esas lloronas que todas tenemos. Estaba hecha de otra pasta. A mí me tocaron los genes que llevaban la carita de emoticono con la sonrisa hacia abajo. Qué le vamos a hacer, la vida no repartía a todos por igual y eso lo asumía. La de tonterías que llegaba a pensar, ¡por Dios!, con todo lo que Kenzo me contaba de su país y yo aquí lamentándome de mi situación. Era una egoísta, pero una egoísta enamorada y esto último era lo que distorsionaba mi cordura.

Prometí que me mantendría cuerda, serena, feliz por Jimena, se lo merecía tanto... debía actuar con naturalidad, dejar que cada cual eligiera su destino, dejar de sentirme la víctima de mi vida. No pensar tanto el mañana y sí en el hoy, tan solo en el hoy. De todas formas, no iba a poder hacer nada. La decisión por su parte ya estaba tomada. Así que me vestí con mi mejor sonrisa, destensé mis músculos y me uní al gran acontecimiento. ¡Allá vamos, Candy! Me dije para animar a este cuerpo deshecho por el final que le esperaba.

La casa parecía invadida por un enjambre de abejas, conversaciones por aquí, movimientos llenos de prisa, hasta la novia parecía nerviosa, eso sí que era toda una sorpresa. Jimena no quiso ver al novio el día antes de la boda. Todo un record viniendo de ella. Sus impulsos eran de lo más parecido a los de Marina. Vaya dos. Tal para cual. La tarde de antes recibí una inquietante llamada de Andrés. Me pidió que fuese “sola” a su casa, quería verme. ¿A mí?, fruncí el ceño, mira que si ahora se echaba atrás. ¡No, eso no podía pasar! Nadie debía saberlo. Uff, más misterio que añadir, y ahora no podía morderme las uñas, la manicura me costó una pasta. No me fue difícil poner una excusa y salir de casa sola. Solo tuve que darle a cada una de ellas una tisana de valeriana en la comida para que echasen una cabezadita y salir de puntillas. Joder, llevaban días escrutándome como si yo fuese la novia y tuviese la intención de fugarme. ¿Por qué estaban tan pendientes de mí? Yo no sé qué se traían entre manos, pero me estaba mosqueando y con el esfuerzo que estaba haciendo por mi parte para mantener a raya mi tristeza, mi desolación, alejada. Esto no ayudaba en nada.

Me encontré ante la majestuosa casa de estilo colonial de Andrés, la verja de la entrada estaba abierta. Me deleité observando el cuidado jardín, nada que ver con el de la abuela que era más bien salvaje, las plantas de ella se enredaban unas con otras, nunca sabías donde empezaba los jazmines o donde terminaban los rosales. La mezcla era lo que le daba tanto encanto. Supuse que nadie me estaría mirando, y me adentré en una zona más frondosa, llena de sauces llorones que formaban verdaderos refugios bajo sus lánguidas ramas. ¿Qué narices estaba haciendo allí? ¿quizás perder el tiempo torpemente?... ¡Oh, no!, y si mi presentimiento se hacía realidad. Comparando los jardines de cada uno de ellos, entendí que ambos eran muy diferentes, por mucho amor que se profesasen. ¡Qué idea más loca se estaba apoderando de mí! Me levanté de un brinco y corrí hacia la puerta de entrada de la casa huyendo de mis propios pensamientos. Necesitaba saber la verdad cuanto antes. ¡Nadie iba a hacer daño a Jimena! ¡Eso sí que no! Antes lo arrastraba ante el altar, aunque fuese por su blanca y canosa coleta que dejaba a mi abuela soltera. ¡Lo juro!

Llamé a la puerta insistentemente como si el dedo se me hubiese quedado pegado al timbre. Me abrió la puerta la chica “maniquí”, la aparté y entré casi como un miura.

—¿Dónde está Andrés?

La chica fashion se apartó bruscamente quedándose pegada a la pared como un sello. Y digo sello, porque vista de perfil lo hubiese parecido, si no fuese por sus voluminosas tetas.

—Te está esperando en el salón de arriba. —La pobre tartamudeaba a la vez que me señalaba la dirección con un tembloroso dedo que terminaba en una uña pintada como una verdadera obra de arte.

Subí las escaleras sin sujetarme en la barandilla, de dos en tres, de tres en dos. Cuando llegué no niego que me faltaba el aire. Andrés se levantó sobresaltado del sillón y dejó en la mesita contigua la copa que degustaba con tranquilidad antes de verme aparecer con la respiración entrecortada y el rostro encolerizado.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre, Cándida?

Cogí aire sonoramente antes de formular mi pregunta.

—Dímelo tú, Andrés. Dímelo —grité.

Volvió a sentarse en el mullido sillón sin apartar su mirada de mí, con esa calidez que le caracterizaba. Sospechando de antemano que había vuelto a perderme en mi propia imaginación. No mostró irritabilidad, muy al contrario, verlo allí, esperando mi llegada para confesarme algo a mí. Sí, a mí y no a Marina. La locura se adueñaba una vez más de mi persona. Fuese lo que fuese que tuviese que contarme, debía asumirlo.

—La pequeña Cándida. Ven siéntate aquí. —dibujó una sonrisa enigmática en su rostro, imagino que por muchos años vividos no esperaba esta reacción por mi parte. Supongo que quería allanar el terreno y que vomitase aquello que me carcomía.

—No tengo mucho tiempo, Andrés. Tú me has llamado y aquí estoy como ves.

Dejó que continuase mi monólogo con una sonrisa que iba pasando de desconcertante a divertida.

—Cómo bien sabes mañana voy de boda. ¿Lo sabes verdad? Pues eso, que no tengo tiempo.

Andrés me miraba cada vez más divertido. Si suelta una carcajada, ¡juro que me lo cargo!, y Jimena se queda viuda, antes que soltera. Bueno, para eso deberían estar casados. Nada, ya me las apañaría para falsificar papeles. Eso ahora era lo de menos.

—Cándida, te he hecho venir porque tengo algo de lo que quiero que te encargues...

—No te preocupes, voy entendiéndolo —dije maliciosamente

—¿Ah, sí?

—¿De verdad crees que no veo lo diferentes que sois? Tú eres una persona disciplinada, con una profesión que eres incapaz de dejar a pesar de que deberías estar jubilado y ella... ella es (las lágrimas amenazaban en salir de mis ojos como cuando un buque está a punto de romperse). Ella es un “espíritu” libre, lleno de amor, no conoce la maldad. Sí, sé que es impetuosa, que irradia energía, luz, vida, allá por donde pisa. Y que habrá iluminado tu vida como un faro en alta mar... y que ahora te has dado cuenta de que no puedes seguir su ritmo y un montón de cosas más para las que no estás preparado... y que...

Andrés me estaba abrazando, sus ojos acuosos miraban más allá del gran ventanal. Me apretó contra sí con fuerza. Como si yo fuese parte de esa persona que tanto amó y que la distancia los alejó. Suspiró alto y claro. Cogió mi barbilla delicadamente y me habló mirándome tan intensamente a los ojos que no pude evitar escuchar y sentir cada una de sus palabras.

—Eres la nieta que siempre quise tener... con Jimena. Eres la persona que mi amada adora. Eres tan ella. Hay algo en ti que es ella. Jimena se dividió entre Marina y tú. Juntas sois... ella.

Aquella sincera declaración me conmovió. No pude articular palabra en minutos que me parecieron horas, tan solo nos mirábamos el uno al otro, profundizando en nuestros sentimientos por aquella persona que tanto significaba para ambos. El tiempo se detuvo, hasta que la “estupenda Barbie” entró en la estancia con su taconeo habitual y volvimos al mundo real.

—¿Os apetece tomar algo? —la respuesta poco le importaba, portaba una bandeja con varias teteras (así acertaba seguro) y varios platitos con diferentes pastas.

—Sí claro, déjalo en la mesa. Muchas gracias. —contestó Andrés sin dejar mi mirada.

El rítmico ruido de sus tacones alejó a la chica y volvimos a quedarnos a solas. Tragué saliva, me estiré la falda, era como intentar recomponerme y dejar atrás mi espantosa entrada. ¡Maldita imaginación la mía! Comprendí en unos escasos minutos tanto... que mi corazón se aceleraba y desaceleraba al mismo tiempo que iba metiéndome en la piel de Andrés.

La amaba de verdad. Joder y yo echa una furia por pensar que la iba a dejar en el altar... peor aún, pensé hasta en aniquilarlo. ¡Joder, joder!

Andrés se levantó dándome la espalda. Se quedó mirando a través de la ventana que le ofrecía el majestuoso Monasterio de Yuso. Sus movimientos eran lentos, pero no transmitía cansancio alguno, más bien paz, sosiego, calma.

Yo estaba expectante... mejor no decir ninguna tontería más. Esperé, observando a aquel hombre que podía haber sido mi abuelo. Puse freno a mi imaginación y no quise pensar que hubiese sido de mi vida si hubiese sido así. ¡Frena, Cándida!

—Ella, Jimena usa la palabra para expresar lo que lleva dentro, yo sin embargo ni tan siquiera de joven era capaz de traducir mis sentimientos y convertirlos en palabras. Pero Jimena era antinatural, y creyó en mí... sintió lo que yo sentía por ella. Por eso me caso mañana con ella. ¿Qué más da el tiempo que haya pasado? El verdadero amor lo sientes y apenas dura unos segundos para saber que es... tu amor. ¿Acaso te has preguntado cuánto tiempo retienes en tu retina el movimiento de una estrella fugaz? Pero si la observas en un día especial perdurará para siempre, aunque ya no esté en tu retina en ese momento. Mi estrella es Jimena. ¿necesito explicarte más, Cándida?

—Lo entiendo.... —balbuceé, hechizada por todas las palabras que escuché de Andrés.

Llegué a casa con el paquete que Andrés me había confiado. Perfectamente embalado. Mi misión era desenvolverlo y colocarlo junto al improvisado altar antes de que la novia llegase. No sé como lo haría sin ser descubierta, pero algo tan importante para el novio debía significar también mucho para Jimena. Así que lo trataría con mimo hasta el momento de dejarlo a la vista de todos los invitados. No íbamos a ser muchos, familia, amigos del pueblo, trabajadores y poco más, total unas doscientas personas. ¡La abuela se había trastornado, anda que llamar a tal despliegue de gente boda sencillita! Mamá no la contradijo en nada, pero de antemano conocía su opinión, ella era más de ir las cuatro y el

novio, claro.

Al atravesar la puerta del jardín, fui la diana de todas las miradas que estaban presentes. ¿Y ahora qué pasaba? ¿la novia se echaba atrás? Se fueron despidiendo de la novia y deseándole una feliz noche, antes del gran día. Apenas veinticuatro horas y dejaría su soltería. Algunos graciosillos se atrevieron a desearle la buena nueva con frutos venideros. Los había irónicos. Jimena lo traducía con una amplia sonrisa a que sus retoños serían las uvas y les plantaba dos sonoros besos en las mejillas.

Por fin nos quedamos las cuatro solas. De repente nos miramos en silencio y tardamos como cuatro o cinco segundos en echarnos a reír por nada... o por todo. Nos cogimos de las manos como si fuésemos a jugar al corro de la patata. Ese gesto no era habitual en nosotras, éramos más de darnos codazos, sobretudo Marina y yo. Unidas, las mujeres de la familia estábamos juntas, cada una persiguiendo sus sueños... unas más avanzadas que otras, todo hay que decirlo, pero esa sensación de apoyo, de aceptarnos tal y como cada cual era... era un gran tesoro.

Mamá miraba a la abuela, sus ojos hablaban sin pronunciar palabra. Quería a esa mujer que la había engendrado tan distinta a ella. Marina me miraba hipnotizada admirando todo mi ser y yo le devolvía con mi mirada todo lo que ella aportaba a mi vida. Y Jimena, nuestra abuela, sin soltarnos de las manos, iba dejando su mirada en cada una de nosotras... con calma, sin prisas, sé que cada una de nosotras captó el mensaje que nos transmitía. Verdaderamente tenía magia, ella era magia. No sé lo que a las demás les dijo... pero a mí me dio como un empujoncito desde dentro para que me dejase llevar por el impulso sin dejar del todo la razón.... Pero sí que le diese un tiempo de vacaciones a lo sensato... a lo previsible y viviese mucho el momento.

Ese momento tan nuestro, fue lo que tuvo de especial la noche antes de su boda. Perdurable para siempre.

## CAPÍTULO 13

Y llegó el “gran día”.

—Abuela, tenemos algo azul, algo nuevo y nos falta a ver... —comentaba Marina mientras desayunaba un café con leche sin tostadas para no engordar ni medio gramo. ¡Qué exagerada era!

—Falta algo viejo —dije con espontaneidad.

Jimena echó hacia atrás su cabeza soltando una carcajada imprevisible.

—Estas niñas... ¿estáis de coña verdad?, venga desayunad, que me parece que lo de viejo sobra. Pero lo de llevar algo azul... ummm es cierto. No llevo nada azul, así que espabilad y encontrar algo que ponerme que sea azul.

Marina y yo nos miramos cómplices del atuendo que le íbamos a colocar azul. ¡La liga, sería la liga, claro!

La mañana transcurría placentera, lejos de la locura que me había imaginado, todo estaba controlado. Mamá y Marina se dieron una vuelta por los viñedos comprobando que el pequeño altar formado por un arco de parras ocupase un lugar privilegiado para el tan ansiado “Sí, quiero”. Otro punto a tener en cuenta eran la distribución de las mesas. Decenas de toneles se dispusieron como un pequeño bosque, repletas de platos elaborados que no precisaban de cuchillo ni tenedor. ¡Típico de Jimena! No escatimó en contratar el mejor catering de la región, la variedad de pinchos y tapas eran propios de un menú de degustación de varias regiones. La alfombra hasta el improvisado altar lo formaban un tapiz de hojas secas salpicadas de cientos de florecillas que daban color al caminito. Parecía como en un cuento de hadas, o por lo menos me lo parecía a mí. Si fuese mi boda... ese sería el escenario elegido también por mí. ¡Hoy no había tiempo para soñar!, mejor me centraba en ayudar a la abuela a vestirse.

Llamé con cautela a la habitación de Jimena. ¡Qué raro que no contestase! Tal vez se había quedado dormida.

Entré sin esperar su respuesta. La encontré tumbada en la cama, como dormida. No movía ni un músculo. Me abalancé sobre ella zarandeándola. No respondía.

—¡Abuela! —grité

Poco a poco fue dibujándose una entrañable y dulce sonrisa en sus labios.

—¡Por Dios, abuela, qué susto me has dado!

—¡Ay, Cándida, tu siempre tan impresionable! —dijo incorporándose lentamente—. No solo tú y tu madre os sabéis abstraer del planeta tierra. Esto es cosa de familia, que lo sepas, aunque algunas lo disimulemos mejor que otras.

—¡Vaya con la abuela! —dije con sorna.

—¿Te gustan las sorpresas, Candy?

—¿A qué viene eso ahora? —dije sin contener mi desconcierto. —Creo que de sorpresitas vamos ya servidos ¿no te parece?

—Bueno, bueno... lo mejor está aún por llegar. —comentó con unos ojos chispeantes, a la vez que me daba unos golpecitos en el muslo y se ponía de pie —. Anda, ayúdame a vestirme... no hagamos esperar al novio.

Ambas dejamos escapar una sonora carcajada... creo que lo último que iban a esperar ya eran un par de horas, total, sería como cinco minutos comparándolo con toda una vida.

El vestido de Jimena era elegante y sencillo. Una larga falda color crema de encaje que dejaba entrever un fondo blanco, con un corpiño del mismo color al que se le habían cosido discretas flores blancas y beige que le daban un aspecto de novia floreciente. Realmente estaba resplandeciente, brillaba desde lejos, como una de esas estrellas que parpadean en el cielo.

Ninguna de nosotras tres pudimos contener las lágrimas al verla bajar por las escaleras. Era la viva imagen de una diosa, que muy al contrario de robarle belleza el paso de los años, la habían convertido en una mujer bella y sabia.

Jimena rompió nuestro emotivo silencio, con una de sus sabias frases.

—Hoy voy a dar un paso muy importante en mi vida... pero, lo mejor que he sabido hacer —se hizo un discreto silencio, se notaba que contenía su emoción —, sin duda, sois vosotras tres. Yo soy la planta y vosotras tres me habéis alimentado.

Nos abrazamos con ternura. Marina respiraba muy hondo para no soltar ninguna lagrimilla y que se le fuese al traste su cuidado maquillaje. Estaba preciosa. Todas lo estábamos. Hasta yo.

Una elegante limusina nos recogió en la puerta, esto sí que no lo tenía previsto, ya preguntaría más tarde de dónde había salido la idea.

Antes de vestirme, tuve que dejar el encargo de Andrés en el improvisado altar. Lo desenvolví y lo saqué de a caja, aún quedaba envuelto por una tela blanca satén y lo coloqué sobre el caballete que se disponía frente al lugar que ocuparían los novios. Tuve que hacer esfuerzos para no echar una ojeada. Pero conseguí cumplir mi promesa a duras penas.

La puerta de la limusina se abrió y fuimos descendiendo, dejando que Jimena saliese la última. Andrés levantaba el cuello, ya situado en el altar esperando... Poco a poco las tres dejamos paso a la novia y colocándonos detrás, seguimos tras ella por el lecho de hojas secas y florecillas de colores. Con paso lento, al compás de la música natural del campo, el canto de los pájaros y el correr de las aguas del río.

Una chispeante mirada verde seguía cada uno de mis pasos embelesado, embobado, sin aliento. Le dediqué una tierna sonrisa.

La ceremonia transcurría según lo previsto, con muchas miradas de amor entre los novios. Cuando llegó el momento decisivo del sí quiero, Marina le acercó los anillos al concejal que impartía la dicha. Fue entonces cuando Andrés se adelantó unos pasos y descubrió el cuadro que yo había dejado allí unas horas antes. Antes de colocarle el anillo a Jimena, su flamante ayudante, la chica que no recordaba ni su nombre le acercó una bolsita de tela. El sacó de allí una preciosa corona de flores. Flores que ahora estaban secas, sin perder la redondez de la corona, y con los colores más claros, desgastados por el tiempo. Se la colocó a Jimena con delicadeza, como si estuviese coronando a su reina. Ella, aceptó con una mirada de complicidad que tan solo ellos entendían.

El cuadro (retocado) mostraba la imagen tan solo de una pareja, en una paya desértica. Ella con una larga melena azabache, el rostro escondido en el hombro de Andrés y la misma corona de flores que ahora de nuevo volvía a lucir sobre su cabeza.

Marina y yo nos apretábamos las manos para no gritar de alegría. ¡Era ella! ¡Era ella! Mamá secaba sus lágrimas con un pañuelo, eso de ir sin maquillar era una ventaja, joder, podía llorar a moco tendido. Nosotras, sin embargo, para no parecer dos osas pandas tuvimos que hipar, sin derramar ni una sola lágrima.

A partir de ahí, la boda se convirtió en jolgorio, enhorabuenas, risas, brindis, y buen comer. Conseguí esquivar a Kenzo, hasta que llegó el momento del baile. Sus brazos me atraparon sin dejarme oportunidad para el rechazo.

Él debía creer que estábamos solos, su manera de actuar no era lo que se dice muy discreta. Me atrajo por la cintura hacía sí, balanceándome de un lado a otro con ternura. Sus verdes ojos chispeaban fuego. Se mordía el labio de abajo y miraba hacia el cielo.

—Candy, hoy eres...

Le sostuve la mirada, levantando mi barbilla y fundiéndome en esos ojos que desde el primer instante me hipnotizaron, esperando saber lo que era... para él. Contuvo el aliento.

—Hoy desearía que esta boda fuese la mía... contigo. —Posó sus labios en los míos, con delicadeza al principio, humedeciéndolos, saboreándolos, hasta que le permití dejar que su lengua jugase con la mía, explorando cada rincón del placer. —No te separes ahora, Candy...

—No, Kenzo. —Entre otras cosas porque su erección daría más que hablar que la propia boda.

—Eres la mujer más bonita que jamás he visto. Hoy, con este vestido, ha sido como poner la guinda a esa mujer que me ha acompañado este año durante

la cosecha. ¡Estás preciosa!

Kenzo vestía una camisa de color blanco roto y un pantalón de lino a juego, dejando su cuerpo casi al desnudo. Por lo menos para mí. Su corbata, esa con la que me atreví a jugar en el baile, agarrándola y atrayéndolo hacia mí. Soltándola solo un poco para de nuevo atraerlo a mí. Desde luego íbamos a nuestro propio ritmo, nada que ver con el que marcaba la música... pero ese era nuestro juego. Alejarnos y acercarnos. Y enrollando su corbata color burdeos como el vino, como mi vestido, como el color que nos enamoró, Jimena nos sorprendió en pleno juego cogida de la mano de Andrés con una sonrisa de dicha, plena de felicidad.

—Menos mal que no te has puesto pajarita Kenzo, parece que a mi nieta le gustan las corbatas.

—Anda Jimena, va a ser mejor que le demos tiempo a que se desenrolle de la corbata. Empiezo a ver a este chico con los labios un poco morados. No vayamos a tener una desgracia.

Se alejaron cuchicheando a saber qué... ¡qué solo era un juego!, pero sí mejor dejar la corbata y que Kenzo coja aire y respire. Él se dejaba hacer, así que no voy a negar que un poco brusca sí que estuve. Desde luego esa no era la forma de retenerlo. ¡Qué exagerada era la abuela!, ni que yo pensase en eso... ¿o sí?

Busqué entre la multitud a mamá, me puse de puntillas. Por fin daba con ella, la verdad es que desde que el baile comenzó no reparé en ella. No pensé que la dejaba sola. Una ola de tristeza me sacudió, sintiéndome un poco culpable. Desde una distancia prudencial la observé. Comprobé que era una hermosa mujer de mediana edad, sí, pero con una elegancia tan propia de ella. Para este día vestía con un traje que cubría sus rodillas, del color de la miel, como sus ojos, con hilos brillantes también como sus iris. No necesitaba más para brillar por si sola. Cada palabra que escapaba de sus labios sonaban a música, dichas con una ternura que rezumaban amor, sencillamente amor.

—¡Hola, cariño!, ven te presento a unos amigos que ya quieren hospedarse en el hotel —sonrió—ya les he dicho que faltan los últimos retoques, pero quieren ser los primeros en inscribirse. ¿te parece buena idea?

—¡Claro, mamá!, tú eres la dueña... yo solo seré tu ayudante.

Galilea guiñó un ojo a sus primeros huéspedes y me incitó a que volviese con Kenzo, dirigiendo su mirada hacia él.

Pregunté por mi hermana, la había visto en el baile. No la perdí de vista en la comida... y menos en las copas que se iba rellenando. Vale que el vino era de la mejor cosecha de Jimena... pero de ahí que los catara todos. Y cuando digo todos es que no dejó ni uno sin probar. ¡Madre mía, ésta loca la lía hoy! Ha

vuelto a bailar con los dos... que, aunque yo solo tenía ojitos para Kenzo, no se me escapó que Pablo y Mateo la entrelazaban como si bailaran los tres Paquito el chocolatero. ¿Dónde estaba?

Por lo visto mi gesto no pasó desapercibido a Kenzo, acarició mis hombros desnudos poniéndome los pelos enervados, acelerando el ritmo de mis pulsaciones con tan solo ese roce.

—Déjala, Candy, déjala volar. Ella sabe bien como dirigir sus sentimientos y si luego duele... pues se recuperará —dijo alzando sus hombros, como algo de lo más natural e irremediable de la vida misma.

Dejé caer mi cabeza en su hombro, de igual manera que la foto de Andrés y Jimena que teníamos delante de nosotros. No siempre se podían cambiar las cosas. No todo estaba escrito de antemano.

Empezaba a caer el sol, poquito a poco se iba escondiendo tímidamente. La tenue luz anaranjada que pintaba en el cielo daba un toque de tristeza al escenario. A ese escenario en el que debíamos afrontar nuestra despedida. La nuestra.

—Serás feliz quedándote aquí en el pueblo y ayudando en el hotel.

No era una afirmación, no lo dijo contundente, leí entre líneas que era una pregunta a la que no se atrevía a poner los interrogantes.

—No, pero lo haré.

—No permitiré que no seas feliz, Candy.

—¿Alguna idea mejor?

No respondió, tan solo me abrazó, mirando conmigo como al día se le escapaba el sol, con la esperanza siempre de volver a salir en unas horas e iluminar de nuevo aquel paisaje que tanto amábamos los dos.

## CAPÍTULO 14

Caos, caos y más caos. El viaje sorpresa elegido por Andrés era Kenia. ¡Que locura! Me imaginaba a Jimena durmiendo en una tienda de campaña escuchando de cerca los rugidos de un león. ¡Por Dios!, ¡qué luna de miel!, yo me la había imaginado en Venecia paseando a la luz de la luna en una góndola... o en París junto al Sena brindando con champagne y mirando la Torre Eiffel... o en Roma en La Fontana de Trevi echando unas monedas de espaldas, por encima del hombro y pidiendo un deseo... ¡Hasta en el Caribe! Dejándose masajear por jóvenes manos expertas... ¿pero Kenia?... ¡Que no! Kenia era peligroso, por mucho que ella y Andrés dijese e intentaran convencerme de lo contrario. ¡Todos eran una panda de locos!, ¿solo yo veía el peligro? Pues sí, al parecer solo yo estaba enfadada por la imprudente elección. Marina estaba radiante... qué tontería... estaba más que radiante... andaba casi sin pisar el suelo... flotaba. Ella no encontraba ninguna pega al viaje de novios. Pedía y pedía fotos de todos los momentos vividos... Yo sin embargo me preocupaba de las vacunas... de si a su edad soportarían un viaje lleno de peligros. ¿dónde quedaba el romanticismo de la luna de miel?

La casa estaba llena de maletas, era difícil dar un paso y no dar un traspie. Que jaleo, parecía una mudanza más que un viaje de novios. Yo andaba muy cabreada, cualquier cosa me ponía de mal humor. No quería ir a los viñedos y pasear como tantas veces cuando la situación me sobrepasaba. No podía ver a Kenzo, se me rompía el corazón solo con pensarlo. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? ¿No podía dar sus clases por YouTube como todo el mundo? Joder, anda que no me pasaba de rosca, si allí ni tan siquiera todas las casas tenían luz eléctrica. Él estaba haciendo lo correcto, ayudar a su gente y yo era una egoísta... que solo quería tenerlo a mi lado. ¿Tanto exigía? Pues al parecer sí, porque las mujeres de mi familia lo entendían a él y no a mí.

Mi madre era la única que cuando se cruzaba conmigo rozaba con su mano mi mejilla y suspiraba. No sabía si interpretar ese suspiro como lástima o como qué. El caso es que llevaba toda la mañana suspirando.

Mi hermana me abrazaba sin ton ni son cada vez que estaba a menos de un metro de ella, y Jimena me pellizcaba en la mejilla con una sonrisa traviesa y diciendo ¡Ay mi niña!, parecía que estaba en una casa de locas. Al final, para quitármelas de encima me fui al único lugar que podía reconfortarme y darme algo de paz, alejada de todas ellas. De tanto abrazo sin sentido, de tantos gestos misteriosos llenos de mimos. ¡Respirar! ¡Entender algo! Me estaba volviendo

loca. Y eso no iba conmigo.

El suave calor del atardecer me acarició con delicadeza, como si fuese mi mejor amigo en ese momento de caos que vivía. Cerré los ojos, alzando la barbilla, entregándome a la naturaleza, fundirme con ella. Ella y yo. Un revuelto de sensaciones que no era capaz de ordenar. Tantos actos impulsivos en mi vida me revolvían las entrañas. Esa no quería ser yo. Yo necesitaba el orden en mi vida, pero bien fuese por mi iniciativa o por los demás, siempre acababa con un desorden mental que me aturdí y no sabía desenredarlo y que todo fluyese con serenidad. Me empeñaba tanto en ello que iba perdiendo la energía para total no conseguirlo. Quizás mañana, ese era mi lema, tal vez mañana. ¿Pero mañana qué? “Solo se vive una vez”, esa frase me sacaba de quicio... y qué hago ... ¿practico todos los deportes de riesgo porque solo se viva una vez? ¡Maldita frase que me torturaba desde el primer día que la escuché!

Mis pasos me guiaron hacia las viñas. Era increíble como una vez más yo misma me perdía en un escenario que podía dolerme más que reconfortarme, pero allí estaba yo, rodeada de viñedos. Ya no colgaban racimos de sus ramas, ya no estaban florecientes. Cumplieron su misión, como si la historia se acabase... de nuevo a esperar al siguiente año. De nuevo esperando los mimos y cuidados para volver a florecer y convertirse en jugosos racimos de uva. Así me sentía yo. Con una etapa de mi vida que había florecido acabando sin hojas, sin frutos. Deshojada de sentimientos, de ese amor que removía todo mi interior.

Sentí unas pisadas que se acercaban tras de mí. Unos pasos lentos. Unas manos que con suavidad se posaron en mis hombros apenas rozándolos. Apoyó su barbilla en uno de mis hombros. Sus labios me susurraron una palabra que aceleró mi pulso, agitó mi respiración y me nubló la vista. Todo lo que tenía ante mí se dibujaba borroso. Una simple palabra zarandeó de nuevo mi mundo.

—Te quiero.

Ladeé mi rostro dejando un escaso espacio entre sus carnosos labios y los míos. La proximidad era ínfima. Nuestras respiraciones se entremezclaban. Aproximé mi boca a la suya pronunciando, susurrando, un tierno, tímido y desgarrador “Te quiero”. ¿Se puede sentir dolor y placer a la vez? Porque mis ojos derramaban lágrimas y los de Kenzo sonreían achinándose con una luz verdosa como las luciérnagas en la noche. Un momento tan especial para mí y estaba consiguiendo confundirme todavía aún más. ¿Soñaba? Miles de agujitas me pinchaban por todas partes. ¿Qué parte del mundo no comprendía? ¿Cómo era capaz de hacerme esto? ¡Así que esa era su manera de despedirse de mí! No tuve fuerzas para seguir a su lado.

Corrí y seguí corriendo a pesar de escuchar mi nombre repetidas veces. Llegué al lugar donde dejé aparcado el coche. Conduje hasta la casa de mujeres

locas por inercia. El dolor estrujaba caprichosamente mi corazón. Otro asalto más y necesitaría reanimación cardiopulmonar. Aguanté las ganas de gritar, pero solo diez minutos. En cuanto me aseguré que dejaba atrás la carretera de curvas y mi atención al volante podía relajarse. Grité y grité con todas mis fuerzas. Maldiciendo mi destino.

—¿Candy, por Dios, pero ¿qué te ha pasado?

—Nada, mamá, estoy bien. Tranquila. De verdad. —dije con un hilo de voz. Es lo que tiene gritar a lo loco cuando nadie te oye. Encima me había quedado afónica. ¡Maltrecha, jodida, enamorada y ... afónica! ¡Mi vida era genialmente enredada!

Me dejé caer como un saco de harina en una butaca del jardín. Más de lo mismo. Todo era alegría a mi alrededor. Andrés se acercó trayendo una de las botellas de vino que la abuela guardaba para las ocasiones especiales.

Brindis por todas partes. Los aventureros e inconscientes novios partían al día siguiente hacia su arriesgado viaje. Ellos tan contentos. Por el número de maletas que prepararon, más que un viaje de luna de miel, parecía que iban a colonizar el país. ¡Qué locura de equipaje!... Menos mal que Marina no los acompañaba que sino... el avión hubiese tenido que hacer varias escalas por sobrepeso.

Jimena estaba rejuvenecida. Su ilusión se palpaba en el aire. Atenta y cariñosa con todas nosotras... especialmente conmigo. La misma sensación que me hizo escapar de la casa aquella tarde. Hasta Marina alzó su copa y dirigiéndose a mí dijo unas palabras de lo más ridículas.

—Te quiero, Candy. —Una minúscula lagrimilla se le escapó de sus ojos gatunos.

—¡Anda, mamá, no le pongas más vino a mi hermana! —¿Y a ésta qué le pasa ahora?—. Qué rarita estás Marina.

Se cruzaron unas miradas cómplices... hasta Andrés participó en ese cruce. De repente nadie hablaba, nadie decía ni “mu”

Mamá me abrazó tan fuerte que tuve que separarla delicadamente. Mejor irse a descansar ya. Al día siguiente estaba previsto llevar a la feliz pareja al aeropuerto para despedirnos de ellos y dejarlos que se aventurasen a los peligros de la selva. Y si por casualidad les daba tiempo entre expedición y expedición que nos mandasen alguna foto antes de ser devorados por las fieras del lugar. Me obligué a frenar mis pensamientos en seco... ¡Tampoco era para tanto! Al final iba a tener Marina razón y yo era una dramática en toda regla. No eran tan mayores... era su ilusión, el deseo de ambos y punto.

Tras unas escasas horas de descanso llegamos al aeropuerto. Ni que hablar de que mis ojeras me llegaban hasta las mejillas. No pude pegar ojo. La idea de no

volver a ver a Kenzo se repetía en mi cabeza como un bumerán. Yendo y viniendo. Dejándome emociones que rebosaban tanta felicidad... a la vez que se alternaban con el cruel dolor de no volver a verle. Parecía un zombi arrastrando uno de esos carros del aeropuerto con varias maletas encima. Todos y cada uno de nosotros empujaba un carrito.

—¿Mamá, no te parece que llevan demasiado equipaje? —comenté bajito.

—Yo creo que no —La miré desconcertada. ¿mi madre había cambiado de bando? Eso sí que era una sorpresa para mí. Ella tan práctica, tan yo... ahora también me dejaba fuera de juego.

Agradecí que partieran de madrugada, por lo menos el recinto no estaba atestado de gente. Mejor así. Solo temía una cosa. Encontrarme con Kenzo. Cambié de idea, quizás hubiese sido mejor que la hora fuese punta y estuviese repleto de gente. ¡Mucha gente! Que te diesen codazos, que te empujasen, que no hubiese ni una sola silla desocupada. Cualquier cosa con tal de no ver como tomaba su vuelo para alejarse a miles de Kilómetros. Conocía su día de salida, y era hoy. El mismo día. ¡Maldita casualidad!

Arrastré mis pies detrás de todos ellos, viendo como no reparaban en mí y como formaban un corrillo. No alcanzaba a escuchar aquello que se estuviesen diciendo. Solo vi a Marina dando saltitos y tapándose la boca para no soltar algún “gritito” de esos que le salían a ella cuando la emoción la sobrepasaba. ¡Por Dios, qué locos estaban todos, hasta Andrés! Cuando por fin llegué hasta ellos entraron en mutismo. Nada, ni palabra. Como si llegase la apestada, la sin amores, la dramática, la que a todo le ponía pegas. Igual un poco de razón si tenían. Ya lo pensaría más tarde.

—¿Y ahora qué pasa? ¿embarcáis o qué? —Me costaba disimular mi estado de ánimo. No tenía remedio.

—Cándida, espera. Dame un poco de agua, tu abuela no se encuentra muy bien —dijo tajante.

Miré perpleja a Jimena, sus mejillas sonrosadas, contrastaban con sus ojos vidriosos. Yo la verdad es que lo que se dice mal aspecto no le veía, pero si Andrés lo decía... Si es que tanta emoción a esa edad no se puede. Y encima doce horas de vuelo por delante.

—Gracias, pequeña. Creo que estoy un poco —dijo con una mano sobre su pecho.

Empecé a agitarme dentro de mí. “Respira, venga, Cándida, respira, todo irá bien, se le pasará. No pongas otra vez el grito en el cielo.”

Como caída del cielo, repito, como caída del cielo apareció una azafata tipo Barbie, impecablemente vestida, con un traje azul eléctrico cubriendo su perfecto cuerpo. Si a eso le añadimos una amplia sonrisa, mostrando sus

brillantes dientes blancos. Pues sí, tenía ante mí a la mujer despampanante que trabajaba en la clínica de Andrés. ¡Algunas qué suerte tenían! Pluriempleada. Y yo en el paro... y con pocos proyectos de futuro. La chica sin nombre (nunca lo llegué a memorizar), después de saludarnos cariñosamente nos condujo a la zona de embarque mostrando su insignia de personal del aeropuerto. Al parecer Andrés hizo una llamada en el momento justo. (Cuando Jimena parecía traspuesta). Y así pudimos acompañarla hasta el momento de subir al avión.

Como era de esperar al pasar por el control de seguridad, las luces rojas se encendieron y el pitido era atronador. Me hicieron volver sobre mis pasos, en mis bolsillos no había nada, cinturón no llevaba, ni relojes ni nada. ¡Venga ya!, otra vez lo mismo, al final me iban a dejar en bragas. ¡Joder, que tan solo llevo un implante de una muela! Digo yo que el aparato no sería tan sofisticado. Pues nada a dejarse cachear por una mujer de mediana edad, mientras todo el mundo me miraba con suspicacia. Vi como Marina trasteaba en su bolso. Si Marina sacaba su blog y el carboncillo me tiro a su cuello ¡Lo juro! Por fin me dejaron de toquetear y buscamos un lugar donde la abuela se recuperase. Yo desde luego le veía un color sonrosado en las mejillas que ya lo hubiese querido tener yo a esas horas y sin pegar ojo.

En la pantalla informativa con las salidas de vuelos aparecía el de Kenia en cuarto lugar. Y en segundo lugar destino... Gambia. Me quedé inmóvil, hipnotizada por aquella palabra que parpadeaba la hora de salida. Escasamente una hora. Kenzo entonces estaría por allí, pero con la poca gente que deambulaba era extraño no haberle visto ya. ¿Y si lo había anulado? Tal vez lo había pensado mejor y aún no era el momento de partir. Quizás lo cogía otra semana, u otro mes u otro año... o nunca.

Debería estar junto a Jimena en lugar de divagar. La decisión ya estaba tomada. Aunque desde luego era raro no verle por allí. Busqué entre la poca gente que dormitaba en las salas de espera y nada... ni rastro de Kenzo.

Me dirigí a los grandes ventanales desde donde puedes observar como despegaban los aviones. Algunos aterrizaban y otros estaban en pleno vuelo. Me pregunté en qué lugar me encontraba yo. ¿Despegaba, volaba o aterrizaba? El cristal me devolvía mi propio reflejo. Era una imagen melancólica, apagada y triste. Cerré los parpados. Suspiré profundamente, resignándome a mi destino. Como me hubiese gustado subirme en un avión y volar, volar lejos de allí. Vivir y conocer otros mundos. Otras gentes. Mandar postales, bueno eso no, que ya no se llevaba, pero algo en mí se removía desde muy adentro dirigiéndome a vivir una aventura. Algo que me llenase de ideas la cabeza y pudiese transmitirlo escribiendo una novela. Desde luego con esa rutina a la que tanto me aferraba pocas cosas tenía que contar. Bueno... tal vez las locuras de mi familia. Pero no.

De repente como un fogonazo lo vi claro. ¡Quería viajar! Experimentar y sentir en mi piel... cosquilleos en el estómago por lo desconocido. ¡Podía hacerlo! ¡Debía hacerlo! No me atrevía a abrir los ojos. Era un sueño tan bonito que temía abrirlos y volver a verme reflejada en el cristal y que todo el valor que estaba sintiendo se desmoronase notando de nuevo la tierra bajo mis pies.

Percibí la presencia de alguien, justo detrás de mí. Sabía que alguna de mis locas mujeres venía en mi rescate. Permanecí de espaldas. Tomé aire y a bocajarro lo dije. Necesitaba hacerlo.

—Voy a coger un vuelo, el que sea, necesito volar. Vivir. —Exhalé todo el aire de mis pulmones. Continuaba con los ojos cerrados. Una sonrisa de conciliación conmigo misma se dibujó en mi cara.

—¿Conmigo?

Aquella voz... estremeció todo mi cuerpo como si una ráfaga de viento me tambalease. Sus brazos me sujetaron con firmeza. El enorme cristal reflejaba a Kenzo abrazándome por detrás. No era un sueño... no. Era real. Él estaba allí. Si me soltaba estaba segura de que las piernas me fallarían y caería al suelo. Me abrazó más fuerte. Me costaba respirar. La emoción de tenerle tan cerca escuchando mi deseo, esperando mi respuesta... la sorpresa de mi propia respuesta. En un mismo instante me encontraba despegando, volando y aterrizando a la misma vez.

—Sí. Sí. Sí.

Nos fundimos en un dulce beso, donde ni el tiempo ni el espacio tenían cabida. Bueno, a no ser por los aplausos, grititos y lágrimas de mamá, Marina Jimena y Andrés... hasta la chica sin nombre estaba emocionada secándose las lagrimitas con la punta de un pañuelo para no estropear su maquillaje.

Mamá me abrazó como si no fuese a verme en un tiempo. Marina con papel y lápiz en mano, por esta vez dejé que explayase su talento. Y Jimena y Andrés se abrazaban con ternura.

—¿Que habéis facturado un equipaje mío? ¿Y cómo narices sabíais que iba a pasar esto? —dije llorando y riendo a la vez.

—Anda, pequeña, no te hagas tantas preguntas. Y vuela, vuela. No quería que esperases tanto tiempo como yo —comentó Jimena divertida, emocionada.

Me dirigí a mi hermana con una mirada retadora.

—¿Tú también?

Su carcajada sonora no pasó desapercibida para los transeúntes. En lugar de enfadarme con ella, la abracé con tanta fuerza que nos tuvieron que separar. Estaban anunciando el embarque para el vuelo a Gambia. Ese que, por arte de magia, más bien por arte de mi hermana a través de internet había comprado “mi billete”, antes de que ni yo misma hubiese tomado la decisión. Ellas lo sabían.

Pequeñas, grandes brujitas. Ahora empezaba a entender el misterio de la noche anterior. Los mimos injustificados, las palabras cariñosas como si se estuviesen despidiendo... en realidad era lo que estaban haciendo. Todo encajaba. Hasta la chica sin nombre era parte del puzle.

Mamá me entregó mi pasaporte. Mis maletas formaban parte del voluminoso equipaje. Y yo refunfuñando todo el camino... empujando el carro con mi propia ropa. De locos, era de locos. Pero qué locura más divina. Despegamos, volamos y aterrizamos juntos, destino Gambia.

## EPÍLOGO

¿Qué me enamoró de Gambia? Mi respuesta debería ser Kenzo. Pero era él... y todo lo que fui descubriendo en su país. Me acomodé nada más pisar esa tierra. Me acogieron con el carácter que allí predominaba en sus gentes, bondad e inocencia. Algo tan distinto que al principio fue difícil encajarlo.

Aunque el calor era sofocante, asfixiante, no me costó nada aclimatarme a ello. La acogida por parte de su madre y sus dos hermanas, con esas caras llenas de alegría, sus vestidos sueltos, amplios, estampados repletos de tantos colores. Me sentí una más de ellos en menos tiempo del que pensaba.

Vivíamos a dieciséis kilómetros de la capital, Banjul, allí íbamos un par de veces al mes para comprar lo que necesitamos. En su justa medida. Nosotros nos acomodamos en el pueblo donde su familia vivía, Bakan. Ni en mis más fantasiosos sueños aparecía aquel lugar. Las calles no estaban asfaltadas, la tierra rojiza que pisaba cada día para dar clases a unos alumnos ansiosos por la curiosidad del saber. Me comprometí a enseñar a esos granujillas se sonrisa abierta. Al principio sufría viéndolos jugar al fútbol descalzos. Poco a poco fui entendiendo su alegría innata. No eran unas buenas zapatillas deportivas lo que les hubiese hecho ser más felices. Eran sus ganas de vivir. De jugar, de correr, de reír. A medida que los días pasaban iba comprendiendo su decisión de “volver a su país”

Kenzo era mi guía, mi apoyo incondicional... y según él yo era “sus vitaminas” para afrontar el día a día. Trabajaba muy duro y por supuesto con menos recursos que en La Rioja. Pero su gente lo admiraba y seguían todas y cada una de sus recomendaciones. Al final el vino de Jimena iba a tener un serio competente. A través de las cartas (sí, cartas de papel, aquí no siempre funcionaba internet o los móviles) recibíamos felicitaciones de mi familia. Estaban muy orgullosas de los progresos que conseguíamos.

Algunas tardes íbamos a comprar al mercado de Sant Albert. Los Batik, (telares dibujados a mano) reflejaban la vida cotidiana de África. Otros días comprábamos pescado fresco en Tanji... un pueblo de pescadores donde los cayucos arribaban a la orilla con los peces frescos de la zona... y otras muchas tardes acabábamos en la playa haciendo el amor bajo la presencia tan solo de las dunas de arena.

Una de esas tardes, cuando el atardecer pintaba el cielo con trazos rojizos, anaranjados y toques azulados, seguía escribiendo mi novela bajo el majestuoso baobab, (el árbol rey de la zona) se necesitaban al menos a mi familia y a la

chica sin nombre para abrazarlo, empecé a sentir ganas de vomitar. Me sentía tan extraña conmigo misma. ¿Por Dios, no habría cogido uno de esos virus? El impresionante Baobab me cobijaba mientras mi novela, mi gran sueño tomaba forma. A veces leía en voz alta lo que iba escribiendo, como si el aquel árbol me escuchase. Yo así lo creía. De hecho, aunque fuese echarle mucha imaginación... de alguna manera... me respondía. Lo que me dijo es que no era un simple virus, sino que algo maravilloso crecía dentro de mí. Cerré suavemente los ojos, deleitándome con el olor, el barullo de sus gentes, la suave brisa del atardecer que aplacaba el calor de las mañanas, sintiendo aquel país, África, muy dentro de mí.

**FIN**

## OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

